

CULTURA

Y

TURISMO

POR

FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ



LAS PALMAS

Tip. del "Diario", Buenos Aires 36

1910

**BIBLIOTECA  
SAULO TORON**

# Cultura y Turismo

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
LAS PALMAS DE G. CANARIA	
N.º Documento	236696
N.º Copia	489607

CULTURA 

 Y 

 TURISMO

POR

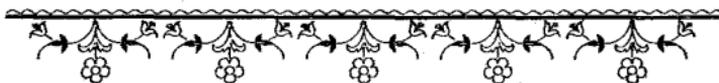
FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ



LAS PALMAS

Tipografía del "Diario" Buenos Aires 36

1910



# CULTURA Y TURISMO

## ESTUDIO

### I



RAN Canaria es un país abierto á la fecundación del progreso universal y á las influencias del mundo civilizado. Como todos los pueblos marítimos tiene la ventaja de que el mar, inmensa vía por donde circula no sólo el comercio sino el humano espíritu, las ideas, le traiga en comunicación constante, de todas las horas, la cultura que han atesorado las grandes naciones. Y esta facilidad para recoger y asimilarse el fruto de esa cultura, encontró su complemento y su desarrollo en el trabajo propio, en la labor que creara nuestro magnifico puerto de La Luz cómo una colosal abertura por donde entran impetuosas las corrientes de la civilización.

Las islas que en lo antiguo se encontraron en condiciones semejantes á las nuestras, recibieron gérmenes de vida intelectual que, junto

con los adelantos materiales, las engrandecieron y transformaron. No hay más que recordar la historia gloriosa de los Archipiélagos de Grecia para afirmarse en el convencimiento absoluto de que estas tierras, colocadas en el camino de las peregrinaciones modernas, en el cruce de las rutas oceánicas, punto de estación y de parada entre los continentes, han recibido en lote la promesa de un porvenir excepcional y hermoso. Pertenece al mundo, además de pertenecer á España, por la amplitud, por la grandeza de nuestro destino histórico. Son las Canarias hijas del tiempo en cuanto el tiempo significa cumplimiento de las profecías que se encierran en la ley de universal evolución, en el desarrollo progresivo de la humanidad. El tiempo, supremo agente de la historia, hará fructificar aquí la cosecha que va sembrando el paso de las gentes de todos los países. Cosmopolitismo quiere decir colaboración fecunda, suma grandiosa de elementos y energías que convierten á un pueblo aparentemente aislado en laboratorio mundial; quiere decir colmena en que los más varios esfuerzos preparan y crean vastas empresas civilizadoras. Esta obra gigantesca adonde confluyen innumerables actividades, se ha de realizar por completo á la larga. Y la fiebre mercantil, la agitación poderosa del tráfico, no es sino un aspecto de la compleja fisonomía que adquirirá definitivamente la sociedad en que actúan, concentrándose y multiplicándose, tales fuerzas. El enigma de Gran Canaria es, pues, un enigma risueño. Las leyes de su desenvolvimiento privilegiado nos garantizan para lo futuro los bienes de una cultura

completa, si no se tuercen, y yo espero que no se torcerán.

Estos influjos, sin embargo, sólo han podido manifestarse hasta ahora de una manera superficial; estamos en la primera etapa de nuestra existencia colectiva, y Gran Canaria aparece como un pueblo materialmente adelantado, atrasado intelectualmente. Nos preocupamos de vivir, nada más que de vivir, entendiendo por vida la persecución de la prosperidad económica y de la riqueza. No vemos otros horizontes allende este horizonte cerrado y visible que nos rodea; somos hormigas atareadas que no sentimos ni buscamos la fuerza conductora del pensamiento. Con laborar, con producir, creemos haber cumplido toda nuestra misión, y *en el mundo hay más*. Hay objetivos de mayor altura é importancia, hacia los cuales debemos encaminarnos. Debemos *cultivarnos* para que la acción exterior nos encuentre bien dispuestos y nos fecundice. Debemos partir de nosotros mismos para levantar nuestro edificio propio, para tener huerto y jardín. En tal sentido, puede decirse que la raza isleña aún carece de hogar. El hogar es preciso llenarlo con un alma que, consciente y altiva, educada y libre, se levante sobre las brutalidades y las limitaciones de la materia. *Tenemos un cuerpo; lo palpamos, lo acariciamos, lo amamos; nos dá él á cada momento testimonios de vitalidad física; palpitante y resistente, responde á nuestros llamamientos. Pero apenas resplandece luz de espíritu por encima de este grosero funcionar...* Indico así que el problema de nuestra cultura, tema de esta Memoria, reviste verdaderamente carácter de problema; puede caracte-

terizarse con una X enigmática. En la elevada é íntegra significación de la palabra, cabe afirmar sin exceso de pesimismo sistemático que el asunto propuesto no tiene contenido. La cultura cómo expresión armónica, total, perfecta, del desarrollo de nuestro pueblo, está por nacer entre nosotros.

Si el término cultura implica madurez espiritual antes que plétora de materiales progresos, visión plena de la vida, conjunto de relaciones referidas á un superior principio de unidad que gobierne y defina la existencia de un grupo humano, nada de ello ha surgido aquí hasta la fecha con manifestaciones bien determinadas. La cultura en Gran Canaria es una aspiración, no una realidad concreta y persistente. Y aún en concepto de aspiración, tampoco cabe decir con rigor lógico que existe. *No queremos*; si quisiéramos, si hubiéramos querido, si hubiéramos fijado en ese ideal el punto de mira tendiendo á realizarlo con hondo y enérgico y continuo querer, á la hora que corre habríamos clavado nuestra bandera en un punto mucho más alto que el que señala nuestro nivel social. Hemos dejado venir hacia nosotros la civilización sin dar un paso hacia ella. Nos hemos declarado satisfechos con vernos *crecer*. Mientras crecíamos, mientras aumentaba la población, se construían los puertos, afluían los turistas al territorio, empañaba el humo de los trasatlánticos la limpieza de nuestro cielo y nuestros campos rendían cosecha tras cosecha de variados cultivos, los canarios vivíamos sin ideales; no florecíamos, no fructificábamos. Ideal es todo lo que concierne al espíritu y no se realiza sino en espíritu, mien-

tras nosotros sosteníamos un «ideal práctico», incompatibilidad que se denuncia en la unión de esas dos palabras.

Hagamos la crítica de semejante punto de vista, restricto y falso. Basta recordar un fenómeno, probado hasta la saciedad: cómo la civilización viene modificando la psicología individual á través de los tiempos. A los sentimientos primitivos, instintivos, ha opuesto sentimientos intelectuales; ó sea, sentimientos que se modifican, se ensanchan y se depuran al pasar por la inteligencia. El trabajo mental los sujeta á una especie de revisión, de ampliación; los hace trascendentes. Se han trocado en complejas las ideas simples, diversificándose al infinito. Del egoísmo ancestral y primario surgió el altruísmo, por esta labor transformadora; el altruísmo, al que Jesús de Nazareth da un significado excelso, y del puro instinto de la libertad sin medida saca el sentimiento del deber, como ley de restricción necesaria.

La falta de idealismo constituye el grave defecto del pueblo canario, defecto cuyas lamentables consecuencias se echan de ver en la satisfacción mezquina que mostramos al encarar el presente y en la pobreza de nuestra visión de lo futuro. Estamos satisfechos, como antes decía, con vernos y sentirnos crecer. Esta percepción limitada y este sentimiento acusan un sentido de materialidad grosera. Nos desentendemos de las facultades superiores y todos nuestros anhelos se concretan á fomentar la capacidad productora, el factor económico, cual si no tuviésemos alma. Con ironía sangrienta nos la ha negado, en un estudio comentadísimo, cierta escritora británica, quién ha dicho

que la palabra psicología carece de significación aplicada á los hijos de Gran Canaria. Es que sólo nos vió movernos en un sentido puramente físico, afanarnos por el pan cotidiano, acarrear para nuestro hormiguero. Y en verdad los pueblos que no procuran su desarrollo armónico, los pueblos que se olvidan de que el hombre es por esencia y por definición un ser pensante, los pueblos que desprecian *las ideologías* con un desdén absurdo, con el desdén de las tribus incivilizadas hacia todo lo transcendental, para ellas incomprendible, se quedan estacionados en una primera etapa y casi no son por su parte otra cosa sino tribus bautizadas á medias por la civilización moderna.

Duéleme tener que expresarme así; pero debo ser sincero antes que nada cuando me propongo indicar las causas del atraso de mi país, cuándo intento diagnosticar una peligrosísima dolencia. Hay que poner al descubierto una raíz dañada en un árbol que amenaza ruina y tener el valor moral de decir en que consiste la medicina, como debe aplicársela. Hay que trazar el proceso de extirpación, luego de haber trazado ruda é inexorablemente el proceso morboso.

Nos pierde la carencia de idealismo; es decir la ausencia de una preocupación sostenida por el conjunto de realidades espirituales y de adquisiciones psicológicas que impregnan la atmósfera del siglo. Vivimos sometidos á un régimen de factoría, materializados y mercantilizados con exceso. No nos orientamos hácia *el lumen y el númen* de Grecia, sino hacia el tanto por ciento de Fenicia. Somos fenicios, somos cartagineses en nuestra manera de encarar la

realidad del mundo y las perspectivas del porvenir. Somos anti-sociales porque unicamente nos asocian y nos ligan vínculos de materialismo razonador, vínculos que no perduran en la sobre-vida de la historia, vínculos que se rompen al vaivén proceloso de los intereses que los determinan. Aquellas civilizaciones incompletas duraron poco. No sirven para modelos. Un soplo las alzó y las abatió otro soplo. En cambio, cada uno de nosotros mismos da testimonio, por asimilación involuntaria, de que el alma helénica, difusa en los tiempos, difusa en el espacio, es inmortal y eternamente fecundizadora. Al nombre de Grecia va unido el concepto de maternidad que no acaba. Grecia no sólo se hizo á sí propia, sino que hizo los moldes en que se han vertido y se han formado las grandes nacionalidades modernas, bajo el calor moral, incubador, del cristianismo. *Todo lo demás*—diré recordando frases escultóricas de un célebre escritor,—*todo lo demás pasa y muere cómo pasa y muere la espuma que va levantando la ola.*

Hemos, pues, de reconocer un fundamental vicio, un principio de disolución en la economía psicológica de nuestro pueblo. A ella cabe aplicarle el nombre de mecanicismo imaginado por Taine para caracterizar en términos generales, arbitrarios, los grandes hechos de la historia. Son los de nuestra sociedad movimientos mecánicos, en los que se echa de ménos la libertad suprema y la regulación de la ley que todo lo armoniza: el funcionamiento de un cerebro colectivo, la irradiación de un foco mental que recoja y concentre los resplandores de las inteligencias actuantes, tendidas hacia un ideal.

## II

Nuestro problema, cómo el de España en general, cómo el de todos los pueblos atrasados, rezagados, es en el fondo un problema pedagógico. Se trata de avanzar, se trata de recuperar el tiempo perdido, y ello no ha de lograrse si no se extienden á todas las clases sociales los beneficios de la instrucción. Tal es el tema de esta Memoria. Difundir la cultura impone la necesidad de difundir la enseñanza extendiendo el radio luminoso, el alcance de los entendimientos; significa, en suma, *intelectualizar* á las masas.

En este camino un hombre solo, si una gran energía de voluntad le asiste, puede hacer una obra equivalente á la de muchas generaciones laboriosas. Sírname de ejemplo un insigne hombre político argentino que, con su esfuerzo perseverante, consumó en su admirable país la más extraordinaria de las revoluciones pacíficas. Refiérome á Sarmiento, estadista-preceptor que creó de todas piezas en la Argentina la organización de la enseñanza pública. Su labor en este orden está por encima de todos los encomios posibles.

Sarmiento ha sido llamado por sus compatriotas «el pedagogo á caballo» porque era caudillo y maestro confundiendo en una virtualidad y una eficacia sin límites ambas personalidades. Gobernó á los argentinos teniendo por símbolo el silabario. Decía que todos los problemas políticos, sociales y económicos reducíanse á un problema único: *cultura, cultura, cultura*, y procedió en consecuencia. Después de un aprovechado viaje de observación y estudio por los

Estados Unidos, fundó las escuelas de la República, verdaderos modelos, promulgó las leyes escolares, calcadas en las de Norte-América, é implantó un sistema de instituciones educativas que representa el *summum* de perfección. Aquel hombre tuvo la idea plena de una redentora misión docente, capaz de reconstituir y elevar á la mayor altura la joven democracia del Plata. Fué el primer obrero del progreso argentino, el ingeniero de ese magno puente tirado entre dos mundos, el arquitecto de ese soberbio palacio, el escultor de esa gigantesca estatua. Su prestigio se une perdurablemente á un conjunto de empresas civilizadoras que constituye el más alto blasón de la República Argentina. Está grabado en los cimientos de todas las escuelas federales y proclama una verdad indestructible: la de que la instrucción es la primera base del engrandecimiento de los pueblos.

Actuó siempre como maestro de maestros; hizo de la pedagogía el primer factor de gobierno, el primer elemento de la política. Extendió los provechos de la enseñanza en un radio de tres mil kilómetros cuadrados, partiendo de Buenos Aires hacia el interior del territorio, entonces pobrísimamente poblado. Agitó su antorcha con mano de atleta sobre la frente de la República, abriéndole é iluminándole los caminos. «El pedagogo á caballo» operó un milagro sin precedentes.

Pero este milagro, aunque excepcional por las circunstancias en que se realizó, es el mismo que ha creado y mantiene vigorosas las grandes nacionalidades. Así cómo en la cuna de toda revolución hay un tribuno, según decía Castelar, en la iniciación de todo Estado fuerte

y libre hay un maestro; hay, mejor dicho, la voz de los maestros, las manos de los maestros. Dicho magisterio se ha de entender y definir en un sentido bien concreto: hablamos de aquellos humildes creadores que labran los caracteres, que preparan á los niños para ser hombres en plenitud de actuación, para ejercer dignamente las funciones ciudadanas. En otras esferas, y en círculos más remontados, se ejercita también el oficio de enseñar, múltiples aspectos de providencia humana; pero no nos referimos á esto. Nos referimos taxativamente al maestro de las primeras letras. Pone él la primera semilla en las mentes, lleva el primer rayo de luz á los cerebros, prepara las cosechas intelectuales sucesivas y cumple, al cumplir sus deberes, una misión augusta. Tiene algo de divino el gesto con que dice *¡fiat!*, tiene algo de Génesis su llamamiento á las potencias del espíritu en medio de las tinieblas de las inteligencias aún dormidas.

No es preciso hablar de las cosas que se saben y se conocen demasiado: por eso no repetiré axiomas pedagógicos ni experimentaciones históricas que en esta materia forman, cómo si dijéramos, jurisprudencia internacional. Alemania debe su presente asombroso poderío, más que á las espadas y las espuelas, al poder incalculable de la lección y del libro. El maestro de escuela—se ha afirmado infinitas veces,—fué quién venció en Sedan, fué quién aseguró la unidad germánica y la hegemonía prusiana. Allí se cogió el fruto de una larga educación cuyas bases puso el maestro. Los soldados alemanes eran y son alumnos de escuelas cívicas antes que militares, que les dieron y les dan la ades-

tración de un arma suprema: el saber. Lo que saben, lo saben en firme, y lo primero que aprenden es que existe la patria Germania y que ella ha menester que sus hijos se ilustren y se eduquen para mejor servirla.

Lo propio acontece en los Estados Unidos, donde la democracia ha arraigado, se ha coronado de gloria, sin crisis violentas que la pusieran en riesgo, porque es culta. Por ser inculta ha fracasado repetidamente en las Repúblicas hispano—americanas, entregadas á los caprichos de gobiernos bárbaros y mandones analfabetos. La tiranía es incompatible con la cultura. El analfabetismo es una servidumbre que implica las demás servidumbres; la ignorancia, un yugo que supone los demás yugos. Los estadistas dignos de este nombre aspiran á instruir, á educar, cómo Sarmiento, porque toman la gobernación, no en concepto de fin, sino en concepto de medio. Las muchedumbres ignaras caen de rodillas frente á los déspotas y les presentan las espaldas para que se las azoten: las multitudes conscientes por beneficio de la enseñanza, de la instrucción, de la educación, se levantan y les quitan el látigo. El derecho no se hace carne, no se traduce en hechos y en imposiciones, hasta que los pueblos no aprenden á leer. Lo primero que leen, luego que han aprendido, es *su carta-magna*, la definición elemental de su personalidad. Y entonces, como personalidad quiere decir conciencia, ¡ay de los tiranos!

La ley que comento se cumple rigurosamente á través de los tiempos, sin excepción ninguna. Los pueblos son grandes en tanto y cuanto son ilustrados. Gozarán tal vez un efímero florecimiento simplemente material aun-

que hayan descuidado ó abandonado el cultivo de las facultades espirituales, pero viviendo así siempre les tortura la amenaza de una próxima muerte. No se sienten acariciados por la gloria, por la perspectiva de una dichosa perpetuidad. Algo les dice que su tránsito no dejará huella y que carecen de energía interior para vencerse á sí mismos y superar las crisis decisivas.

Tal es el caso lamentable de nuestro pueblo con su proporción espantosa de analfabetos, rebaño perdido en la noche.

### III

Todo lo que dicho queda tiene aplicación exacta á nuestra sociedad, y ha sido en cierto modo cómo una entrada en materia. Para hablar de nuestra cultura, aspiración referida á un lejano porvenir, véome obligado á hablar antes de nuestra incultura, hecho tristísimo de nuestro presente. El aspecto negativo del problema se me imponía.

La obra que nos solicita es una obra de cooperación social; casi todo está por hacer, lo poco que está acabado lo está malamente y á medias. Nos encontramos rodeados de materiales de construcción, sin saber cómo dar principio á la magna tarea. Nuestro pueblo ha vivido desentendido de sus destinos, de sus intereses, y hoy, repentinamente, cae en la cuenta de que ha perdido un tiempo precioso y que necesita, sin nuevos aplazamientos ni demoras, ponerse en marcha. ¿Para ir adonde? Para ir á la conquista de la cultura que le permita levantar la cabeza entre los demás pueblos y constituirse en

centro de atracción universal. ¿Cómo? Cultivándose, perfeccionándose, refinándose, desarrollando su personalidad, embelleciendo la tierra que habita y que la naturaleza hizo en su origen muy hermosa, sin que los hombres la hayan ayudado apenas.

Parecemos, en nuestra manera de proceder, unos inconscientes. Nuestro patriotismo vicioso y verbalista, derrochador de absurdos ditirambos en elogio de todas nuestras cosas, se ha limitado á cantar interminables himnos á la hermosura de nuestros campos, á la apacibilidad de nuestro ambiente y nuestro clima y, sobre todo, á la magnificencia de nuestro Puerto de La Luz. Lo demás, no nos importa? Cierto que no; pero lo demás es lo que debiera principalmente importarnos.

Quizá deberíamos comenzar por ahí; por confesar con modestia que tenemos la casa desordenada, desmantelada, desamparada y aun *deshabitada*, porque falta el gran huésped Espíritu; que lo que podría ser un espléndido palacio, es una choza fea, sucia é infecta. Nuestra labor de transformación ofrece dos aspectos: uno social ó moral, otro material, resueltos los dos en un mismo y solo fin: cultura.

¿Cómo se nos muestra nuestro país desde el primer punto de vista? Es un gran país de analfabetos; un país grande numéricamente por la cifra inmensa, aterradora, de los que no han ido á la escuela ó, si fueron, no pasaron de la puerta, ó si pasaron de la puerta, echaron á correr con el propósito de no volver nunca al convencerse de que la enseñanza no es aquí una función pedagógica sino una tortura, y una vergüenza para la sociedad en cuyo nombre se

administra. Ese sacramento no tiene virtud sacramental, no tiene santidad; no es saludable ni salvador para los pocos que lo reciben. Los maestros, lamentables sacerdotes de un culto abandonado, offician en templos casi vacíos, sobre aras rotas, en recintos que parecen guardar vestigios desastrosos de una invasión de bárbaros. El analfabetismo es una mancha que á todos nos ennegrece. ¿Cómo no deplorarlo cual una desgracia propia, cual un propio vilipendio, al ver sus funestas consecuencias en esos niños abandonados, bestezuelas que se revuelcan en el fango del arroyo y con ese fango á todos nos salpican? ¿No hemos de llorar sobre la cabeza de esos pilluelos sin familia y sin patria nuestra derrota, la derrota colectiva de esta sociedad canaria que vé á la cizaña del mal devorar las cosechas de hombres, surgir generaciones condenadas á muerte desde la cuna misma? ¿No hemos de descorazonarnos y afligirnos al ver que semejante espectáculo de incuria, de horfandad social y de barbarie cae en seguida bajo los ojos asombrados del turista, del huestped extranjero, y le hace pensar que está en tierra inhospitalaria, en tierra enemiga?

Aquí la incultura popular se exhibe desnuda por todas partes. La vemos, la palpamos en mil detalles de la vida diaria. Nuestras clases obreras viven completamente fuera de la zona de la civilización, sin practicar—¿qué digo sin practicar?—sin adivinar siquiera las reglas y los mandatos de la higiene; sin poseer las nociones elementales de ciudadanía; sin atisbos ni vislumbres de los progresos que constituyen el patrimonio general de los pueblos cultos; con hábitos de salvajismo primitivo. Van de la agi-

tación sudorosa del trabajo al sueño pesadísimo de la inconsciencia sin reposar el espíritu ni avivar la mente en los fortificadores placeres intelectuales, sin conocer los puros goces domésticos que sólo pueden darse íntegros en la paz de una vida consciente y libre, en el seno de la civilidad, en el equilibrio del corazón y la inteligencia. Sólo hallan en sus tabucos la imagen de la miseria descarnada é inexorable, sin ninguna suerte de compensaciones. Desde el abismo en que han caído, desde el horror de su desventura, la paternidad se les presenta como un hecho fatalísimo y adverso; cómo el cumplimiento de una ley obscura y misteriosa que define el instinto, pero no comprenden los deberes que ella comporta, no pueden comprenderlos. Esos son los padres de los chicuelos que juegan con el barro de la calle y lo arrojan á nuestros rostros; esos son los padres que han abdicado la patria potestad y en quienes la abdicación no es un delito, sino una fatalidad, una espantosa desgracia que cae sobre todos nosotros. Son abandonados que se abandonan y abandonan.

Nos asustamos en presencia de este aspecto grave, fundamental, del problema. Toca él á las raíces de nuestra vida y tiene numerosas, inmensas proyecciones sobre lo futuro. ¿Puede un pueblo aspirar á ser hospitalario, aspirar á constituirse en centro de atracción de viajeros en estos tiempos de tan avanzada y difundida cultura, cuando su propia incultura le sonroja, cuándo el extranjero, el turista, al visitarlo, tropieza con las turbas de chicuelos desarrapados, sucios y famélicos cómo con hordas de enemigos? ¿Puede aspirar á tanto cuándo se vé obli-

gado á confesar que está en mantillas por lo que se refiere á verdaderas costumbres civilizadas, á comodidades y facilidades del vivir, á *europización*, diré, para emplear una palabra de moda?. Esos á quienes queremos atraer son duros pero exactos é imparciales al apreciar el estado de nuestro pueblo. No nos estiman, no pueden estimarnos en un ardite comparándonos con otros países donde encuentran de sobra lo que aquí nos falta y les falta. Se limitan á decir que el clima es muy bueno—quizá lo sea demasiado, agrego yo, porque nos deprime y nos anula—; respecto de lo demás, se callan, ó hablan con reservas, ó, si tienen valor para decir todo lo que piensan, nos ponen de oro y azul.

En estas condiciones, mirada desde este vergonzoso estacionamiento, con conciencia de nuestro atraso y de nuestras urgentísimas necesidades, ¿qué significado tiene la palabra *cultura*, escrita hoy aquí en todas partes cómo una consigna, cómo un mandato, cómo una revelación? Significa que debemos ponernos en camino inmediatamente; que siendo, cómo lo es en rigor, de todos la culpa de tan gran cúmulo de males, á todos pertenece, á todos obliga también el deber de corregirlos, el deber de rehabilitarnos y capacitarnos para vivir ampliamente la vida moderna haciendo fructificar en nuestro beneficio y en provecho de los extraños los inestimables dones que nos concedió la naturaleza. Culpa de todos: deber de todos. Obra enorme, abrumadora, de colaboración social, cómo decía al principio, en que cada ciudadano está llamado á poner su parte, la que le corresponde según su posición, según sus circunstancias, según sus medios.

Hay que convencerse de este principio que, para el caso, resulta intensamente luminoso: lo que hagamos, hemos de hacerlo principalmente por nosotros mismos, por virtud de un hondo impulso de la voluntad colectiva, traducido en actividad patriótica que ha de diversificarse hacia innumerables objetivos y ha de revestir carácter práctico. Es preciso que se mantenga esa fiebre de actividad, y que esa fiebre tenga el poder de un milagro para despertar y empujar las voluntades dormidas; que lo tenga hasta para vencer *la cobardía del capital canario*, sacándolo de los escondrijos en que se oculta. Se dice que aquí no hay dinero, pero esto sólo es cierto relativamente: habría dinero para hacer muchas cosas, si los ricos quisieran. El dinero que hay, cómo si no lo hubiera para los efectos de creación de cultura, bienestar y riqueza pública. Tuviéramos entre nosotros pequeños Carnegies ó ínfimos Morgan, capaces de imitar en algo la conducta de esos colosos millonarios de Norte-América, y ya estaría avanzada ó adelantaría muy pronto nuestra obra educativa, la organización de nuestras escuelas, principal fundamento de toda civilización.

Luego, estos hábitos de aislamiento, de individualismo feroz, este horror á la asociación bienhechora, acaba de esterilizarnos; y, por fin, la estadolatría, la costumbre añeja, difícil de desarraigar, que consiste en esperar todo del Estado, reduce á nada nuestra espontaneidad, la virtud de nuestras iniciativas propias.

Tenemos que reaccionar contra todo esto, y si á favor de una nueva, completa visión de la vida, si sosteniendo la presente disposición de espíritu no reaccionamos, si no traemos nue-

vas costumbres y emprendemos nuevos rumbos, en vano será hablar de cultura; será á lo sumo, hablar por hablar. La obra es enorme porque abarca todas las manifestaciones de nuestra sociabilidad y nuestro desarrollo. El fin de esta Memoria no es señalarlas una por una, ni puntualizar los medios y los procedimientos mejores para hacer de Gran Canaria un país realmente culto, pues ello sería labor fatigosa de detalle, labor que cae fuera de mi cometido. Basta indicar las líneas generales del problema y las diferentes formas de solución al mismo. Desde la reforma pedagógica y la extensión de la enseñanza á las últimas filas del pueblo, hasta la solución del problema del agua y la transformación material de la isla por el repoblado arboreo; desde las numerosas mejoras urbanas que Las Palmas necesita, hasta los programas de fiestas combinados para atraer forasteros y vivificar el ambiente social, tan frío, en que vivimos bostezando, tiritando, el camino á recorrer es muy extenso. Pero un pueblo que se sienta fuerte y que no se acobarde ante los obstáculos acumulados, puede recorrerlo.

Porque no hay que olvidar, sobre todo, como es de aflictivo, de lamentable hasta un punto que verdaderamente desconsuela, el atraso moral y social de nuestras clases obreras, expuestas por su misma desastrosa ignorancia á tener que acometer desarmadas la terrible lucha por la vida y á tener que entregarse cómo siervos irredimibles en manos del primer explotador, del primer señor que les imponga la marca candente de la esclavitud.

Existe un esclavo natural para quién han sido inútiles las redenciones, un esclavo que

sigue siéndolo fatalmente en esta época de libertad y de derechos; un esclavo que á pesar de haber sido abolida la maldita institución histórica de la servidumbre, ostenta la señal del hierro, sino en sus tobillos ni en sus muñecas, por lo ménos en su frente, donde yace muerto el pensamiento; un esclavo para quién no subió Cristo á la Cruz ni fueron convertidas en cenizas, arrojadas á los vientos, las tiranías feudales, ni amaneció la Revolución emancipadora que promulgara los eternos dogmas de libertad, igualdad y fraternidad; un esclavo que cae bajo todos los yugos, tasca todos los frenos y se rinde bajo todos los carros de victoria por falta de luz que le ilumine el alma y le fortifique la conciencia; un esclavo que no puede decir: *Yo soy un hombre, yo soy un ciudadano*, porque no puede encarnar en actos eficaces su personalidad. Este siervo á pesar de la abolición de la servidumbre, este esclavo no obstante la extinción de la esclavitud, este *irredento* de la incultura es el triste *analfabeto*, el hombre que no sabe leer y que, porque no sabe leer, no alcanza ni siquiera á deletrear el contenido de su derecho.

¿De qué ó para que la sirve al ciego la luz? Si tiene la desgracia de serlo desde la cuna, si nació sujeto á la inmensa desdicha de llevar los ojos abiertos y no ver, sin embargo, al través del mundo y del espacio los colores del prisma ni los contornos de las cosas, ni el azul del mar, ni el verde de la vegetación, ni el rosa, el perla, el nácar, el ópalo de la aurora y del crepúsculo, ni las mil combinaciones de matices que se pintan idealmente en los cielos cómo en un cuadro mágico, si la naturaleza física en sus

múltiples apariencias encantadoras no existe para él, decidme: en qué forma le haremos comprender la gloria y la hermosura de la luz, alma de toda la creación?

¿De qué ó para qué le sirve al sordo el sonido? Sus oídos cerrados no perciben las resonancias deliciosas que forman en la naturaleza una sinfonía eternamente renovada, y para él no canta el pájaro, ni zumba la ola, ni tañe la campana, ni se eleva la voz sublime de un Gayarre, ni la música divina reproduce en la tierra las delicias del cielo. Borrada la tierra está para el ciego; muda está para el sordo, y ambos viven una vida incompleta y dolorosa, semejante á un destierro penitencial, á un anticipo del Purgatorio.

Pues de la misma manera, en la vida interior, en la vida del espíritu, hay ceguera y hay sordera absolutas para el desgraciado que no cultiva su entendimiento y por tanto no vé ni oye claro dentro de sí; para el que no percibe sino confusas é inderminadas las impresiones exteriores que le transmiten los sentidos; para el que, frente á una página impresa, siéntese tan desorientado cual lo estaría frente á un jeroglífico egipcio; para el que, sintiendo su fuerza cerebral, no puede aplicarla, y ni aún le es dado escribir su nombre, la característica de su persona. ¿Concíbese nada tan lastimoso, nada tan doloroso cómo la delegación que un ciudadano consciente y pensante pero ineducado tiene que hacer en otro para expresar su propio pensamiento, reconociendo su impotencia y la superioridad del delegado sencillamente porque éste sabe de letras y él se desconcierta y se aturde ante el silabario? Semejante acto de tras-

misión y de anulación constituye, á mi modo de ver, una de las mayores humillaciones por que puede pasar un ser humano, que deja de ser libre desde el momento en que abdica la facultad de pensar.

Un analfabeto es un ciego y un sordo de la inteligencia; pero tal ceguera y tal sordera pueden curarse. La instrucción abre los ojos y los oídos del espíritu, integra al hombre en la plenitud de su conciencia y en la noción exacta de sus deberes, permitiéndole hacerlos efectivos. La enseñanza es la base de la felicidad y la prosperidad de los pueblos, porque los capacita para marchar por sí solos, porque los emancipa de toda deprimente tutela.

No exageraría en un ápice la verdad de las cosas si afirmara, como afirmo, que la raíz de todos los males del pueblo canario está en ese bochorno sin nombre de la suma ignorancia que hace de nuestras clases populares simples agregaciones de personas sin rumbo intelectual, sin criterio propio, sin unidad de miras, sin ideas, sin cohesión y sin capacidad para obrar colectivamente; rebaños electorales, manadas que tras un pastor se van ciegas! Cuándo nuestro pueblo se mueve, no parece que se mueve, sino que lo empujan. Tiene el instinto de la conservación, de la defensa, pero le falta aquel impulso íntimo de libertad y de voluntad bien orientadas que sólo determina el triunfo. Todo ese cúmulo fatal de pasividades ó de abdicaciones que se concretan en un fracaso público, ha de referirse á una única causa: el analfabetismo.

Hay un dato terrible para juzgar estas cosas, un dato que nos asusta y nos avergüenza. En lo que se refiere á enseñanza, á estadística escolar,

España va á la cola de todos los pueblos de Europa, y Canarias—¡gran dolor tener que decirlo!—Canarias marcha á la cola de España en este respecto. ¿Sabéis en que proporción se encuentran en Canarias los analfabetos? En la proporción de un sesenta y cinco por ciento. Esta cifra indica una zona de sombra impenetrable, un mundo de tinieblas, un limbo somnoliento y monótono en que muchos miles de almas vegetan y mueren sin llegar á vivir realmente, pues vivir es pensar, es actuar, es luchar con todas las facultades y todos los elementos que integran el carácter superior de nuestra especie, y los que dormitan en la pesadez de una inconsciencia eterna son hombres malogrados.

En los barrios altos, en los caseríos obreros de Las Palmas se ofrece al desnudo la llaga, el gran cáncer que corroe nuestro cuerpo social. Allí un hombre que lee, un hombre que escribe, es un ser extraordinario á quien se acude en consulta para que lea ó escriba *las cartas de la Habana*; un funcionario benévolo y sin sueldo que, cómo el antiguo cartulario y el antiguo memorialista, desempeña la secretaría íntima de ese poderoso personaje que se llamó la multitud, cuyas incontables cabezas apenas dan en los países atrasados é incultos unos pocos cerebros pensadores.

El pueblo aquí está por nacer como colectividad inteligente, dueña de sus destinos; y el día en que nazca, él será el amo, él será el soberano, él será el juez; no se dará entonces el caso tristísimo de que le suplanten la voluntad, le usurpen la soberanía y le traigan y le lleven, le engañen y le burlen convirtiéndole en coro de las grandes tragedias ó en compar-

sa de las grandes comedias. Será por sí, no por delegación. Comprenderá que el poder, la justicia, la autoridad, el imperio, están en él: fundamentalmente y entrará en posesión de sí mismo. Mas para que el pueblo nazca es necesario que se eduque, y para que se eduque es necesario que se establezcan muchas sociedades é instituciones educadoras, muchas escuelas donde la letra se ilumine á los ojos de los analfabetos, de los pobres de espíritu, y adquiera el valor de una cosa viva y reveladora, signo de la idea.

Sociedades que tengan por columnas de sostenimiento una biblioteca y una escuela; sociedades que atiendan al recreo del cuerpo—es justo, es preciso,—pero también y sobre todo á la alimentación espiritual. ¡Ah, si hubiera muchas escuelas así, y todas cumplieran entusiastamente la misión santa de enseñar al que no sabe, desarrollar y encauzar la energía interna del pueblo, cultivar los hábitos sociales, formar en suma por lento acrecimiento y aprendizaje focos de cultura que cada vez dilaten más su radio luminoso sobre toda la extensión de la sociedad canaria; si esto sucediera y esto fuera el programa de salud y de regeneración que todos cumpliéramos, cada uno en nuestra esfera peculiar y en la medida de nuestros alcances, pocos años bastarían para que este humano desierto se poblara realmente, para que aquí cada hombre pudiera decir con orgullo y convencimiento: *ego sum!*

Siempre fué la instrucción necesaria; hoy es una esencial condición de la vida misma. En el estado actual de la sociedad moderna, el ignorante está destinado y condenado á perecer.

## IV

Estas verdades ya se han abierto paso entre nosotros, llegando hasta las últimas capas sociales é inundando de luz los entendimientos paralizados en la incultura. *Se las siente*, se pone en ellas la mira y el anhelo, se las quiere con enérgico querer. Ha podido comprobarse en los últimos tiempos un cambio en la actitud de las masas, antes pasivas é indiferentes para todo lo que fuera aspiración ó preocupación pedagógica, hoy hondamente interesadas por ese gravísimo aspecto del progreso público que contiene la clave de su propio destino. Es un síntoma digno de ser apuntado y aplaudido. El problema escolar comienza á arraigarse con el poder de las creencias imperativas en los senos de la multitud, donde encuentran calor fecundo de incubación y de germinación todas las empresas genuinamente populares. Se cree en él; *se individualiza* al tomar sitio de preeminencia entre las aspiraciones de cada obrero.

Esto lo hemos comprobado con motivo de la iniciativa del poeta Rueda para fundar una escuela moderna, graduada, en el barrio de los Arenales. Cayó el noble pensamiento en terreno que nosotros creíamos infecundo y que resultó, sin embargo, muy feraz. Respondieron los pobres hijos del trabajo con fogosos movimientos de entusiasmo y adhesión á la voz inspirada del vate —nunca más digno de llevar tan alto título— que los convocara y requiriera en nombre de un grandioso lirismo constructivo. La obra nacida bajo las alas del genio poético, hízose popular inmediatamente. El pueblo la omó sobre sus hombros de Hércules; y hubo

ejemplos de cooperación conmovedores, cual el de un tartanero que, imponiéndose sin duda un sacrificio superior á sus escasos recursos, contribuyó con diez pesetas á la suscripción. Tales rasgos, en más ó en menos medida y valía, abundaron, y si ellos no expresan cultura, significan vivas é inquietas ansias de adquirirla. El Espíritu nace aquí ó, mejor, el Espíritu despierta...

El ha creado las escuelas sociales de los barrios, donde no hay sociedad recreativa que no tenga anexo un establecimiento de esa especie, y por ello las llamo sociales, porque son producto de la asociación libre al mismo tiempo que resultado alentador de la iniciativa privada. Parece que despunta al fin prometiéndolo ótimos frutos el sentimiento de colaboración y solidaridad de raza, imprescindible si aspiramos á cimentar por nosotros mismos, con prescindencia y con desconfianza de los mezquinos, tardíos favores oficiales, nuestra vida; parece que *se vé* el porvenir... En todas esas manifestaciones del alma popular bien orientada adviértese una afirmación enérgica. El pueblo principia á ver y oír; el pueblo se pone en marcha. Estaba de rodillas y se levanta, dispuesto á caminar. Se nos ofrecía como paralítico, como anquilosado, y he aquí que recobra el uso de sus miembros á la par que la posesión de su inteligencia, animada de vitales impulsos, naciente con vigor, bajo buenos auspicios. Sale el pueblo de un largo sueño cataléptico que semejaba la quietud y la corrupción de la muerte. Ha resucitado, *se ha vitalizado* porque ya tiene ideales, lo que necesitaba tener para ser grande y poderoso.

Está convencido de que las escuelas habrán de establecerse con su propio esfuerzo y ayuda, para su propio beneficio, olvidándose de que el Estado existe. El fin del Estado, según Renan, es organizar el egoísmo; el pueblo, en cambio, representa en sus espontáneos arranques la virtud contraria y responde á grandes impulsos de desinterés, de abnegación, de altruismo y de amor al bien, que lo atrae con la irresistible energía de una imantación. Por eso hemos visto en el reciente caso de la Escuela Rueda á los diversos ramos de trabajadores ofrecer gratis su concurso para llevar adelante esa empresa de cultura. Por eso los hemos visto aportar diligentemente su cuota, su óbolo humilde al fondo común de la cuestación pública abierta con tal objeto.

El pueblo está convencido también de otra cosa: sabe por experiencia que aquí no debemos preocuparnos de fundar las muchas escuelas que faltan, ni de completar y mejorar las actuales, sino de crear con integridad, con plenitud, con eficacia, la institución y la organización escolares. En este punto se han descubierto últimamente verdaderos horrores; horrores que no eran desconocidos, ni mucho menos, para los que de antiguo venimos estudiando las causas y los efectos de nuestro atraso en materia educativa. No sólo existen en Las Palmas y en la isla poquísimas escuelas en comparación con el número de las que deberíamos tener, sino que las que poseemos son pésimas. Hállanse instaladas en pocilgas inmundas; no llenan moral ni materialmente ninguno de los requisitos que reclama é impone la moderna pedagogía. Los maestros son héroes al ejercer en ellas su

alto ministerio, y los niños que asisten á las aulas comprometen la salud del cuerpo por buscar en la enseñanza la salud del espíritu. Se explica que *se fuguen*, que huyan de esos lugares tétricos y peligrosos. Se comprende que los padres, privados de recursos para educar como conviene á sus hijos, prefieran la abstinición, la renuncia del deber. No hay en Las Palmas una escuela, una sola, que merezca este nombre. La labor informativa emprendida hace poco sobre este asunto por el diario *España*, nos ha llenado á todos de vergüenza.

Y en tanto tiempo las corporaciones oficiales, los Ayuntamientos, no han sabido ó no han podido poner remedio al mal, como no han sabido ó no han podido en la Península los gobiernos realizar la reforma pedagógica y operar la regeneración de la raza por la vía escolar. La cultura, para ser viable, necesita atmósfera, lo mismo que los mundos para ser habitables. Atmósfera en este caso significa preparación, fecundación, apostolización, propagación; significa ideas previas que espiritualmente labren surco é inicien ruta. Ningún empeño cultural se logra si no se prepara con continuidad y esmero el campo en que ha de desarrollarse, cómo no se logra ninguna cosecha sin abono, sin riego, sin aire y sin luz. Cultura supone ante-cultura, ó sea labores fertilizantes, encomendadas á los hombres educados y á los cerebros iluminados, cuya misión apostólico-social incluye la siembra generosa de ideas y el apercebimiento de los medios para asegurar el resultado de la siembra. En este orden de deberes la prensa, la intelectualidad, el estado mayor de los ciudadanos cultos puede cumplir una grande y trascen-

dentalísima tarea. ¿Cómo? Predicando, educando desde sus cátedras y desde sus tribunas.

Ninguno de los expresados elementos ha hecho aquí hasta ahora lo que importaba que todos en común hiciesen; ninguno se ha dado prisa por recorrer esa órbita, esa esfera de influencia sobre las masas rezagadas, ignorantes, pero casi irresponsables de su ignorancia. Nuestras horas han sido horas extáticas, contemplativas, cuando no horas de fiebre sensual y mercantil. El tiempo ha pasado por encima de nosotros como por encima de cuerpos muertos. Las hemos gastado en disputas estériles ó en exclusivos afanes de adquisitividad material. Nuestra prensa no ha reflejado nunca las preocupaciones morales é intelectuales de la sociedad canaria; no las ha estudiado, acaso no las ha comprendido. Ha observado respecto de tan altos problemas una abstinencia suicida. Ello me hace repetir que en la tristeza y en el bochorno de la semi-barbarie de este pueblo hay para todos culpa, correspondiendo quizá la mayor responsabilidad á aquéllos que pudieron y no quisieron predicar el Evangelio de la regeneración, velar y trabajar en nombre de la patria.

También por este lado parece que se anuncia un cambio favorable de actitudes y se señalan disposiciones nuevas y saludables en los espíritus videntes. Nuestra prensa reacciona y se rectifica. Ya concede importancia á los problemas de la educación; ya se da cuenta de que es preciso cultivar nuestras energías sin esperar el estímulo de lo alto ni el maná de los gobiernos. Por ahí necesitamos abrir nuestro rumbo y llevar nuestra nave. Dominémoslo todo con un prodigio de voluntad. Apoderémo-

nos del presente y transformémoslo para ir seguros hacia el porvenir.

El periódico de que antes hablé ha formulado un proyecto luminoso, de vastos alcances: la formación de una Universidad Popular. El proyecto ha sido entusiastamente acogido, nueva prueba de que en el fondo del espíritu público hay fuerzas y virtudes germinativas. Si sus iniciadores consiguen llevarlo á la práctica—hago votos porque así sea—se dará un gran paso hacia el ideal de la educación é instrucción de las clases proletarias. Esas fundaciones responden á una profunda necesidad de nuestros tiempos; representan la democracia activa de la ciencia, la ciencia puesta al nivel del mayor número, casi cabría decir la ciencia llevada y servida á domicilio, el pan del saber humilde y sin pretensiones doctorales administrado á los menesterosos de la inteligencia. Todos cuántos tenemos algo, siquiera sea poquísimo, que enseñar, debemos constituírnos en misioneros de esa misión sagrada, y todos los que tenemos mucho, muchísimo que aprender, debemos reconocernos discípulos al par que misioneros y preceptores, aspirando de esta suerte á fecundar y á ser fecundados en una doble y soberana acción docente.

En estos días otro periodista, para mi desconocido porque le envuelve el pseudónimo de *Zeda*, pero muy juicioso y muy práctico en su manera de discurrir, ha expuesto desde las columnas de *El Día* un pensamiento relacionado con el problema de la enseñanza en nuestro país que considero razonadísimo, digno de aprobación. Increíble parece que una cosa tan sencilla, al propio tiempo que tan fundada en las

condiciones de la realidad, no se le haya ocurrido á nadie antes de ocurrírsele á *Zeda*. Otro tanto suele acontecer con las más simples y lógicas revelaciones: vienen á un cerebro de repente. *Zeda* ha tenido una buena inspiración. Cuando pensamos en escuelas, cuando proyectamos escuelas, ¿la más espinosa de las dificultades no se refiere al modo de instalarlas? Pues aquí la naturaleza y el clima permiten establecerlas magníficamente al aire libre, en amplios recintos cercados y amenos, en jardines donde los niños reciban las lecciones bajo la lumbre del sol paternal, entre el oreo de las suaves brisas, frente á la fiesta perpetua de los encendidos horizontes. En estas latitudes, por causas que no me corresponde explicar aquí pero que he explicado en otra parte, llueve poquísimamente; apenas se cuentan unos seis ú ocho días de lluvia al año, y tal vez sea mucho contar, como regla periódica y constante. Ni por razón de tiempo lluvioso ni por razón del mal tiempo en general, se perdería parte apreciable de la labor del maestro. Los tiernos alumnos vivirían en perpetuo contacto con la gran madre Natura, gran maestra también, y recibirían lecciones objetivas muy hermosas. Hay algo de grandeza antigua, clásica, griega, en esta visión algo que evoca la augusta calma del jardín de Academus, donde nació iluminando las frondas y respirando los perfumes de la vegetación helénica el espíritu científico. A lo bello únese inmediatamente lo útil, pues las escuelas-jardines, desarrollo del plan fræbeliano en vasta escala, perfectamente realizable en nuestro idílico país, supone baratura. Nos daría resueltas las dificultades económicas del problema es-

colar. Tendríamos *escuelas naturales*, y escuelas con mínimo costo.

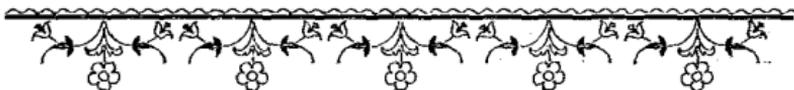
Pero entre las ideas precedentes y concurrentes al fin de la cultura, entre las ideas que deben formar atmósfera moral para que la cultura venga briosa y arraigue y perdure y llegue á buena sazón, conviene indicar algunos conceptos fundamentales de la pedagogía moderna. El maestro, sacerdote sin culto como he dicho en otra parte de este trabajo, es necesario que sea repuesto en su rango legítimo. Su misión se encuentra definida con palabras de Dante aplicadas á Virgilio: *guía, conductor y Señor*. Eso; señor que ejerza dominio pleno sobre las almas infantiles atrayéndolas mediante una blanda autoridad amorosa, infundiéndoles respeto y cariño; conductor que las enderece por buenos senderos hacia la verdad, la razón, la justicia y la belleza; guía que las lleve hacia la vida evangélicamente. Este señorío es á la vez un santo apostolado.

Y este apostolado ha de ser la práctica y la prueba de una aptitud, de una vocación, como piensa el ilustre Altamira. Los maestros improvisados, los maestros por oficio, se extravían y extravían á la juventud: no son dignos de llevar en su mano timón ni brújula. Para enseñar se necesita creer en la enseñanza y tener la capacidad de la enseñanza. Las falsas vocaciones en esta esfera entrañan riesgos mayores que el pseudo-cientificismo, que el ejercicio de la medicina ilegal, porque malogran las cosechas de las generaciones y arrancan la flor maravillosa de la esperanza; los malos médicos sacrifican algunos seres, pero los malos preceptores cierran el paso á la humanidad. La

concepción mercantil y bajamente profesional del magisterio degrada una función excelsa hasta convertirla en *modus vivendi*.

La escuela, por último, es menester que tenga raíces en toda la sociedad, que en ella se reflejen todas las influencias sociales y que, desde las alturas del poder público hasta las intimidades del hogar doméstico, se dilate victorioso su espíritu fortificándose con elementos cooperadores que se multipliquen y se depuren sin término... Que los maestros se sientan padres y los padres se sientan maestros, en la participación de una obra común. Que la patria y la familia vivan en la escuela como poderes tutelares, que en la escuela se anuden y estrechen los lazos de la ciudadanía, y que la anime un gran soplo de caridad y de libertad. Que en la escuela dignificada, hecha templo del pensamiento humano y del humano sentimiento, se vea un foco de luz, pero no de luz fría, sino de luz que desprenda calor enorme.

Puesto que *ya vemos*, puesto que estamos despiertos y vigilantes, puesto que estamos en pié, marchemos. Nos llama una voz que sale de nosotros mismos, la voz de nuestro destino, la voz de la raza. Comencemos á vivir en plena conciencia de que vivimos; con esto sólo, que en seguida se traduce en fé, la marcha será rápida y nos curaremos las heridas del camino caminando, caminando siempre... Desde que comprendemos la verdadera cultura y la queremos, merecemos tenerla. Desde que la tengamos, nuestro pueblo tendrá un nombre. Hasta ahora ha sido innominado en la asamblea de las gentes cultas. Ha sido solamente un lugar de reposo, bueno para soñar, bueno para dormir...



# UN SPORT CANARIO

## LA LUCHA

1

**V**UELVE á estar en auge la *lucha* canaria, una de las costumbres y ejercicios verdaderamente típicos de este país, que evoca ante nosotros, hombres físicamente degenerados, la visión de la atlética raza guanchesca que debió, por esto mismo, ser inclinada á los deportes y aún á los abusos de la fuerza corporal, Los guanches fueron sobre todo gentes de buenos puños, y de sólida, maciza, cuadrada envergadura. Cuando hoy contemplamos sus momias, conservadas en nuestros museos, muy bien mantenidas merced á un sistema de embalsamamiento maravilloso; cuando admiramos sus cráneos y sus osamentas hercúleas, reconocemos que la raza primitiva de Canarias tenía caracteres superiores en lo que atañe á la material conformación. Si aquellos aborígenes poseían, además de un cuerpo titánico un cerebro lleno de luz, no cabe duda que pertenecían á un tipo humano selecto. Y

los variados vestigios que dejaron en pos de sí, prueban que alcanzaron á vislumbrar algunos elementos de cultura y que desarrollaron no pocos progresos civiles y militares.

Si, por otra parte, estos nuestros actuales *luchadores* no son descendientes de los colosos guanchinescos, merecerían serlo en razón del vigor y el empuje que les permite pujar gallardamente en la moderna palestra. Son moce-tones formidables, capaces de derribar á un buey á puñetazos y capaces tambien de burlar con las estratagemas de la astucia las brutalidades de la fuerza.

Porque nuestra *lucha* es esto, que reproduce las eternas condiciones de las porfías sociales: habilidad contra violencia, ingenio contra bestialidad, cautela y mala intención contra acometividad impetuosa y bravía. Y por que es esto, interesa, y por que es esto, apasiona. Abunda en lances extraordinarios. En ocasiones un pigmeo brega afanosamente con un gigante, y éste cae derribado y vencido porque aquél, siéndole muy inferior en recursos físicos, le aventaja en coraje y audacia, en una cualidad que los del oficio designan con una palabra sola: *corazón*. Las luchas más empeñadas, más movidas, más interesantes, resultan, como se comprenderá, aquéllas que se realizan bajo tal desequilibrio aparente, resuelto en verdadera armonía. La *fuerza prima sobre el derecho*, según la frase bismarckiana; pero no prevalece, por lo común, en nuestros juegos atléticos sobre las sorpresas del ingenio, las osadías del valor y las fogosidades del instinto defensivo.

Tiene el gran *sport* isleño su especial terminología, su jerga, su vocabulario, que consti-

tuyen la característica profesional, cómo en la tauromaquia. Un torero, sin embargo, en nada se asemeja á un luchador; le es opuesto, contrario. El torero juega con el animal fiero y lo burla, pero desarrolla poco esfuerzo muscular; el luchador distiende sus músculos como tirantes cuerdas al mismo tiempo que pone en tortura su magin para esquivar, en una *agarrada* cuerpo á cuerpo, golpes y sorpresas del contrincante. El torero suele ser en lo corpóreo un tipo mezquino, desmedrado, *pobre*; el luchador es, por la inversa, un bello ejemplar de raza, *rico* en energías físicas. El torero practica un arte complicado y pintoresco á fin de domeñar la animalidad ciega de su adversario, el toro; el luchador compite con un semejante, con otro hombre, procurando igualar condiciones en una beligerancia noble y racional. Por último, la fiesta taurina es fiesta de sangre, y nuestra varonil fiesta canaria es gallarda competencia del poder humano sin resultados cruentos. El mayor deterioro de una *luchada* suele consistir en que un atleta caiga con poca fortuna y reciba un mal porrazo... La *lucha*, bien organizada, ennoblecida, mantenida á la altura de sus prestigios tradicionales, es un ejercicio educador y fortalecedor que recuerda, aunque de lejos, la altiva dignidad de los Juegos Olímpicos resucitados en nuestra época. No es helénico precisamente el empaque de los campeones de nuestro palenque, ni en nuestro circo se respira la atmósfera de Atenas; pero hay cierto sentido *clásico* en estas duras y viriles contiendas que exaltan la personalidad, que consagran á menudo la victoria de la inteligencia sobre la fuerza bruta.

Se me replicará objetándome que igual triunfo, y aún mayor, se logra en las lidias taurinas. Ciertó; el torero hace brillar la razón, el entendimiento y el arrojo humanos contra la bestia enardecida á la cual reta y muchas veces vence; mas la partida resulta enormemente desproporcionada. El hombre no ha sido formado para luchar *por gusto* con la bestia, sino para luchar con su bestia propia, que dormita pero no muere. Hay algo que constituye una negación de la racionalidad en el desafío salvaje del toreador al toro. Nuestro espectáculo nacional cede en beneficio de los ganaderos, no de la ganadería; ni menos aún del pueblo español, que no se educa por tales medios, sino que se barbariza; ni, finalmente y mucho menos, de los lidiadores que para ganarse la vida desafían sin gloria á la muerte y se restan al trabajo de los oficios y profesiones donde podrían conquistar la honra individual y acrecer la general riqueza.

## II

En resúmen, yo voto en absoluto por la lucha isleña, aunque no me cuente entre sus apasionados partidarios. Apenas sé lo que es un «desvío» una «agachadilla», una «burra», un «cango»: sólo advierto y confirmo que los héroes de nuestra arena, aclamados por la multitud frenética, alzados sobre el pavés de los entusiasmos populares como triunfadores cívicos, como hijos beneméritos de la patria, representan el culto del hombre á sí mismo, á las cualidades que determinan su dominio so-

bre la naturaleza. La lucha canaria debería aprenderse en los gimnasios.

Hoy resurge después de un largo período en que se la tuvo olvidada por causas diversas.

Sus devotos la recordaban con ardiente simpatía, pero no pensaban en promover su restauración, y ha sido preciso rehabilitarla en parte; que se constituyera una falange de luchadores jóvenes, formados por los viejos maestros, quienes han conseguido infundirles su fé militante, debilitada con los años, mas no muerta.

La decadencia de las «luchadas» debíase principalmente al carácter mercantil, al bajo espíritu de lucro con que algunos las habían explotado degradándolas. Hablábase de conciertos previos para inclinar en un determinado sentido el resultado de las partidas, el éxito de las apuestas; insistíase en que «no se jugaba limpio», en que se efectuaba acomodamientos venales á espaldas de la autoridad y con escarnio de toda justicia. Algo y aun algos creo que hubo de esto, y todavía se asegura que lo hay; pero ya se va en camino de regenerar el espectáculo, convirtiéndolo en sistema educativo popular, en magna escuela de energía.

Las «luchas» forman hombres. La educación física desenvuelve la fuerza, cooperadora de la inteligencia, resorte supremo invocado por las sectas materialistas modernas para vencer en los pugilatos del *struggle for life*. Sin aceptar esta exageración impía, reconozco que es indispensable vigorizar á los individuos y dar temple titánico á los pueblos. La vida es lucha —se ha repetido miles de veces,—y toda lucha tiene su aspecto físico.

\* \* \*

Nuestro pueblo ha vuelto á tomar rumbo al Circo donde antaño había admirado apasionadamente la exhibición de soberbias siluetas masculinas, de espléndidos torsos, de cuerpos nervudos y aventajados que se enlazaban con flexibles movimientos serpentinos ó con feroces violencias, acusando en imponentes pugnas todo su vigor.

Bandos de atletas de la isla del Hierro y de esta isla de Gran Canaria renuevan el buen tiempo de las «luchadas» clásicas que conocieron nuestros padres. La pasión crece hasta una temperatura abrasadora, fomentada por incidentes imprevistos. Hace pocos días, en una función emocionante, un jovenzuelo de apariencia débil se dió el lujo de tirar sucesivamente á siete campeones herreños, y quedó él mismo proclamado campeón en una sola tarde. Aquello fué el delirio; el delirio tremendo de una muchedumbre que ruge su entusiasmo y patalea su alegría! Cada vez que sobreviene una sorpresa así, una peripecia inesperada y dramática, vacila el circo sobre sus cimientos, sacudido por las ovaciones tormentosas. Lo propio ocurre en la temporada de las riñas de gallos, el espectáculo que comparte con las luchas el favor de la gente canaria. A los luchadores maestros también se les denomina «gallos de primera.»

Una nivelación plebeya confunde á todo el público en manifestaciones idénticas de regocijo ó de descontento... Se grita, se pateaa, se silba, se aplaude, se agita manos y piés con un brío monstruoso, lo mismo que en las plazas de toros. La muchedumbre se torna soberana en el tumulto. El héroe triunfador y el atle-

ta favorito suben á su pedestal adoptando gestos imperiales. Las cabezas se doblan como espigas á un viento huracanado que viene de las profundidades de la Historia.

La eterna Roma resucita.

\*  
\* \*

Coincide esta renovación de las luchas isleñas con la inauguración de otros *sports* novísimos, de otros espectáculos de fuerza, destreza y resistencia. Aquí un grupo de adolescentes ha fundado un Club Gimnástico que practica las carreras humanas á la americana y hace cada vez mayores recorridos. En Santa Cruz cultívase el sport de las regatas marítimas, en las cuales intervienen distinguidas señoritas de aquella sociedad en competencia con vigorosos y entusiastas «clubmen». El Club Náutico tinerfeño es además foco de grandísima cultura donde se centralizan las actividades sociales de la capital de Canarias.

Y allí sí que la Belleza le dá la mano á la Fuerza. (1)

---

(1) Cuando escribí este artículo, hace algunos años, aún no se había fundado el «Club Náutico» de Las Palmas.



## *Apostolado animalista*

### I

**E**s conveniente, de cuando en cuando, olvidar á los hombres para pensar en los animales. Los primeros son verdugos y los segundos son víctimas: esto sólo justifica la solicitud compasiva y cariñosa que nos merecen los segundos.

Además, en este ministerio de compadecer á la animalidad maltratada y atormentada, nos han precedido en la historia muchos hombres ilustres, quienes, á pesar de serlo, no tuvieron reparo alguno en descender piadosamente hasta las bestias. Amaban, más allá de la especie humana, todo lo creado y respetaban el misterio de la vida aún en sus más ínfimas manifestaciones. Todo lo animado, todo lo orgánico, era para ellos santo é intangible. La comprensión fisiológica, ennoblecida por la caridad cristiana, dictaba su conducta, propia á la vez de cristianos y filósofos.

Recuerdo la ternura con que, al decir de sus biógrafos, seguía Bernardino de Saint-Pierre desde sus primeros años infantiles el vuelo de las golondrinas en derredor de los altos campanarios. Y, antes que nada, tengo presente en la memoria un caso típico: la unción amo-

rosa con que el patriarca de Asís atendía á las bestezuelas y á las avecillas del campo, llamándolas hermanas y tratándolas como á tales.

El misticismo franciscano oficiaba en el templo de la naturaleza yendo hacia Dios por los senderos en que todos los seres vivos desarrollan su trayectoria entre afanes y penas. El alma sublime del solitario dejaba su propia órbita para entrar en la de esas existencias oscuras que reflejan, lo mismo que cuánto vive y se mueve en el universo, la divinidad del común origen.

Recomendar el respeto y la compasión en favor de los animales es invitar á los hombres á hacerse franciscanos, cosa poco razonable en esta época de brutalismo que ha declarado la bancarrota de la doctrina de Jesús: Los que defienden el principio absoluto de la primacía de la fuerza y lo aplican bajo mil formas en todos los terrenos de las competencias humanas, es lógico que ante un animal torturado sientan el impulso de ayudar al verdugo, no á la víctima. Los que no tienen corazón ó se esfuerzan por no tenerlo, naturalmente han de sentir sublevarse la conciencia contra nuestro apostolado animalista.

¡La conciencia! Ella nada les dice que tenga sentido filantrópico ó idealismo evangélico; ella sólo les sugiere fórmulas de eliminación ó simplificación para imponer la personalidad brutalmente. Si entre sus iguales actúan como lobos, habrá lógica en pedirles que para los corderos sean corderos y palomas para las palomas?

## II

Seamos franciscanos por el espíritu de humildad y compasión, por la simpatía universal que en el santo de Asís era más fuerte que el amor mismo. Compadecer es amar dos veces; amar haciéndonos uno con lo amado para vivir su propia vida, sufrir sus propios dolores y afrontar sus propios peligros. Este movimiento de las entrañas, trasladado fuera de la especie, podrá parecer una puerilidad ridícula ó una sensiblería cursi á los que apenas se reconocen capaces de amar á sus prójimos y niegan en sus actos la caridad humana sacrificando al semejante en las porfias de la vital contienda.

Sin embargo, esto es pura filosofía por encima de todo lo demás. Hay una solidaridad de los seres y las cosas dentro del instinto de conservación. Y esta ley resulta más poderosa, más universalizada que la ley opuesta de eliminación en la lucha. El universo se conserva por virtud de sus fuerzas latentes y el hombre no alcanza á destruir ninguna cosa radicalmente. Donde cree haber aniquilado una forma de vida, allí no ha hecho sino modificar un gérmen. Tras la huella de su obra destructora, el principio creador se reproduce. La palabra—mandato: *¡destruye!*, no tiene significado cuando se aplica al hombre.

Los grandes símbolos poéticos y bíblicos nos dicen que los animales útiles han sido creados para nuestra compañía y nuestro recreo. En la *ménagerie* de la Sagrada Escritura vienen hacia nosotros la paloma del Paracleto, el gallo de San Pedro, el buey de Lucas, la mula

del pesebre, el perro de San Roque, el caballo de Santiago y San Jorge, el puerco de San Antón, el asno de la entrada de Jesús en Jerusalem. Las golondrinas se santificaron en el Calvario empapando sus leves alas en el sudor y la sangre de la Pasión; las avecillas del cielo formaron animadas diademas en torno de la cabeza atormentada y dolorida del Cristo...

Hay una orden suprema de respeto hacia las vidas inferiores, que emana de todo el cristianismo. No merecen llamarse cristianos los que no la oyen ni la cumplen. La redención se hizo también á favor de nuestros *hermanos en inferioridad*, tal como los califica Schiller.

En este punto las civilizaciones modernas recogen, al igual que en muchos otros, la enseñanza cristiana. *Christus imperat* por la ley de armonía amorosa que rige los tiempos en que vivimos, á despecho de las pseudo-doctrinas nietzscheanas. Opónese resueltamente á la barbarie intelectual la cultura de los sentimientos. La voz de la sentimental protesta sube mucho más alta que la del coro apologético de la brutalidad vencedora. Y con oírlo, nos consolamos los que, según piensan los *sprits forts*, somos débiles porque somos sensibles.

### III

En sus tiempos el P. Feijoo fué un *animalista* convencido. No estimó ocupación pueril de su alto entendimiento ni de su académica pluma la de ponerlos al servicio de los irracionales. Hizo más de un sermón profano para pedir que la animalidad fuera respetada.

Hoy no tenemos escritores capaces de des-

cender á tales pequeñeces, por temor de que les caiga encima el ridículo, que alcanza hasta á los escasísimos fabulistas, cultivadores de un género muerto. No hay abogados para animales, y escribir en la prensa sobre estos asuntos, es quizá sentar plaza de chiflado. Locos son también á los ojos míopes del vulgo los hombres sensibles y buenos que miman á un perro leal y lo levantan por encima de su cabeza.

Esto no se comprende; pero se acepta como cosa razonable el empleo del argumento contundente contra las bestias. Un malvado penetra en una caballeriza, apuñala á un caballo, y la sociedad no se conmueve; ni siquiera se le ocurre pensar que el *héroe* pertenece á una de las categorías lombrosianas y que debe recomendarse su reclusión en nombre del principio de conservación universal.

Un niño se entretiene perversamente en arrancar los ojos á un pobre pajarillo, y las personas mayores no piensan en que es necesario educar la sensibilidad y corregir los instintos torcidos de la infancia. No sospechan que los niños que se divierten martirizando y matando á seres inferiores, hacen el aprendizaje de la delincuencia.

Una mujer erige sobre su cabeza la torre complicadísima de su peinado que adornan plumas y cuerpos de pájaros preciosos, y mientras pasea su magnífico promontorio, gala de su vanidad femenina, está muy lejos de adivinar que para sostener esos caprichos supérfluos se realizan innumerables hecatombes ornitológicas. Trescientos millones de avecillas son sacrificadas anualmente en aras de la moda que nos ofrece emplumadas y florecientes las cabezas

de las damas elegantes. Las especies más lindas del reino alado van en camino de desaparecer porque los sombreros del bello sexo así lo exigen.

La reina de Inglaterra emprende una noble cruzada en defensa del derecho á vivir que tienen los pajaritos y da el ejemplo renunciando á todo atavío de plumajes; pero los almacenes suntuarios se sublevan contra la reina. Forzoso es desplumar para no ser desplumados,—le dicen los comerciantes.

Y ni una sola pluma deja de caer porque la hermosa y compasiva soberana sea opuesta al desplumamiento.

Pero, ¿y el tiro de pichón? ¿Y las corridas de toros? ¿Y las riñas de gallos? ¿Y el *surmenage* de los animales explotados y reventados en una tarea imposible? ¿Qué leyes se han dictado para impedir estos espectáculos y estos abusos?

Unos cuantos sensibleros, entre los cuales tengo el honor de incluirme, protestan de vez en cuándo. La gran mayoría social goza y ríe con las matanzas del circo, del *sport* y del gallinero.

Y en realidad, solamente los vegetarianos puros hállanse autorizados para oponerles su veto. Recordemos aquella frase célebre: *la mesa del hombre civilizado está cubierta de cadáveres.*





## Animalia

### I

**E**n Tenerife se han levantado algunas plumas para abogar por los animales, víctimas del hombre que, maltratándolos, desmiente su racionalidad. Esas plumas débiles han querido detener los palos, parar la lluvia de golpes con que la barbarie carreteril agobia á las pobres bestias.

Y una cruzada noble las ha movido en persecución de la justicia, negada á los seres inferiores, eternamente mudos, eternamente resignados, eternamente tristes... No se quejan los caballos que sufren injusto martirio, y apenas si osan oponer de cuando en cuando, el argumento contundente de una coza; no se quejan los perros, que lamen la mano torturadora y, á lo sumo, se defienden con un mordisco; no se quejan los pajaritos indefensos y mansos que entre las manos de los pilluelos padecen los tormentos de la Inquisición. ¿Pero hemos de dejarlos por eso penar y sucumbir sin que el auxilio de nuestra razón y nuestra clemencia les valga?

La piedad es sentimiento humano que entre los hombres se ejercita para aliviar el peso del dolor universal. Si no compadeciéramos, se-

ríamos indignos de ser compadecidos; si no amáramos, no compadeceríamos. Dejemos intacta la raíz religiosa de la compasión y procuremos extenderla fuera de la especie, sobre todo lo que vive y pena en el mundo. Llevemos, como el ejemplar santo de Asis, nuestro amor activo hasta las cosas inanimadas encendiendo y excitando nuestra simpatía dolorosa frente al espectáculo de la vida. El precepto cristiano de amar al prójimo como á nosotros mismos, cabe prolongarlo hasta el irracional, hasta el *sub-prójimo*, por la conciencia del deber caritativo que no tiene límite... Un mulo derribado bajo el chaparrón de una paliza, es un *sujeto* interesante, recomendable á nuestra humana sensibilidad.

Peró en vez de estas razones un poco sutiles, convendría aplicar contra los enemigos de los animales el *similia similibus*... Estacazo por estacazo, trallazo por trallazo, y encima multa prudencial. Comprenderían entonces que la bestia callada y sufrida, sin valedores titulados, sin recurso alguno de queja ni de apelación, encontraba la garantía de su *derecho* no escrito en la justiciera rectitud y en la inquebrantable vigilancia de los ciudadanos...

Se ha dicho que París era el infierno de los caballos y el paraíso de las mujeres; pero en París la raza caballar cuenta con innumerables redentores desinteresados y solícitos. Aquí poquísimos bípedos sienten lástima de la esclavitud de los cuadrúpedos agravada por los malos tratos, y cuando algunas plumas se sublevan contra los látigos y los garrotes, el concurso ríe...

¡Compadecer á un perro desollado, á un

asno deslomado por la crueldad *irracional* de un individuo racional al parecer? ¡Vaya, vaya!... Señal de chifladura...

## II

*Decíamos* que maltratar á los irracionales es la mayor de las cobardías porque ellos ni se quejan ni se defienden, generalmente hablando —ni tienen contra el hombre acción reparadora ó recurso de apelación. Devoran en silencio las crueldades y las humillaciones con que su enemigo consciente é inteligente los abruma.

La guerra de especies entra dentro del órden natural y es una forma de la lucha por la vida, suprema ley de lo creado. Esto se concibe bien, como fatalidad que emana de la naturaleza; pero lo que no se concibe de ningún modo es que el hombre abdique su razón rindiéndola al instinto fiero y se trueque en bestia delante de otra bestia.

Cierto que apenas son seres humanos los que se ensañan en el bruto irresponsable y pasible. Lucha de animalidad contra animalidad resulta en último término ese desigual combate. Bestializado el hombre, siervo de la ceguedad de la ira, sin freno y sin contrapeso que detengan ó neutralicen el impulso de una mala pasión del ánimo, descarga su encendido furor sobre unos humillados lomos, sobre una pobre cabeza que está vacía de inteligencia. *Aquí que no peco*. Avergonzaríase el animal maltratado si de ello fuese capaz, no por él, sino por el hombre.

Pero aquí volvemos á preguntar: ¿Acaso un carretero que tiende á palos á su mulo, ó un

arriero que perniquiebra á su caballería, son rigurosamente seres de razón?

En la tormenta de su furia vengativa, pierden la conciencia de su propio bien material; desprecian y destruyen, á las veces, aquello que es su única propiedad, su solo recurso. Y se quedan satisfechos con haber saciado su absurda venganza.

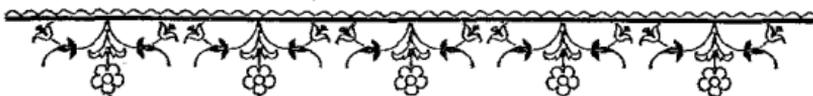
Semejantes desmanes cerriles no se remedian con buenos consejos ni con severas admoniciones. La cultura suaviza las costumbres y crea en el espíritu social el respeto por todo lo que vive en esferas superiores ó inferiores á la humana soberanía. No hay que predicar este principio de respetuosa y compasiva convivencia allí donde el hombre verdaderamente civilizado sabe que el orden universal se asienta en una infinita relación de afectos. Amarlo todo, desde la piedra al ave; respetarlo todo, desde la fruta en el árbol hasta la penosa servidumbre en el animal de labor...

Pero aquí donde los hábitos civilizados apenas trascienden de la simple apariencia, aquí donde el salvajismo agresivo brota debajo de una somera capa de civilidad en clases populares eminentemente retardatarias, se necesita algo más que la palabra adoctrinadora para corregir los abusos de la fuerza. Necesítase la fuerza también, al servicio de los propósitos de reforma: castigar, penar, imponer por medio de sanciones eficaces el cumplimiento del precepto.

Lo demás será siempre andarse por las ramas. Cuando se castigue con inexorable dureza al que convierte la esclavitud de los animales en sistemática tortura en que la humana

inteligencia viola y desconoce sus propios fueros, el jayán atormentador aprenderá á contenerse por el miedo. Las Sociedades Protectoras han fracasado en esta tierra porque su protección ha sido platónica é inútil.





## Animalización académica

—◆—

**D**ÓNDE sino en los Estados Unidos había de tener realización la idea extravagante que me procura tema para esta crónica, salga bien ó mal?...

En Yanquilandia se ha fundado—no importa saber el lugar, el dato topográfico, pues lo que interesa es el hecho *pedagógico*,—una Academia animalística.

Este curioso establecimiento es un pensionado y una escuela libre en que, por precio módico, se enseña á rebuznar con perfección, á rugir con maestría, á aullar con elegancia, á silbar con finura, á ladrar con estilo y á relinchar con todas las reglas del arte. Entra en él un hombre muy orgulloso de sus prerrogativas específicas y sale hecho un excelente borrico ó un insuperable marrano. Al entrar habla inglés y, al salir, larga un delicioso rebuzno en do mayor, dispara grandes coces y pide que en seguida le pongan una albarda ó le suministren unas bellotas.

Se dan allí dúos en competencia, cómo aquél de los Alcaldes que ha inmortalizado Cervantes en su *Quijote*. Insignes ciudadanos con tendencias manifiestas á la animalización

dad, se perfeccionan de tal modo en sus correspondientes inclinaciones y aptitudes que, verdaderamente, no se sabe por donde cogerlos como no sea por el rabo. Este maya con primor, el de más allá brinca y muestra deseos de revolcarse un poquitín; estotro cacarea como una gallina ó chilla como una rata. Vánse unos al corral, otros á la cuadra, otros á la alcantari-lla, otros al tejado, otros al bosque. El retorno al animalismo ocasiona una enorme cantidad de sorpresas. Hay esposa que, viendo llegar á su esposo, le pregunta: *de donde vienes?*, y el ex-hombre contesta: *guau, guau*, al mismo tiempo que se avalanza con malísimas intenciones, con intenciones de morder.

La infeliz acude primero al veterinario para que cuide de su marido animalizado, después á la policía para que le pongan un bozal, por último á los agentes del Ayuntamiento para que le echen la morcilla; si es que no se va derecha al juez y entabla la demanda de divorcio. Hay padres que echan á correr viendo que sus hijos se les acercan, de pronto, en cuatro patas. Y hay maestros, en la célebre escuela, que, descontentos de sus discípulos porque no se hacen pronto animales, los acometen á testarazos ó á mordida limpia.

\*  
\*\*

¿Cual será la primera ventaja de la animalización académica? ¿Restituírnos á los tiempos de Esopo en que los animales hablaban?

Ocurrirá lo contrario: que las bestias humanas perderán el modo de hablar y el modo de andar.

Ya van en camino de ello muchos asnos, muchos cochinitos, muchos perros y muchas

feras que yo conozco. *Sin ir tan lejos*, sin hacer el viaje á los Estados Unidos, sin pasar por la escuela embrutecedora, ya tienen todas las malas condiciones de la irracionalidad, pero no poseen ninguna de sus excelencias. El campo les atrae con la perspectiva del pasto, la montaña les llama con la seducción del revolcadero.

Yd allá, buenos cuadrúpedos. Dios os guarde, animalitos míos.





## La ferocidad humana

---

**L**A crueldad, la dureza de sentimientos, es impropia del hombre civilizado. Dejémosla para los animales, en los que las malas inclinaciones no tienen frenos de razón, y envanescámonos de ese privilegio humano que consiste en la educabilidad del carácter, suavizado y perfeccionado por el cultivo asídúo. Seamos benignos para ser merecedores del mayor honor debido á nuestra especie y á nuestro rango particular dentro de ella.

Es odioso el espectáculo de las riñas entre irracionales, sea cual fuere la forma ó modo en que se verifiquen; lo mismo si son dos gallos de lidia los que materialmente se destrozan con pico y espuelas, que si se trata de perros enfurecidos ó de carneros exacerbados. Ese instinto de destrucción de las especies no debe fomentarse como una fiesta grata para los seres conscientes é inteligentes porque, fomentándolo, estos niegan su superioridad. Toda función de sangre es indigna del hombre y afrentadora del nivel de cultura que la humanidad contemporánea ha alcanzado.

Lo más lastimoso, lo más vergonzoso es que el *homo sapiens* imita al irracional en el furor destructivo de su especie y de sí mismo,

cual si en su cerebro no llevara claridades conductoras que le alumbran el camino. En las sociedades humanas el sordo batallar de las pasiones embravecidas causan tanto estrago como el arranque impulsivo de la bestia. En lo más profundo de nuestro ser, somos y seremos eternamente bárbaros. Nunca la civilización nos domesticará del todo.

Por eso gozamos con las escenas feroces de la acometividad bestial. Ofrecedle al mismo público de las plazas de toros ó de los circos de gallos otro género de emociones, idílicas, plácidas, y las rechazará como enervadoras de su viril entereza. Cree, aunque no lo diga, que los varones fuertes deben recrearse, como las fieras, en la visión de la carne palpitante, desgarrada, atormentada. Su mejor teatro es el matadero.

Hay personas, sensibles en apariencia, que lloran por cualquier motivo pueril, y, sin embargo, necesitan absolutamente una víctima diaria para sus expansiones. Ellas no matan ¡Dios las librel, pero les hace falta ver matar. Así entonan sus nervios, se hacen duros y, por consiguiente, hombres.

Opinan que, para eso, para hacerse hombres, es necesario endurecerse hasta el empedernecimiento; tener unas entrañas inmovibles.

Todo en ellos es manifestación animal. Comen con los ojos la carne cruda. Su simpatía se va en pos de los brutos iracundos y sanguinarios en los cuales reconocen su propia imagen, menos el valor.





## Las riñas de gallos



**E**SCRÍBENME pidiendo que combata las riñas de gallos, nuestro espectáculo regional por excelencia; el que comparte con las *luchas* la predilección de este público.

No me atrevo. Me he ocupado de los gallos, lo mismo que de los toros, para lamentar la afición de todas las clases sociales de la Península y de Canarias, respectivamente, á uno y otro de esos *sports* (quizá aplico mal al caso esta palabra); pero arremeter de frente contra la pasión gallística ó, más bien, anti-gallística, sería ganarse el desagrado de muchísimas personas sin lograr la finalidad propuesta. Sería perder el tiempo.

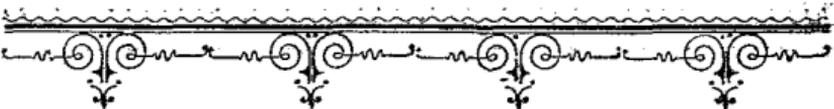
Hay aquí verdadero fanatismo por *la gallera*, hasta el extremo de que no se concibe *la oposición* en este orden de asuntos. El que reprueba la general chifladura, sienta plaza de chiflado y, cómo en rigor se trata de uno de los aspectos ó disfraces del juego, es el juego lo que hay que combatir. Las riñas de gallos perderían la mayor parte de su interés si se dejara de llevar apuestas. Por lo común, se admira antes que la ferocidad increíble de los citados animalitos, su condición de *cartas buenas*. Las cartas malas reciben el mismo trato que los des-

cartes de la baraja. A los *cachiporros* se les retuerce el pescuezo y ni la cazuela los quiere.

Se pone en pensión á los gallitos; se les regala y se les mortifica; se les somete á delicadas operaciones previas; se les aleja del ruido y se les cuida como joyas preciosas, como *enfants gâtés*, todo para que en un momento de fortuna ó desgracia determinen la suerte de su partido.

En el reñidero los hombres suelen reñir tanto como los gallos, discutiendo los lances é incidentes de cada pelea. Acontece que en ciertos momentos excesivamente cálidos los jugadores se insultan, se amenazan y hasta se acometen, olvidados ya del medio, que es el animal belicoso, preocupados solamente del fin, que es la ganancia. Corre por las graderías el estremecimiento de las grandes cóleras populares, y el juego colectivo acaba en frenesí. Para estas enfermedades del espíritu de la muchedumbre no tiene eficacia la propaganda escrita ni la protesta verbal razonada. Una prohibición *de orden superior* sería lo único que podría quitar la ocasión pecaminosa, pero no el pecado. Cerradas las plazas de toros, los aficionados torearían en cualquier parte; clausuradas las galleras, los partidarios del sport gallístico lanzarían sus gallos en los patios de sus casas. En un caso extremo imitarían á los chiquillos del arroyo que saben convertir un mal pedrusco en un mediano gallo de lidia. Sin embargo, ese sería el camino para llegar al objeto deseado por mi anónimo corresponsal, y no se me alcanza otro...





## ¡Animalitos de Dios!

---



MENUDO recibo cartas en las cuales se me pide que interponga mi influencia como periodista para impedir el mal trato de los animales por parte del hombre.

La causa que se me recomienda es, en general, muy simpática porque se trata de aquellos á quienes Schiller llamó *hermanos inferiores*, seres constituídos por su misma inferioridad en esclavitud perpétua respecto de la especie humana. Si no los defendemos, ellos no se defenderán; si no los redimimos, ellos no se redimirán. Su defensa y su redención hállanse naturalmente encomendadas á los espíritus generosos que compadecen la desgracia, aunque ésta no afecte en rigor á un prójimo, á un semejante, recayendo sobre un irracional.

Un extranjero me escribe con letra garra-pateada, con ortografía lamentable y con anár-quica sintáxis:

«Es mucho vergonzoso la espectáculo que se ofrece en estas calles de Las Palmas, donde se vé tanto burra maltratado por hombres malos sin compasión.»

El anónimo comunicante no comprende cómo aquí se toleran esos abusos, y se mara-

villa de que la opinión pública y la prensa no protesten contra ellos.

Protestan, señor mío; pero la protesta no sirve para evitar tales excesos. La voz de la sensibilidad lastimada y escandalizada no encuentra eco en ninguna parte. Es imposible hacer entender la razón á los bárbaros jayanes que razonan con un palo y dejan que la cólera anule por completo sus facultades discursivas (caso de que las posean.)

Esas escenas bochornosas demuestran cuán lejos nos hallamos todavía de merecer el dictado de pueblo culto. En las sociedades verdaderamente civilizadas no se necesita inculcar el respeto santo á la vida de los demás, sea cual fuere la manifestación de esa vida. Por hábito de cultura, se guarda á los irracionales las consideraciones y los miramientos que entre nosotros se les niega. Se reconoce en el animal al *hermano inferior*, que decía Schiller. Se le explota, pero no se le tiraniza.

Importa, pues, hacer costumbres nuevas, cosa háto difícil. Y mientras se van haciendo, la represión y el castigo, que tampoco alcanzan efectividad entre nosotros, sería lo único que tendría eficacia para impedir «el espectáculo de tanto burro maltratado por hombres malos sin compasión.»

Entre burros anda el juego, puesto que tan asnos son los maltratados como los maltratadores.

Quizás más los últimos.





## Abogado de los animales

**Y** MUCHA honra, para el que lo sea. He recibido dos cartas en las cuales se me pide mi modesta mediación á favor de los irracionales que padecen bajo la barbarie del hombre. No necesitaba yo excitaciones en este sentido. Resuelto estaba á intervenir por un impulso irrefrenable del ánimo, apenado profundamente ante el espectáculo de los excesos con que la razón humana envilecida se niega á sí propia maltratando á las pobres bestias.

Es un hecho vergonzoso de todas las horas. ¿Quién no lo ha presenciado? ¿Quién, presenciándolo, si tiene un poco de nobleza y de delicadeza, no lo ha censurado? Un carretero sacia su furia irracional en una caballería y pretende convencerla á palos de que debe arrastrar un peso muy superior á sus fuerzas. La castiga, la golpea sin compasión, la tiende en tierra, exánime é inerte. Parece un dómine del antiguo régimen, empeñado en hacer entrar la letra con sangre. «O caminas ó te mato,—grita menudeando los golpes—. Y el animal, sufrido, impasible en apariencia, se deja moler ó matar porque no puede hacer otra cosa.

En esta porfía aparece más inteligente el

bruto, aunque de cierto no se sabe á quién le cuadra mejor tal nombre. La inteligencia puesta en la punta de una estaca vale menos que la brutalidad pasiva y declarada en derrota. El jayán maltratador está pidiendo para sus bestiales pies la herradura, para sus belfos humanos el freno, para su lomo servil el látigo. Su instinto cruelísimo le coloca por debajo de la irracionalidad. Es un hombre de la civilización que se desnuda y se degrada, un salvaje, un primitivo.

En torno suyo suele formarse un corro que aplaude, cortado por una que otra voz que protesta. Opónese á la negación del salvajismo la afirmación de la cultura; y casi siempre es un extranjero, más á menudo una extranjera, quien habla y obra para desagrar á la dignidad humana. Las mujeres sacan, en estos casos, extraordinaria energía acometedora del fondo de sus sentimientos delicados. Levantan su mano débil, hecha para acariciar, contra la estúpida dureza masculina. Yo ví, cierta vez, á una varonil y expeditiva inglesa arrebatár la tralla de las manos de un desaforado arriero que maltrataba á un mulo, y con ella cruzarle la cara.

¡Buen ejemplo para los hombres!

\*  
\* \*

Si las pobres bestias tienen semejantes *abogadas*, ¿cómo ha de deprimirnos el llamarnos y ser llamados defensores de los animales?

Honrará esa defensa á todo aquel que la tome y la ejercite con entusiasmo.

No seamos *animales*. Seamos *animalistas*.





## Máximas animalistas

---

**E**L que castiga á los animales prueba así, brutalmente, su dominio sobre ellos; pero se convierte *ipso facto* en animal, y reclama para sí el mismo procedimiento.

Donde quiera que un pseudo-hombre castiga á una bestia, hace falta un hombre inteligente y sensible que le dé la réplica al maltratador.

Es cuestión de que el palo ó el látigo cambie de manos y vaya á parar, por último, al poder de una autoridad justa que castigue de veras.

\*  
\* \*

No hay un Evangelio para los seres irracionales. Nada dice acerca de ellos el Decálogo, ni en sus preceptos positivos, ni en sus preceptos negativos; por lo menos, no lo dice terminantemente.

Pero el mandato indeterminado y absoluto *no matarás*, los comprende sin duda. *No matarás* significa: habrás de respetar lo que vive y habrás de dejar á la cuenta de Dios tan sólo el ministerio de la muerte.

Además de esto, acordaos del Arca: quiso Dios que con el hombre se salvaran un par de animalitos de cada especie, y ni siquiera se

preocupó de eliminar las malas, las dañinas. ¿Sería que con la mucha prisa olvidara hacer el apartado?

De todos modos, lo más que en buena razón cabe admitir es que nos libertemos de los bichos, alimañas y fieras incompatibles con nuestra seguridad personal, en nombre de la ley de especies y de la ley de conservación expresada con el *número uno*; pero no se ha de admitir que tengamos derecho al martirio de los seres enemigos ni á la destrucción de los seres amigos y beneficiosos.

Porque, si tal absurdo se admitiera, habria que aplicar ese principio al hombre y retrogradaríamos prácticamente hasta la edad de las cavernas, filosóficamente hasta Hobbes.

\*  
\*\*

Los antiguos egipcios adoraron al buey; los indios adoran al elefante; los chinos comen ratones y lagartos, y nosotros, hombres perfectamente civilizados, según decimos nosotros mismos, lo devoramos todo, en una ó en otra forma.

La civilización es, pues, en el fondo voracidad.

En nuestro banquete sin fin, nos comemos tranquilamente á los antiguos dioses en cuyos altares los idólatras ofrecían sacrificios.

\*  
\*\*

Engordamos al cerdo para comérselo, y cuidamos y mimamos al gallo para que se destroce en divertidas riñas con sus congéneres, á las cuales asistimos llenos de júbilo.

No se sabe que hayan protestado San An-

tón ni San Pedro; pero, aunque protestaran, sería igual.

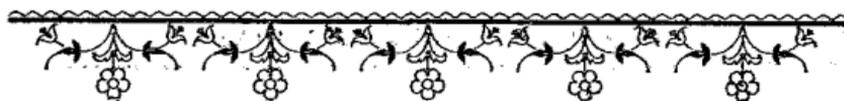
\*  
\* \*

El caballo nos recuerda la lealtad, el perro la abnegación, el buey la mansedumbre inalterable, el armiño la pureza.

La especie humana, en conjunto, no nos recuerda nada de eso. Solamente las excepciones de nuestro linaje nos presentan en ejemplo las virtudes, y nos inclinan á amarlas. Tomada en total la especie, hecha la recapitulación y balance de sus obras, tenemos que esforzarnos mucho para no aborrecerla.

¡Cuántos crímenes ha alumbrado la inteligencia!; y, ¿acaso no es un crimen más la crueldad innecesaria y estúpida del hombre para con los animales que le sirven desinteresada y fielmente hasta morir?





## Cerdos y pavos

---

### I

**L**A Pascua está á la puerta, y con ella las hecatombes animales que la solemnizan. Los repiques de gloria resuenan en los estómagos; los pavos apresuran la marcha cuanto pueden y los cerdos gruñen con ansia desgarrada de moribundos. Los corderos balan lastimosamente y los pollos corren á resguardarse en lo más escondido del corral; hasta el besugo, entre dos aguas, adivinador del fin truculento que le espera, abre sus ojos turbios, llenos del misterio del *más allá*...

Todos se dan cuenta de que *el abismo* los atrae, y ese abismo es la voracidad humana que, para celebrar el nacimiento del hijo de Dios, se proporciona un festín monstruo.

Cada año la matanza pascual deja en pos mayor número de ensangrentados despojos. Cada año la materialidad grosera de este tributo á la Santa Pascua muestra más enrojecidas las manos del hombre.

Ayer he visto pasar gritando desesperadamente á un cerdo que iba al matadero como fué

Madame Dubarry á la guillotina. Sus chillidos desentonados daban compasión. Parecía decir:—¿Qué culpa tengo yo de haber nacido marrano?

Y lo cierto es que, no por marrano, sino por gordo, le llevaban á morir. La crasitud constituye una señal de desgracia. Un sistema prudente de alimentación, un buen recorrido de masaje para adelgazar, hubieran salvado á aquel reverendísimo puerco cuya gordura le ha hecho víctima de los apetitos *racionales*. La gula del cochino encuentra su castigo en nuestra propia gula. El que come demasiado, se halla expuesto á ser comido.

Después pasó frente á mi casa un escuadrón de pavos cebados maravillosamente; graves, torpes y circunspectos, como senadores que van á votar en día de votación extraordinaria. Estos no chillaban ni protestaban. Apenas si con un débil *glau, glau* de ancianos catarrosos querían expresar lo mismo que el compañero de San Antón:—¿Qué culpa tenemos de haber nacido pavos?

Pero, como gordos, lo estaban, al extremo que las gentes deteníanse á mirarlos con ojos de envidia, y el pavero se multiplicaba en la custodia, temeroso de que le raptaran alguno.

Los pavos, sin embargo, no parecían estar preocupados de su infausta suerte. Quizá ni en ella pensaban, atentos solamente al afán vanidoso de ostentar su rotundidad magnífica haciendo la rueda, agitando el moco, levantando las pesadas alas inútiles, que me recordaban los faldones de ciertas levitas...

Y el *glau, glau* elevábase como un grito de triunfo á dos pasos de la cuchilla.

Ni los cerdos ni los pavos saben ser dignos ante la muerte: los primeros á causa de su cobardía, los segundos á causa de su estupidez.

## II

Decíamos ayer que los pavos y los cerdos no saben morir con altivez de héroes romanos. Sólo saben nutrirse. Los unos por brutos, los otros por imbéciles, van á colocarse bajo la cuchilla sin darse cuenta de que se aproxima su última hora. Arrastrando su hartura á través de las calles, no tienen un gesto digno; sus ojos embotados sólo nos hablan de digestión ó de indigestión.

Después de tentar la gula del hombre, la satisfarán copiosamente en el desenfreno manso de los festines de Pascua. Serán *la carne* seductora que nunca se purifica pero que enciende las concupiscencias, atiza las fiebres y atrae las condenaciones; la carne, instrumento de múltiples é insanos placeres materiales, lujo de la mesa, tirana de los sentidos.

En estos días imperan muy especialmente la cerdo-cracia y la pavo-cracia.

Vemos pasar muchos ciudadanos de aspecto cerduno, y nos extraña que no gruñan. No se dirigen al matadero para que los sacrifiquen: acuden en demanda de su pedazo de cerdo correspondiente. No serán sacrificados, sino sacrificadores. Obedecen, á su modo, la ley de las afinidades electivas.

Vemos pasar también otros muchos ciudadanos de aspecto pavuno, y nos sorprende que no cloqueen. El instinto gregárico los reúne,



pero caminan silenciosos, cada uno en busca de su correspondiente parte de pavo.

En esta breve temporada nos fijamos más que de costumbre en la gente que deambula, y advertimos un número incalculable de pavos y de cerdos.

La pavo-cracia y la cerdo-cracia viven en Pascua perpétua, reduciendo la ignorancia, la brutalidad y la presunción á un solo ejercicio: comer.

Los pavos y los cerdos son los partidos turnantes de la gastronomía, bien avenidos como buenos compañeros que sirven al mismo señor y se defienden del mismo enemigo. El pavo es más aristocrático que el cerdo, pero en cambio el cerdo es más idiota que el pavo.

Así se equilibran y se organizan para formar el bloque de los grandes apetitos triunfantes contra las grandes voracidades vencidas.

Los pavos y los cerdos nos pertenecen antes de Navidad, en Navidad y después de Navidad.

¡Estúpidas criaturas!





## *¡Un cuartito!*

---

**E**L extranjero que viene á Gran Canaria en clase de turista, se encuentra aquí con la novedad de que se ha convertido en *inglés*, aunque sea moro, y goza el privilegio de una escolta gratuita.

El hecho de aparecer todos los forasteros inglesados á los ojos de nuestra turba callejera se explica por la circunstancia de ser hijos de Albión la mayor parte de nuestros visitantes en la temporada de invierno. El vulgo se pinta solo para generalizar; hace de un caso una regla, y de un hecho particular una ley. Le basta un dato cualquiera para determinar instintivamente una genealogía, un linaje. *Ser de fuera* es ser inglés, según su rutinario y elemental criterio lógico. Llevar dobladas las puntas de los pantalones, exhibir una maquinilla fotográfica ó irse por los campos observando *cosas*, significa, no solamente haber venido de extranjis, sino traer procedencia segura de la propia Inglaterra.

Su escolta gratuita se la dan al *huésped británico* los muchachos que le siguen en bandadas, como moscas importunas y pegajosas. En el interior de la isla, mejor dicho de las islas,

no se avanza un paso sin que la chiquillería pedigüeña deje de marchar sobre el rastro de los excursionistas repitiendo hasta cansarse y enronquecerse este grito majadero: *¡un cuartito! ¡un cuartito!*

Pero los muchachos han aprendido lo bastante para traducir el clamor de su miseria y ya saben decir: *¡juan pene! ¡juan pene!* Lo que piden es una moneda de cobre que, muchas veces, con su insistencia acosona, sacan materialmente entre las uñas.

En la campiña de Tenerife los aldeanillos arrojan ramilletes de flores á los carruajes que pasan, y luego corren un buen trecho detrás de los coches hasta que la carrera les agota y les rinde. Saltan de entre las piedras como por ensalmo, sucios, polvorosos, jadeantes, y se desjarretan en un galope frenético para mantenerse en línea con los vehículos. Sus piernas se endurecen en este diario ejercicio; pero el exceso con que lo realizan, trueca en daño lo que debería ser provecho saludable.

*¡Un cuartito! ¡un cuartito!* Bien se lo merecen los pobres cachi-diablos por la constancia heroica de su persecución, aparte la indignidad áspera y amarga que les mueve.

Son en muchas ocasiones los padres mismos quienes los lanzan, amaestrados, como una trailla ladradora, en pos de los extranjeros. Hay que sacar la propina, so pena, cuando menos, de un regaño. El recurso poético é ingenioso del toma y daca del ramillete, tuvo que ser sugerido por la miseria á la paternidad menesterosa bajo el techo ahumado de una cabaña.

*¡Un cuartito! ¡juan pene!* Este pregón de necesidad vertido á un inglés macarrónico,

constituye una nota pintoresca para el álbum de los turistas; pero debe suprimírsele porque echa una sombra en el cuadro de nuestros adelantos sociales.

Los niños que piden cuartitos desde la primera infancia se ejercitan para la profesión de una pordiosería peligrosa y, en vez de ir á aprender en la escuela el arte de vivir, trabajar y luchar, van á doctorarse de mendigos en las carreteras.





## La tartana



**L**os tartaneros han tenido su pequeña huelga, y asusta pensar lo que hubiera pasado si insisten en su actitud rebelde. Aquí sin tartanas no podríamos vivir: la tartana sirve para todo: está en todas partes. Ese vehículo ligero, de escaso equilibrio, de formas sencillas, de agradable contoneo, representa la gracia de la locomoción y es quizá lo más típico que tiene Las Palmas. Suprimida la tartana, la mayor parte de los habitantes de esta bendita ciudad, nos quedaríamos á pie. Perderían los tartaneros su *modus vivendi*; pero el pueblo soberano perdería, á su vez, el derecho de usar carroza, porque la tartana viene á ser la carroza del pobre.

De Amicis ha escrito *la novela de un tranvía*. ¡Cuántas historietas inéditas circulan de acá para allá con las carreras locas de esos cochecillos á los cuales se vincula la fase más original de la vida de Las Palmas! Blasco Ibáñez ha escrito *Arroz y tartana* compendiando el panorama de Valencia; *gofio y tartana* sería el compendio de nuestro paisaje y nuestro paisanaje.

Sin tartanas, ¿qué íbamos á hacer? Ellas

son el comercio, la alegría, la facilidad, la baratura; nos llevan y nos traen en un sobresalto gratísimo; salvan en unos cuantos brincos gallardos la carretera del Puerto, y mecen las ilusiones de los jóvenes y los desencantos de los viejos; cruzan velozmente á través del fango líquido ó sólido de los caminos, y no se atascan nunca. Su breve peso les permite flotar siempre, como los ensueños de la adolescencia.

¿Qué haríamos sin tartanas? Nos faltaría la nota más simpática de la circulación, el gran agente democrático que iguala las clases poniendo á un jornalero al nivel de un príncipe, mientras haya un caballo de buena voluntad que arrastra el carri-coche. En tartana anduvo Leopoldo de Battemberg campechanamente, y no se preocupó de averiguar quien ocupara antes que él el asiento honrado por su persona principesca.

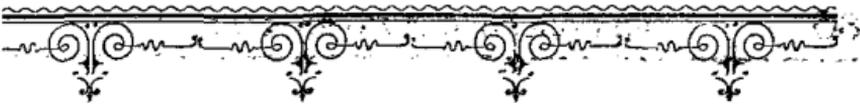
La tartana nos enseña que todos somos iguales mediante veinte centimos. ¿Se quiere mayor democracia? En tartana las vanidades se aligeran y cualquier ciudadano se siente filósofo al vaivén de la marcha que va marcando un compás irregular, ora *vivace*, ora *molto agitato*...

Estamos reglamentados tartanalmente. Vivimos y morimos en tartana. ¿Cómo prescindir de ella, si ella significa la costumbre aliada con la necesidad?

Los tartaneros holgaron un instante, acompañados de la razón y la prudencia. Ese momento bastó para producir un verdadero pánico, porque las gentes no atinaban á contestarse esta pregunta angustiosa: ¿qué haremos sin tartanas?

Dèjennos, por lo menos, la tartana y el gofio, lo mismo que á Valencia el arroz y la tartana. No nos quiten el *carácter*, y á los tartaneros que se les dé lo que piden en justicia.





## La protectora

---

**E**L Sr. D. Aquilino G. Barba, anciano venerable no sólo por sus años, sino por la dignidad de su vida y por la blancura resplandeciente de sus honradas canas, ha hecho investigaciones para averiguar si todavía existe la Sociedad Protectora de Animales, y resulta que no ha muerto esa Sociedad, aunque es lo mismo que si no viviera.

¿En qué se conoce que vive?

El Sr. D. Rosendo Ramos, hombre verdaderamente distinguido, de espíritu amplio, educado, la fundó proponiéndose con ella mejorar aquí las costumbres, hacer cultura; pero no se le prestó ninguna clase de apoyo, y la Protectora quedó realmente disuelta, á causa de haber fracasado en absoluto los buenos propósitos de su fundador.

Yo sé quienes la mataron y quienes la llevaron á enterrar. No se hable de resucitarla, porque será inútil. Acabó con ella desde el primer día de su funcionamiento, la pública chacota, pues entre nosotros caen en el ridículo todas aquellas empresas que chocan con el atraso moral é intelectual del país.

—¡Proteger á un burro, qué ocurrencia!—

decían algunos lanzando carcajadas. Y no se daban cuenta de que debían callarse, aprobar; que enseñaban la oreja... pollinesca; que les convenía abstenerse por los deberes que impone la afinidad; que olvidaban el precepto cristiano: *ama al prójimo como á tí mismo*.

Un burro es un ser viviente, y basta; todo lo que vive tiene derecho al respeto, á la protección, á la compasión. Yo le pido á Dios permiso para matar una cucaracha, y me inspiran simpatía esos ingleses que reparten papelitos en que se lee: *considera que el caballo es tu fiel amigo*, ó algo semejante.

No provocan risa las campañas á favor de los animales en los pueblos positivamente civilizados. En Buenos Aires un hombre solo, el famoso doctor Albarracín, ha realizado una verdadera redención animalista; pero detrás del doctor, el gobierno y una mayoría ilustrada, entendida, estaban dispuestos á auxiliar sus gestiones. Por eso triunfó. La caricatura de Sojo representóle rodeado de una fauna que era una corte agradecida y reverente.

\* \* \*

¿Para qué hablar aquí de asociaciones en beneficio de los irracionales si ni aún en provecho de los racionales se logra organizarlas? ¿Qué sociedad podrá constituirse en Gran Canaria, donde los agricultores y los exportadores no se han unido para defender su interés común?

Desengañémonos. Muy cándido tiene que ser, muy infeliz el que crea en los éxitos del principio de asociación en esta tierra.

A dormir se ha dicho. Y apaguemos las luces para dormir mejor,



## *Pais de analfabetos*

---

**H**AY que admirar el valor activo de los que aquí laboran con el pensamiento y publican el resultado de sus lucubraciones é imaginaciones.

Son héroes. Prueban por el hecho de perseverar en tarea semejante, que la inclinación al estudio y al trabajo mental es en ellos superior á todo; superior hasta al amargo descorazonamiento que engendran los fracasos repetidos é inmerecidos.

En Canarias no se lee, y la causa de que no se lea la encontramos en el desconsolador fenómeno del analfabetismo, estigma de un país atrasado y miserable. ¿Cómo se ha de leer si la letra escrita estorba? ¿Cómo se ha de buscar el papel impreso si cuánto sale de las prensas reviste á los ojos del analfabeto la confusión atormentadora del jeroglífico? Los ciegos del entendimiento por esta fundamental ignorancia forman un ejército numerosísimo que avanza vacilando en las tinieblas...

La estadística nos descubre y nos alumbrá este abismo donde, como en un Purgatorio, peñan en vida tantas almas desheredadas; nos dice que el producto de la especulación intelectual del mundo no tiene sentido ni valor pa-

ra la inmensa mayoría de los habitantes del Archipiélago; nos cierra á piedra y lodo la puerta grande de la regeneración y escribe un *lasciate*, un *requiescat* sobre la frente de los siervos del no saber y de los irredentos del no pensar. En esa enorme zona oscura no surge la determinación de una conciencia por la iluminación de los cerebros. Van á través de ese desierto tenebroso sombras que apenas conservan la apariencia humana porque el humano perfil se borra en el fondo común de lobreguez impenetrable.

No se lee sencillamente porque no se sabe leer. En nuestras clases populares el individuo que posee el abecedario es, para los de su círculo, un *magister*. Así se comprende que nuestros periódicos alcancen como máximum un tiraje muy modesto, tratándose de una población de cerca de ciento veinte mil almas (la total de la isla), y que los pocos libros en Canarias publicados se apolillen lentamente en las librerías sin remunerar á los autores, sin permitir tan siquiera cubrir los gastos de la edición.

Lo extraño es que se resuelvan á arrojarlos al vacío. La minoría insignificante de los letrados tampoco muestra prisa en leerlos, y muchas veces no se da cuenta de que han aparecido. Abruma con su desdén á los que cometen el pecado de amar á sus hijos cerebrales hasta el extremo de declarar la paternidad y autorizar el estado civil para que la obra producida entre dolores nazca de veras...

Héroes son los que aquí escriben y, además de escribir, tiran sus libros por la ventana.

En nuestro mercado el papel impreso sólo vale si sirve para empaquetar plátanos, y eso á condición de ser los pliegos grandes é ininteligibles, escritos en lengua inglesa.





## Animalismo literario

---

**G**so de hacer hablar á los animales no es cosa nueva, ni mucho menos. Bastantes siglos antes de Jesucristo supo realizar el milagro gallardamente Esopo, el padre de la fábula, y en el siglo XVII Lafontaine, magnífico ornamento de la literatura francesa, uno de los espíritus más originales de la literatura universal, completó la obra.

Lafontaine no se satisfizo con dar á los seres irracionales su propia elocuencia, la elocuencia del hombre expresada en un humano idioma. Para moralizarlos, hízolos razonadores, taimados, cobardes, amorosos, caritativos y vengativos. Les infundió nuestras pasiones y, al infundírselas con la razón, con la responsabilidad, los echó á perder. Un animal vale más que un hombre por que *no sabe lo que hace*; desde que realiza el mal á sabiendas en una farsa literaria ó escénica, ya puede mostrárnos reflexivamente perverso hasta el último límite de la maldad de nuestra propia especie. Le falsifican la naturaleza. Sin *desanimalizarlo*, lo racionalizan y lo convierten en hombre para que sea ruín con entendimiento.

Los animales debieron protestar, por que ellos son los que salen perdiendo en el tras-

trueque; pero, claro, como ellos no se percataron de la mala partida que se les jugaba, como ellos sólo tienen la voz que les han prestado los fabulistas, siguieron guardando su eterno silencio enigmático. Les obligaban á hablar en las fábulas y en los apólogos, mientras en la realidad de la vida tenían por medio expresivo solamente el grito inarticulado.

¿No implicaba un abuso esta mixtificación hecha sin conocimiento y sin permiso de nuestros hermanos menores? Ninguno hubiera querido, á saberlo, abandonar su irracionalidad para identificarse con la racionalidad perversa de la raza inteligente. Yo estoy seguro de eso; yo que, en general, estimo más á los animales que á los hombres. Al hombre no hubiera querido parecerse ningún tigre ó tal vez, humanizándose, teniendo luz de inteligencia, el tigre hubiera perdido su índole feroz. En cambio, hay hombres que cada día son mejor y más conscientemente tigres.

Así surgió el animalismo literario, como *un abuso de confianza*. En cuanto al animalismo social, no lo ha creado ningún Esopo ni ningún Lafontaine. En las caricaturas de Granville revela sus desconcertantes afinidades y combinaciones. Una fauna humana variadísima, una hibridación *ad infinitum*, llena de sorpresas, nos descubre á la pobre humanidad completamente animalizada. Y por ahí tropezamos con pavos, zorrós, lobos, micos, hienas, elefantes, cocodrilos, focas amaestradas, asnos, cerdos, basiliscos, loros... ¡Toda la escala zoológica dentro de una misma especie!

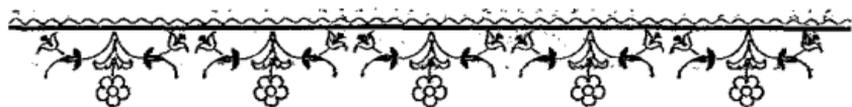
Los animales hablaron desde el principio en el apólogo, en la fábula. Nos dijeron en sus diálogos todo lo que les fué sugerido por los escritores, todo lo que les apuntaron los poetas; pero no se les había llevado á la escena como actores, como personajes, como protagonistas. He aquí la novedad del *Chantecler* de Rostand.

Y aún esta novedad es relativa. Chauser, uno de los padres del teatro inglés, había escrito en su tiempo, anterior á Shakespeare, una pieza teatral nominada *El parlamento de los pájaros*, de la que sabemos poco, pero cuyo título preocupa é intriga. No necesitamos remontarnos á *La novela del zorro* para encontrar los antecedentes de la comedia animalista que acaba de estrenarse en París.

El verdadero antecesor de Rostand es Lafontaine, que le supera enormemente en facultades. Lafontaine es el único gran poeta francés personal y soñador, antes de Chénier. Penetra hasta el fondo de la vida y de la naturaleza. Dice verdades generales en formas definitivas y tiene delicadezas supremas. Sus versos, que se nos antojan fáciles, espontáneos, le costaron ímprobo esfuerzo; fueron *destilados* trabajosamente, como los de Rostand. Pero nunca el autor de *Cyrano* pondrá en el pico de una de sus gallinas de Guinea nada parecido á esta queja melodiosa, quinta esencia del sentimiento poético:

*¡Mes oeufs, mes tendres oeufs, ma plus douce espérance!*





## ¡Pobrecitos animales!

**D**ESDE Málaga me han enviado dos pequeños folletos cuyo respectivo contenido es el siguiente: Estatutos de la Liga Protectora de Animales y Plantas, y sociedades escolares humanitarias y de protección á los animales.

Son instituciones que deberíamos copiar. Aquí nada se protege y se tira á destruirlo todo. Un instinto profundamente bárbaro rechaza entre nosotros toda obra civilizadora de grandes vuelos. Como pueblo inculto, en vez de dar protección, estamos pidiendo y necesitando que nos la presten.

Conviene no hacerse ilusiones respecto de *nuestra cultura*. No se puede hablar de eso, sino tratar de crear eso, pues no existe. Somos menores de edad á quienes causa horror el colegio y á quienes asusta la vida. No comprendemos ninguno de los altos fines de la civilización y se nos escapa la positiva grandeza de muchas cosas al parecer pequeñas.

Cosa pequeñísima nos ha parecido la protección á los animales, cosa de risa, cosa para puesta en caricatura. Cuando hemos hablado ó escrito acerca de ella, las buenas gentes se han

encogido de hombros y luego han soltado el trapo...

—¡Diantre! ¡Vaya una gracia!—han exclamado entre burléscas admiraciones—sólo á ese loquinario se le podía ocurrir...

Cuando se redactó el programa de la Junta del Turismo, incluyóse en él la protección á nuestros *hermanos menores*.

Nuevo acceso de hilaridad en el respetable público. Se hicieron epigramas baratos. Quiéren protegerse—oímos que decían los del gallinero,—quieren proteger á los turistas y los califican de irracionales.

Con estos graznidos y estos rebuznos se intentaba hacer oposición á un proyecto tan noble. La animalidad protestaba en nombre de la animalidad.

No se comprendía que una de nuestras mayores necesidades consiste en dulcificar y civilizar las costumbres para que el turista no nos las eche en rostro como una vergüenza social. No se comprendía que, si nosotros somos enemigos de los animales, los extranjeros civilizados serán enemigos nuestros y que, por consiguiente, al crear Sociedades de protección haríamos obra de turismo.

Los dos folletitos que me han remitido de Málaga contienen una buena lección. En sus títulos, sin necesidad de aditamentos ni explicaciones, está bien determinado lo que se proponen: constituir ligas en favor de los susodichos hermanos inferiores y llevar á la escuela el generoso espíritu que mantiene esas propagandas y ha creado esas sociedades protectoras.

Resulta que en Andalucía, la tierra de los

toros, el país clásico de la tauromaquia, no obstante esta tradición poco favorable, la cruzada animalista fructifica en buenas ideas y excelentes fundaciones.

Allí no se ríen de lo que aquí tanto nos divierte; y eso que los andaluces son fácilmente tentados á la risa. Dejemos la hilaridad para los poquísimos casos que en nuestra aburrida y empalagosa existencia la justifiquen, y advirtamos que los que se ríen fuera de ocasión, se ríen de sí mismos.

En estos momentos oigo ladrar á un perro, y juzgo que está conforme con mi doctrina. Oigo reír á un prójimo y opino que la contradice.

Una vez más compruébase que el perro vale más que el hombre.





## Nuestros pilluelos

---

**V**íctor Hugo ha popularizado al *gamin* de París en la persona de Gavroche, niño sublime. Una precocidad heroica, una milagrosa anticipación á la vida y al destino, hace que el muchachuelo se derrumbe como uno de esos hombres que saben morir... Dando el rostro á la madre Francia, que le sonríe, Gavroche realiza su última travesura, una travesura inmortal.

Los pilluelos parisienses, cantados por los poetas y perpetuados por el arte, son  ngeles caídos en el barro de la gran ciudad; pero el barro de París es barro en que se labran estatuas. Aquel cieno se solidifica para formar los bloques de donde salen infinitos bustos que se yerguen con el ademán definitivo de las figuras históricas. Muchos grandes artistas fueron en sus comienzos y aún en sus finales *gamins* que se arrastraron por el lodo de la vieja Lutecia sin perder su divino origen. El barro de París, materia escultórica, les permitía conservar en su degradación las chispas del genio. En el barro de París se reflejan poderosamente los esplendores de la intelectualidad europea. Verlaine, por ejemplo, fué siempre un *gamin* olímpico, un gusano de luz entre lodazales.

¡Ah, el barro de París!... No es, de seguro, como otro barro cualquiera. Los extranjeros no tienen que sacudírselo, no tienen que huir de los granujillas de la gloriosa urbe, y hasta les seduce aquella pillería graciosa y espiritual en quién reconocen, patentizada por muchas manifestaciones amables, la penetración del ambiente.

El *gamin* de París es avisgado, patriota por instinto, generoso, artista, valiente, guerrero. Formó siempre la vanguardia de las revoluciones y subió á las barricadas arrastrando un fusil ó levantando con sus débiles manos una bandera. Como la vida de París está plenísima de gérmenes de intelectualismo, el pilluelo que vive en la calle recoge esos gérmenes y se forma una educación y una conciencia. No hay duda que prematuramente se degradará; no hay duda que se pervertirá más pronto que el niño abandonado de las aldeas, pero se asimilará muchas ideas profundas y luminosas, no llegará á ser un enemigo de la civilización, sino más bien un representante suyo, inferior y degradado, aunque reconocible por cierto misterioso sello...

Así, con variantes locales que corresponden á los distintos grados de civilidad, son los pilluelos de las grandes urbes modernas. Jamás se hunden por completo y, en su naufragio, conservan una corrección, una dignidad y un sentido de las conveniencias que obliga á mirarlos como ciudadanos malogrados; mejor dicho, como ciudadanos disponibles esperando *su hora*, la hora de Gavroche.

Pero estos pilluelos nuestros, de nuestras poblaciones semi-cultas, sumergidos en plena

barbariel... ¡Qué horror!... En ellos se ha borrado absolutamente todo lo que en el niño dice gracia, inocencia, atracción, amenidad, y, en cambio, se les han yuxtapuesto los resabios, las malas costumbres y las ingenuas perversidades adquiridas en su peligrosísima vagancia por el páramo social donde no absorben más que impurezas...

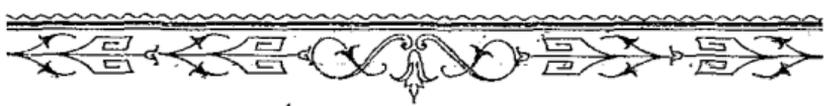
Repulsivos é insolentes, de aspecto horrible por lo sucio y de maneras bárbaras, acosan al forastero con asiduidades é importunidades que constituyen una torturadora persecución. Cada una de sus palabras es una blasfemia, cada uno de sus actos un desacato ó una injuria. A pedradas se descalabran entre sí, y organizan lapidaciones contra los extranjeros. Exhiben una miseria descarnada, sórdida, provocativa, y lo primero que aprenden es la imploración hipócrita del mendigo, lo único que saben hacer á maravilla es pedir dinero en desgarrados gritos quejumbrosos.

Detrás de ellos se dibuja la silueta de sus padres, verdaderos reos del delito de abandono de la paternidad. Esos *gamins*, criados en el salvajismo, sin atmósfera de cultura que compense la falta de la escuela y del maestro, no servirán para nada grande, no tendrán su hora magnífica como Gavroche...

La sociedad entera, la sociedad indiferente en cuyo seno viven pervirtiéndose minuto tras minuto en el desamparo, tendrá la culpa de que se pierdan sin remedio. Son muchas veces y por muchos motivos, huérfanos. Desacreditan al país y desautorizan la obra de fomento del turismo. Llevan un estigma que urge quitarles educándolos, preservándolos. El

problema canario es fundamentalmente pedagógico. Mientras no se proceda en consecuencia, digamos, avergonzados, que somos *irredentos*.





## *La mantilla canaria* <sup>(1)</sup>

---

**L**A mantilla canaria es un complemento ó un auxiliar de la belleza de la mujer; presta encanto al rostro femenino y le sirve de marco interesante para que se destaquen y avaloren las gracias del sexo. Con algo de toca monjil, con un poco de velo oriental, envuelve triunfalmente las hermosas cabezas, aumenta el atractivo de las mujeres que son agraciadas, y á las que no lo son, les comunica cierto aire misterioso, humilde, con el que resultan siempre favorecidas.

En resúmen, esta singular prenda sienta muy bien á todas las hijas de Eva; siendo sencilla en extremo, realiza el ideal de lo barato y lo bonito. Constituye el distintivo de las canarias de Gran Canaria exclusivamente, pues sólo en nuestra isla se lleva. Sin embargo, su uso ha venido á ménos por imposiciones tiránicas de la moda, y es lástima. Al desterrarla y proscribirla, no se la sustituyó con ningun aditamento indumentario que la aventaje.

Ella llama la atención del forastero que visita el país, antes que ninguna otra cosa de

---

(1) *La cultura debe respetar la mantilla canaria.*

las que aquí determinan especialidades, rasgos típicos; ella se hace admirar y celebrar cómo una nota originalísima. No han faltado viajeros que la estudien ni poetas que la canten.

\*  
\* \*

¿En qué consiste la mantilla canaria? Ya he dicho que es la sencillez y la gracia cooperando al realce de la hermosura femenil. Blanca ó negra, de tela económica, de *merino* sin adornos, sin bordados, sin encajes, parece una bandera triunfadora en que se envuelve la belleza y se recata el pudor. Encuadra el semblante y encubre habilmente, artísticamente el busto, cuyos contornos al propio tiempo vela y denuncia.

No está el toque en llevarla, sino en saberla llevar. Todas no saben, como todos no saben tampoco llevar la capa española, ese signo estético de una raza entera. Requiere garbo, soltura, nativa elegancia; pero aun sin estas condiciones privilegiadas, la mantilla da á nuestras mujeres un aspecto particular que las corrige y mejora.

Si se nos preguntara de que causa procede tal efecto, no sabríamos definirla. La sentimos por tradición, pero no alcanzamos á determinarla. Existe, puesto que los extranjeros la reconocen con nosotros, la ponderan complacidos. Se nos ofrece el hecho con evidencia; y nos obliga á declarar que la mantilla canaria fué inventada por alguien que tenía la suprema intuición de las simplicidades bellas. Ligera, airosa de por sí, cuándo se le agrega algo personal que multiplica su valor, el sello de una fisonomía seductora, el reflejo de un espíritu escogido,

entonces su precio sube hasta la excelencia del símbolo, y creyérase que simboliza efectivamente las virtudes de la mujer canaria, sus perfecciones y sus santos triunfos en la esfera tranquila del hogar. El ideal de la felicidad doméstica está entre sus pliegues que, al vaivén de la palpitación del seno, se forman y deshacen. Cuando la mujer canaria avanza el rostro entre los pliegues de la mantilla, parece un angel que se asoma al mundo por entre un girón de blanca nube.

Nos hemos acostumbrado á mirarla cual promesa de bienes y dones inapreciables. Por eso la vemos desaparecer con pena profunda. No la reemplaza el prosáico sombrero, que en la cabeza de la menestrala, de la campesina, significa vanidad y desprecio al pasado... Todavía en las grandes aglomeraciones populares la mantilla extiende como un manto protector su movable y cándida blancura; todavía, protectora y encubridora, guarda el mayor de los tesoros de nuestra tierra, y sostiene su rango y su historia.

La moda debería respetarla haciendo con ella un pacto, para que no muera nuestro último distintivo regional, la emblemática corona de pureza de las mujeres de Gran Canaria.





## Con motivo de la Semana Santa

Luján Pérez

### I

**T**odos los años renace por unos días la memoria del gran escultor isleño, á quién tenemos injustamente olvidado. Lo vemos y lo recordamos en sus obras. *Vuelve*, con sus maravillosas esculturas que pasan en procesión por nuestras calles ó se exhiben en nuestros templos.

Luján Pérez vivió constantemente incendiado é iluminado por una inspiración que fué un prodigio. Artista de nacimiento, no de escuela ni de academia, sacó de sí propio mediante un sostenido esfuerzo genial, apenas comprensible, ese número inmenso de creaciones que por donde quiera, en todas las islas, nos lo hacen presente.

Asombra el poder de adivinación del gran Luján. Sin estudios metódicos, sin dominio de la técnica de su arte, sin influencia de maestros ni de modelos, supliéndolo todo con sus extraordinarias facultades naturales, su energía de voluntad y su vocación ardentísima, hizo en estatuaría sagrada mucho que debemos considerar excelente á pesar de los defectos de detalle,

y algo que podemos estimar cómo definitivo y supremo.

Su Cristo, su Dolorosa de la Catedral, su Nazareno y otras muchas imágenes que llevan el sello de su genio, acreditan lo que decimos. Luján Pérez fué un escultor portentoso que supo imprimir á la materia inerte las palpitaciones de la vida, la expresión dramática del dolor.

Y, sin embargo, ese tallador de soberbias efigies, no tiene la suya, como homenaje justiciero, en su tierra. Ese autor de divinas estátuas, no ha sido *estatuado* en su país. Lo ha sido, en cambio, ¡gran compensación!, *ese señor del <Templo Militante>...*

No ha habido para Luján ni siquiera el modesto homenaje de la dedicación de una vía pública, homenaje que el Ayuntamiento acaba de regatear y discutir al santo P. Cueto, y que no regateó ni discutió á quienes muchísimo menos lo merecían.

El nombre de Luján se habría hundido completamente, se habría eclipsado en las sombras de la ingratitud y del olvido, si todos los años, al llegar la Semana Santa, no se hiciera admirar con sus obras.

Entonces le vemos, le recordamos; pero en vano pedimos que le hagan justicia.

De todos modos, cumplimos el deber de escribir este recordatorio, aunque estamos seguros de que será inútil.

## II

Artista grande fué aquél, asistido de un poder de intuición y de una fuerza de creación que, en verdad, nos maravillan cuando los con-

templamos en sus obras. Entre éstas hay algunas hermosísimas, cuasi perfectas, dignas de ser presentadas cómo ejemplos de los prodigios que alcanza á operar, animado y conducido por Dios, el genio humano.

Luján no fué un estatuario académico; ya hemos dicho que apenas tuvo estudios, se formó solo, sacó de su propio fondo, en raptos geniales, esa serie sin fin de religiosas figuras que ostentan indeleble sello artístico. Al verlas pasar en las procesiones de Semana Santa, admiramos las excelsas facultades que hubo de poseer el creador poderoso, peregrino, á quién las debemos. Su Cristo con la Cruz á cuestas, su Dolorosa, nos hablan patéticamente del artífice que imprimió en sus rostros una expresión mística conmovedora, que parece haber puesto en sus miradas y en sus actitudes un reflejo del cielo, un encanto divino.

Pero luego olvidamos á Luján, al mago de la escultórica sagrada. Diríase que solamente en la semana mayor vive para nosotros junto con sus bellas, tiernas y melancólicas efigies. Ellas nos traen su recuerdo, y se lo llevan entre los pliegues de sus túnicas, camino del camarín ó la hornacina, donde se esconden, y donde la piedad va á buscarlas para adorarlas.

Luján Pérez merece vivir en la perpetuación de su nombre, ante un pueblo que sabe honrar, que sabe agradecer... El que hizo tantas esculturas magníficas, bien ganado tiene un homenaje rendido á su fama por ministerio del arte mismo que cultivó é ilustró con singular fortuna. Somos deudores de una estatua al que tantas estatuas meritísimas nos regaló.

¿No la merece al ménos tanto cómo Cairas-

co, el atormentador poeta de los esdrújulos? Montañés y Zarcillo serían más completos, pero no más grandes. Luján Perez, espontáneo, vigoroso, fecundo con fecundidad que asombra, ha dejado su firma imperecedera en los altares de nuestros templos, grabada en cien imágenes maravillosas.

Y tan sólo Guía, su pueblo natal, ha enaltecido su gloria en un acto al que yo tuve el honor de asociar humildemente mi palabra. Es poco. Otro mayor y más amplio enaltecimiento se le debe. Indiquemos la legitimidad, la urgencia de esta deuda patriótica que nos viene obligando desde antiguo y que no podemos desdeñar ni olvidar.





## Racionales é irracionales

**S**E trata de proteger á los animales? Pues proteged primero á los hombres; proteged, sobre todo, á las mujeres y los niños, víctimas de esta civilización egoísta é imperfecta que todavía no los ha redimido. Después que hayáis operado la redención plena de la mujer, después que hayáis cultivado el hermoso capullo que hay en el niño hasta trocarlo en rosa elegida, hablaremos de lo que se debe, por ley natural, á los seres irracionales. Primero la superioridad; luego, la inferioridad, ó, en términos más exactos, que brille en su plenitud la razón humana, fuente de todos los progresos, y más tarde veremos de reflejarla metódicamente sobre el mundo opaco en que rastrean y batallan los instintos. *Fiat lux* del conocimiento y de la ciencia, en primer lugar; y cuando la claridad se haya hecho sin eclipses para los claros, llevémosla hasta el fondo tenebroso de los oscuros.

Así ratiocinan, con una filosofía elemental, los que en este asunto de la protección á los animales no ven sino el contraste que resulta de proteger lo inferior no estando bastantemente protegido lo superior. ¿Qué es lo superior? Ya se ha dicho, el hombre; el hombre, aunque re-

presente la anulación ó la degradación de la inteligencia, que distingue á nuestra especie. El hombre, animal privilegiado, ha de conservar siempre un derecho primo que no comparte con ningún otro ser de la creación. Y ha de existir en todo hombre la esencia de una tiranía que, si no se ejercita sobre los semejantes (más ó menos teóricos), se despliegue sobre los inferiores.

Ved aquí legitimados, mediante un gracioso artificio sofístico, los abusos de fuerza que los humanos emplean contra los irracionales á mansalva. Es una afirmación de dominio, una señal de privilegio. Y mientras la humana raza viva en lucha con las limitaciones é imperfecciones que retardan indefinidamente el término de su evolución, no penséis, filántropos, más que en el hombre. No se inventa una palabra nueva para significar la obra de los que, más allá del hombre mismo, abren campo á la caridad, ó cómo se quiera llamarla al modificar su objeto.

\*  
\* \*

Todo eso está muy bien, suena gratamente en los oídos de los orgullosos que se encierran en la humanidad como en una gran torre blindada para dirigir á su antojo la maniobra, el orden universal cómo comisionados de Dios; pero adviertan que *más arriba vive gente*. Esa misma necesidad del orden, base de la conservación de lo creado, exige no destruir ni desordenar nada de cuánto integra ese conjunto maravilloso. Invóquese el derecho exclusivamente humano, pero no se olvide el respeto, prescripción primordial que nos manda vigilar desde nuestra cima por que la armonía, fundada en el

amor, no se interrumpa. No pongáis tampoco límites al amor; no os rebajéis con crueldades inútiles y con repugnantes cobardías.

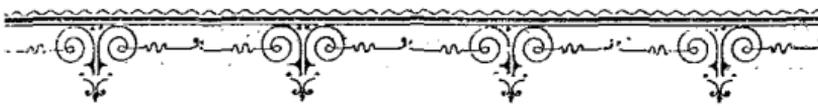
Es necesario amar *en sí* todo lo que existe, puesto que existe; es necesario no confundir el uso con el abuso; *no matar por sport* voluptuoso (lo ordena, además del Decálogo, el sentido común); conservar todo lo que no sea absolutamente incompatible con nuestra propia conservación.

Si el hombre hace en la tierra funciones de mayordomo, debe cuidarse de cumplir *racionalmente* su mayordomía. Debe tener ociosos el palo y el puñal; debe comprender que los irracionales adscritos á su servicio son siervos que harta pena tienen con su servidumbre. Vendrá para esos seres inferiores fuera de la especie una era emancipadora, como vino para los negros, seres inferiores también, dentro de la especie.

Y ello ha de suceder sin que se detenga un punto la marcha ascencional del linaje humano, sin que se retrase para los niños y las mujeres el logro de sus derechos esenciales. El progreso se desarrolla en una larga serie de paralelismos.



# TURISMO



## *La riqueza del turismo*

---

**E**STA Revista (1) se ha fundado para fomentar el turismo, como lo indica su nombre, y el turismo es, según un juicio en que todos absolutamente coinciden, la primera de las fuentes de riqueza que tenemos á nuestro alcance.

La tenemos á nuestro alcance, no hay duda; pero nuestra desidia y nuestra indiferencia nos han impedido hasta ahora hacerla valer en provecho del país. Respecto de este asunto, como respecto de tantos más, se cumple en nosotros la sentencia de la Escritura: nuestros ojos no nos sirven para ver, nuestros oídos no nos sirven para oír.

Vemos lo que obtienen otros pueblos de la explotación metodizada de sus bellezas naturales y sus atracciones artísticas. Pues lo mismo que si no lo viéramos.

Oímos lo que dicen en el mundo entero á propósito del negocio y el beneficio que en el turismo se encierran, y cómo si no lo oyéramos.

Nuestra voluntad y nuestra atención vánse por otros caminos, tras los logros fáciles de la

---

(1) *Canarias Turista*.

política, tras los medros individuales inmediatos, tras todo aquello que, sin revestir aspecto colectivo, interesa la ambición personal. Individualistas somos, en el peor y más pobre sentido del vocablo, porque cada uno piensa aquí en su persona, sin pensar nunca en que existen una comunidad y un deber de solidaridad que imponen la asociación de esfuerzos, subordinándolos al bien de la patria. Aquí nadie se mueve por impulso espontáneo en favor de una idea ó un propósito que no se traduzca pronto en hechos positivos y no se concrete en beneficios de orden privado.

Es inútil predicar la buena doctrina contraria: razones no convencen, se necesita exponer casos prácticos, ejemplos irrefutables, cifras... Sólo la estadística y la aritmética tienen fuerza de convencer en nuestro pueblo, excesivamente calculador.

De puro calcular resulta que nos abstraemos y dejamos de ver la realidad. El abuso matemático nos ha quitado la percepción exacta con que, en una ojeada intensa, poderosamente comprensiva, los pueblos de veras cultos abarcan y dominan los múltiples aspectos y relaciones de la vida; de *su vida*...

Nuestra Revista se hará cargo de esto, que constituye un mal grave pero invencible, por lo pronto. Lo tomará en cuenta para atacarlo y desarraigarlo con los propios elementos que lo sustentan y mantienen. Trataremos de preferencia, con números, con ejemplos, los asuntos que se refieren á nuestro programa, encerrado sintéticamente en una palabra sola: *turismo*. Esta sola palabra indica un mundo de actividades, iniciativas y acometimientos variadísimos

cuyo desarrollo en fórmulas requiere mucho tiempo y muchas páginas de nuestra publicación; cuyo planteamiento eficaz exige el concurso de un patriotismo sano, bien guiado, firme, animoso, laborioso, que arrastre las voluntades de todos.

Puesto que nos empeñamos en ver tan solamente las cosas demostradas, demostraremos. Someteremos el turismo, venero precioso de prosperidad, á demostraciones; empeño llano tratándose de una evidencia que se muestra arrolladora en mil formas palpables... Las matemáticas están con nosotros y cuándo ellas hablan, no hay modo de darles la réplica.

Tengamos sentido práctico,—se dice á la continúa en tierra de Gran Canaria, mirando al suelo. Para tenerlo realmente, es preciso empezar por comprender que debemos la ofrenda de nuestro trabajo á todos, antes que á nosotros mismos, y que en último término seremos nosotros los primeros beneficiados y lucrados al fundir nuestra personalidad en la personalidad social, levantando un poco la vista del suelo.

¿Es demostrable lo que decimos? ¡Cómo no! Ya lo iremos demostrando sucesivamente. Y nuestra demostración será de las que no dejan lugar á dudas ni contradicciones.





## *El clima de Canarias*

**N**UESTRO clima es nuestro mayor tesoro; un tesoro que nadie puede discutirnos ni usurparnos. La benignidad y uniformidad de nuestra temperatura constituyen el atractivo que encamina hacia Canarias todos los inviernos una legión, cada vez más numerosa, de turistas.

Y en ese punto sí que hablan elocuentemente los hechos, los números, sin dejar lugar á dudas. Los primeros encomiadores de las excelencias climatológicas del país canario son nuestros huéspedes de la temporada invernal que por propia observación las conocen. Ellos saben hasta que punto Canarias goza del incomparable privilegio de una primavera eterna, apenas interrumpida por unos cuantos días de lluvia ó por alguna rarísima borrasca, pocas veces violenta en estas latitudes. Ellos saben que aquí transcurren los días del invierno sin que jamás, ni por excepción, tengamos que soportar el azote de los vendavales desatados ni las caricias estremecedoras, glaciales, de la nieve. Ellos saben que en Canarias huelgan las precauciones contra el frío, que la ropa de abrigo y de defensa estorba, que aún en las noches menos apacibles de la temporada no hay gran-

des inclemencias atmosféricas ni deja de ser templado y halagador el ambiente.

Encuentran casi inverosímil esta continuidad del buen tiempo. En Niza, en toda la Riviera, en toda la encantada orilla del Mediterráneo donde también sonríen perpetuamente las rosas, suele caer sobre la tierra, envolviéndola poéticamente, un manto niveo que hace competir su blancura con la de la espuma del mar alborotado. En Canarias no conocemos ese género de poesía; no la tenemos para adorno del paisaje suave, idílico, sino en las altas cumbres jaspeadas por ligeros toques de nieve que relumbra al beso del sol... Las brisas corren dulcísimas, cargadas de perfumes, y Flora y Ceres derraman en competencia sus flores y sus frutos sobre este Edén.

Hace años el que esto escribe tradujo del inglés un documentado é interesante estudio comparativo, repleto de información científica, en que se probaba irrefutablemente la superioridad del clima de las Islas Afortunadas respecto del de Niza y el de la Madera. Muchos estudios análogos se han hecho, y hemos de darlos á conocer para que se vea fuera del Archipiélago las ventajas que reviste nuestro país como estación de recreo y de salud, comparado con los que mejor fama disfrutaban bajo el mismo concepto en todo el mundo.

El clima de Canarias es más suave que el de Niza y Mónaco, más seco que el de la Madera; ménos cálido que el de las comarcas de América acreditadas por la dulzura de su climatología. Aquí el termómetro no suele bajar en invierno de diez grados (mínimum) ni subir en verano de veintiocho grados (máximum),

Estas cifras excusan comentarios; dicen por sí solas cuánto pudiéramos nosotros decir moviendo mucho la pluma, golpeando á la desesperada el parche periodístico. Si las cartas y los números cantan, nuestras estadísticas climáticas acusan una realidad excepcional y deliciosa que excede á todos los elogios.

Tenemos una riqueza valiosísima, como decíamos al principio de estas líneas, una riqueza á cubierto de mixtificaciones y defraudaciones, una riqueza que nadie nos arrebatará porque es por esencia inmutable. Esta riqueza es nuestro clima. No necesitamos sino hacerlo conocer en todas partes para asegurarnos el concurso de los innumerables viajeros que en sus excursiones van buscando, antes que los atractivos mundanos y los placeres sociales, el reposo y la salud...

\* \* \*

Toda la propaganda del turismo que nos conviene, que nos urge emprender, debe basarse especialmente en la divulgación de las condiciones extraordinarias de nuestro clima. Conocidas universalmente esas condiciones, bastarán á traernos un contingente de turistas que se enamorarán de la tierra canaria y le harán justicia completa, reconociendo que en otra ninguna habrán de encontrar las bellezas y bondades naturales que encuentran aquí.

Debemos aspirar á proveernos de aquéllo que nos falta: refinamientos del *confort*, primores de la cultura, supérfluo del lujo, alicientes de la vida social, delicadezas de la civilización europea florecida en mil y mil maravillas... Pe-

ro la base de nuestro trabajo tiene que ser una campaña constante en favor del clima.

Para ello, importaría sobremanera organizar un sistema de publicidad que llevara hasta los últimos rincones del planeta el conocimiento de la climatología isleña con datos, con relaciones, con detalles, con extractos de estudios comparativos que revelaran íntegro en donde quiera el portento de nuestra primavera inacabable.

En las estaciones ferroviarias, en los hoteles, en los periódicos de gran circulación, en los círculos elegantes de las poblaciones de primer orden, en las agencias de viajeros, en las guías, en todo lo que sea un medio útil de propaganda, debemos exhibir al país canario cómo mansión privilegiada, única, cómo región paradisiaca, predilecta de la naturaleza.

Es necesario pensar en lo demás; pero hay que pensar, antes que todo, en esto.





## El turismo y los Ayuntamientos

---

**E**N un artículo anterior indicábamos la necesidad de organizar una gran junta en Las Palmas que tuviera á su cargo, por decirlo así, los trabajos centrales de la vasta acción fomentadora del turismo entre nosotros.

Esa junta debería, en nuestro plan, llevar la dirección de la propaganda y unificar los esfuerzos tendentes al fin que se persigue; pero ella, por sí sola, no podría hacerlo todo. Necesitaría ser auxiliada y secundada eficazmente por otras que, con carácter local, se constituyeran en los pueblos; en cada una de las localidades importantes de Gran Canaria.

Así vendría á formarse una série ordenada y relacionada de organismos que cooperarían á la misma obra. Las comisiones secundarias desarrollarían en las poblaciones del interior un programa de reformas y de medios prácticos para atraer á los turistas. Dentro de tal programa incluiríanse todos los mejoramientos y embellecimientos urbanos, todas las iniciativas que pudieran transformar á cada pueblo, lográn-

dose de este modo beneficios permanentes en orden á la cultura y el ornato. En obsequio de los huéspedes, con la mira puesta en los de fuera, se haría mucho y muy bueno en favor de los de casa.

He aquí una de las ventajas que nos reportará la explotación inteligente del turismo. Lo que no hemos hecho teniendo en cuenta la conveniencia propia, lo emprenderemos y lo ejecutaremos guiados de un interés que tiene aparentemente su arranque fuera de nosotros, pero que en nosotros mismos al cabo refluye. Trabajar por los forasteros, será en último término trabajar por nuestro bien común.

Las juntas tendrían un ámplio campo de actividad abierto á su espíritu emprendedor, patriótico. ¡Cuántas necesidades no hay que satisfacer, cuántas mejoras no hay que cumplir en nuestros pueblos! Los ciudadanos que quisieran tomar por lo serio su cometido en las juntas fomentadoras, sólo tropezarían con lo que los franceses llaman *l'embaras du choir*. No sabrían por donde empezar la tarea.

Y, al emprenderla, necesitarían ir de acuerdo con los Ayuntamientos respectivos que son los llamados, en virtud de la índole de sus funciones, á encabezar las empresas de interés general, particularmente aquéllas que se traducen en perfeccionamiento de las condiciones locales. Las juntas podrían convertirse en instrumentos auxiliares de los Municipios y éstos á su vez podrían complementar y autorizar la labor de las juntas prestándoles decidida ayuda con sus recursos poderosos.

Debería consignarse en los presupuestos municipales un capítulo, una cantidad lo más

subida que fuese posible, con destino á favorecer cuánto se hiciese en pró del desarrollo del turismo. ¿Porqué no incluir este gran menester, este gran negocio público, de inmensas perspectivas y seguros provechos, entre los servicios municipalizados?

Ninguno interesa en mayor grado á la colectividad; ninguno, tampoco, justifica con más títulos la solicitud y el celo que conviene le consagren los administradores de la cosa pública.

El turismo, explotado con inteligencia y perseverancia, supone una renta cuantiosa que iría creciendo de año en año y que en poco tiempo nos daría un sólido bienestar, repartido entre todas las clases sociales.

El turismo es dinero, es riqueza, es abundancia, es contratación, es progreso económico y social, es cultura, que cambiarían la faz del país en pocos años.

¿No vale la pena que los Ayuntamientos contribuyan á este resultado?





## Cifras elocuentes



**E**N un artículo, publicado en uno de los primeros números de esta Revista, (1) decíamos que considerábamos conveniente reducir el turismo á expresiones matemáticas, condensarlo en cifras, para que la elocuencia de los hechos así manifestada se entrase por los ojos de todos. Los que sólo ante la demostración material se rinden, no dudarán que el turismo representa para los pueblos una riqueza enorme cuando la vean valuada en cantidades fabulosas.

Suiza vive principalmente de los recursos que le procura la afluencia de extranjeros á su pintoresco territorio. Verdad es que ha sabido como ningún otro país explotar esa mina inagotable y organizar los servicios y crear las comodidades y atracciones que mantienen el concurso permanente de turistas, llevados en primer término por la belleza idílica de la suavísima Helvecia, retenidos después por los encantos múltiples de la hospitalidad de la maravillosa República.

Todo está allí preparado para que el extranjero no eche de ménos ninguno de los atracti-

(1) *Canarias Turista*.

vos de la más refinada y compleja civilización. Los suizos, con prescindencia del favor oficial, han cooperado decididamente á esta obra, poniendo cada cantón, cada ciudad, cada municipio y aún cada ciudadano su esfuerzo relativo, su grano de arena en la empresa magna. Esta ha tenido en la admirable democracia helvética el carácter de colaboración social que necesita tener si ha de culminar en un grande y pleno éxito.

«Todos los españoles—dice un periódico,— que han viajado por el extranjero han podido convencerse de que Suiza, sin más atractivos que sus bellos paisajes en verano y sus deportes de la nieve en invierno, consigue atraer y retener á millares de viajeros que representan para la Confederación un ingreso anual de seiscientos millones de francos. Suiza cultiva la industria del turismo con gran *amore* y mucha inteligencia, y ha llegado á tan brillante resultado creando muchos y buenos hoteles y organizando una propaganda que alcanza á todos los rincones del mundo civilizado.

No es ménos el provecho que obtiene Italia de sus viejas y artísticas ciudades, sobre todo desde que funcionan el *Touring-Club* y la Asociación Nacional para la atracción de forasteros. No hay que hablar de Francia y de su *Touring Club*, más antiguo y más importante que el italiano, ni de otras naciones que son maestras en la industria del turismo cómo Alemania, Bélgica, y la misma Suecia. Basta con lo dicho para hacerse cargo de que España se ha quedado rezagada y que debe emprender el camino con decisión y ánimo de ganar el tiempo perdido».

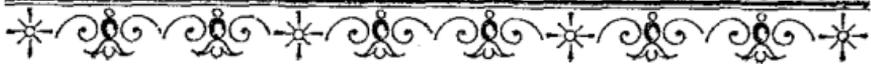
Los setecientos millones de beneficio que le produce á Suiza el turismo constituyen una cifra convincente. Es una lluvia de oro que cae sobre aquella nación venturosa para fecundarla. Centro de innumerables peregrinaciones de placer, estación donde se encuentran y paraíso por donde cruzan en alegres caravanas los privilegiados de la fortuna acudiendo de todos los confines de la tierra, Suiza ha convertido la industria turista en un tesoro que crece constantemente.

Nosotros no podemos ni podremos hacer nunca lo que Suiza ha hecho con tal fin, en tan vastas proporciones; pero debemos inspirarnos en su ejemplo. Dentro de nuestra modestia, dentro de la limitación de nuestros medios, cabe imitar esas inteligentes iniciativas por cuya virtud y eficacia la encantadora Helvecia goza hoy de una prosperidad envidiable.

Tengamos siempre delante de los ojos ese guarismo escrito con letras de oro, con letras luminosas: *setecientos millones*.

Expresa el valor económico del turismo y dice más que muchos comentarios.





## *El principado mágico*

---

### *El prodigio del oro*

---

**H**AY allá por las riberas del Mediterráneo un principado quimérico y un príncipe fabuloso. El principado y el príncipe sienten caer y rodar el oro constantemente. Un tintineo regocijador, cortado á veces por algún grito trágico, indica que aquel país es el país de *la leyenda dorada*.

Todo allí, en efecto, aparece dorado, hasta los frutos de las huertas, hasta las flores de los jardines que, erigidos sobre la costa brava, á dos pasos del mar azul, dulcemente sonoro, evocan el recuerdo de los pensiles de Babilonia. Todo allí canta la canción de la opulencia y habla de las grandes felicidades, realizadas por el contraste de las grandes desventuras. En ninguna parte es el oro tan omnipotente como en aquel rincón paradisiaco. Construye, fortifica, embriaga, hace de la vida un sueño grato y, cambiando de dueño sin cesar, se multiplica con la energía de un milagro perpétuo. El sol nace, camina y se oculta como una moneda enorme; simboliza el viaje sin fin de todo el metal acuñado que va parar á aquella tierra.

Salta el oro en las faldas de las mujeres,

entre las sedas y los terciopelos, como un sultán que en un harem va de una odalisca á otra odalisca. Lo acarician manos femeniles finamente enguantadas y lo persiguen y lo aprisionan manos hombrunas con fuerza de garras.

Diríase que viene en manantiales deslumbradores, en chorros ardientes, desde las altas cumbres. Por donde quiera que pasa abre un surco fecundo ó labra una obra maravillosa. Todo en el principado fantástico muestra áureo sello. El príncipe tiene dorada la barba y exhibe las orejas del mitológico rey Midas. Los monumentos públicos, los soberbios hoteles de placer y de suntuosidad, los parques encantados, los círculos artísticos, la música que adormece y el champagne que alegra y hace olvidar la tristeza del vivir, han salido de la misma fuente mágica. Cuando una dama se sacude el opulento seno, deja rodar una libra esterlina, un luis, un marco, un rublo. Cuando un caballero saca una cartera, se vé que la cartera está hinchada ó que está vacía por emigración del contenido precioso. *El ilustre huésped* toma mil formas y se hace presente de mil modos en un eterno vagar errabundo que le da la posesión del principado, del príncipe, de la pequeña corte, del pequeño ejército, de la pequeña administración y el pequeño territorio. Toda aquella pequeñez, él la ha engrandecido. Allí la danza de las horas es la danza loca y taumática de los millones. Los millones van y vienen; pero nunca se van del todo. Bailan para crear una riqueza estable, cristalizada en numerosas realidades de beneficio público.

El modesto soberano, nuevo y originalísimo señor feudal, tiene aficiones sabias que la caja

sin fondo satisface. Es un pupilo, un sufragáneo de otro monarca más alto que él: Su Majestad el Oro. Y Su Majestad corruptora lleva á la casa de cada súbdito, con su sangre rica, la nutrición y la prosperidad nacionales. Corrompe á los de fuera, que ya hayan sido corrompidos y seguirán corrompiéndose en cualquier parte, pero salva á los de dentro.

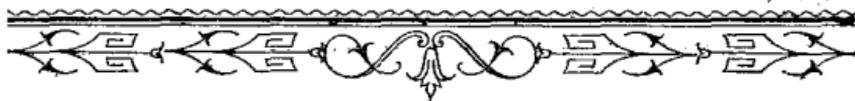
Los moralistas severos, al juzgar la organización especial del principado, pronuncian severamente la palabra: *Vicio*. Pero no hay que asustarse. Las palabras son palabras y debemos considerar su significado humanamente, ó sea relativamente. Aquel es un país muy moralizado en que el vicio se explota, pero no crea contagio interior. Aquel príncipe es un sabio que ha aprendido á aprovechar los lados débiles incorregibles del hombre... y de la mujer. Aquel príncipe se ha hecho fuerte en la ciencia y en la filosofía.

Si el vicio de jugar existe—se ha dicho—; si existe y no tiene remedio, convirtámos hasta donde se pueda el mal en bien.

Y, sin suprimir el mal—cosa que no está á sus alcances,—se ha asegurado el bien para sí y para los suyos.

Aquel príncipe es un gran empresario de turismo.





## *Turistas para España*

### *Ejemplo que imitar*

**L**EO que en Londres se ha constituido bajo la presidencia del arzobispo de Westminster y del duque de Norfolk un comité para promover un activo movimiento de turistas que se encaminarán preferentemente hacia España, y dentro de España, hacia Santiago de Galicia con objeto de visitar el famoso santuario y sepulcro del Apóstol.

Tiene esta iniciativa, como se advierte, un marcado carácter religioso; la inspira un móvil análogo al que en la Edad Media trasladaba á grandes distancias enormes muchedumbres que iban guiadas por el estandarte invencible y por la antorcha inextinguible de la Fé. El duque de Norfolk es el jefe actual del partido católico británico, y lo dirige con tanto celo, con tanto entusiasmo, como lo dirigiera en otro tiempo lord Ripon.

Santiago de Galicia, una de las ciudades santas del catolicismo, sigue atrayendo á los creyentes de nuestra edad razonadora é incrédula; el turismo toma así aspecto de romería y nadie, á no ser algún fanático invertido, algún

sectario apasionado, discutirá la idea que sugiere tales excursiones. Los católicos van á Santiago, del mismo modo que van á Roma, á Palestina y á Lourdes. Una inmensa fuerza psicológica, el espíritu iluminado, levantado y arrebatado por la creencia, conduce hoy las masas de devotos al través de los caminos que el paso de cien generaciones y el culto de millares y millares de almas piadosas han santificado. Nada más noble, nada más legítimo, nada más respetable para aquéllos que, aun no creyendo, saben comprender.

Y es hermoso sobre toda ponderación ver surgir la fé pura, en forma de cruzada, cuando se habla tanto de bancarrotas y hay quienes incluyen entre ellas caprichosamente la bancarrota del espiritualismo místico. Esos negadores afirman, negando, la quiebra científica, la quiebra política, la quiebra de las religiones.

Si acaso ellos se sienten huérfanos y abandonados, sin estímulos de ninguno de esos órdenes, sin capacidad ni energía para creer en nada, su bancarrota personal no les autoriza á suponer que las gentes contemporáneas viven en el vacío ó han naufragado irreparablemente al tocar en el último escollo... No les da derecho á decir que la palabra *nihil* constituye el término de todos los esfuerzos mentales del hombre.

\*  
\*\*

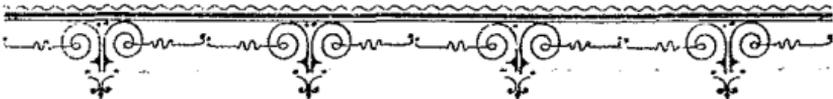
Pero lo que yo quería, al escribir estas líneas, era marcar el buen ejemplo que nos ofrecen los organizadores y directores de la comisión establecida en Inglaterra con el fin de llevar turistas-peregrinos á Santiago de Compostela.

Hé ahí un procedimiento que debe imitarse. El medio más útil de fomentar el turismo sería, á no dudarlo, la creación de organizaciones poderosas en las que figuraran con una extraordinaria amplitud de acción, las personalidades de relieve, las fuerzas sociales de mayor influencia y potencia, cuánto signifique en el país un factor de progreso y un coeficiente de riqueza.

En el caso concreto del cultivo del turismo, valioso elemento de vida para Canarias, serían los jefes de todas las empresas comerciales é industriales, los dueños de hoteles, los navieros, los productores, los presidentes de sociedades, los mayores propietarios y los intelectuales de primera fila, las personas llamadas á constituir la junta magna que desarrollara y llevara á realidad un programa amplísimo de atracción de forasteros.

Interesado el patriotismo en la empresa, no creo que ninguno de los designados esquivara su concurso, y la Junta permanente, fortificada con la suma de tantos elementos poderosos como habrían de integrarla, lograría hacer del turismo, inteligentemente explotado, la primera base, la más segura y firme, del engrandecimiento de nuestras islas.

Por consecuencia, siendo esa la primera base, de ahí hay que partir en la campaña propuesta. Será el trabajo previo, fundamental, la condición inexcusable de lo que luego se haga. El turismo nos pide que nos asociemos teniéndolo por supremo objetivo y que, asociados, laboremos como una sola inteligencia y una sola voluntad.



## ¿Qué hay de turismo? (1)

---

**Y**o no sé lo que hay de eso, y lo pregunto. Después de tanto hablar, tanto proyectar, tanto discutir, tanto fantasear, estamos como estábamos y donde estábamos. Ya se habrá ido convenciendo mi buen amigo D. Gustavo Navarro de que aquí las manifestaciones de entusiasmo por las ideas ó en favor de los intereses son explosiones de pólvora... sin humo.

Al principio, gran *fuga*. Parece que vamos á realizar maravillas y que no sabemos cual camino escoger entre los muchos abiertos por nuestra fantasía exuberante; que sólo nos detiene *el embarazo de la elección* (perdónese-me el galicismo). Después decrece por grados, por momentos, el impulso adquirido, y, al fin, los buenos propósitos se convierten en fracesillas zumbonas para pasar el rato. De lo que nos interesó un minuto hacemos un tema ameno

---

(1) Cuando escribí este artículo, publicado en *Canarias Turista*, acababa de constituirse una Junta de Turismo, y acababa también de ser derogada la R. O. dividiendo la Jefatura de Obras Públicas, por lo cual, en signo de duelo, se resolvió no celebrar la Fiesta del Arbol ni ninguna otra de las proyectadas para aquellos días.

que se populariza, como los tangos y los valeses del teatro chico.

¡Original y delicioso país! Vivimos en Tarascón; los Tartarines, los Bravida, los Costecalde, forman ejército. Cazamos leones al estilo de Tartarín, viajamos sin movernos de nuestra casa y cantamos sin pareja el dúo de *Roberto*. Reducimos á coplas de ciegos las grandes romanzas. ¡Original y delicioso país!

Lo que hay ahora son ganas de reir. Los ciudadanos alegres fabrican malos chistes á costa del turismo. El que tropieza en la calle con una corteza de naranja y vacila, y está á punto de caer, en vez de quitar la corteza, reniega de la Junta exclamando:

—¿Para qué sirven esos señores? Por culpa de ellos casi me descrismo...

El que tragapolvero en las carreteras, *la toma* con los iniciadores de la campaña turista y les atribuye la responsabilidad de su percance.

—¡Vaya un modo de atraer forasteros! Que nos empolvemos nosotros, pase, y es mucho pasar; pero no nos empeñemos en *empolvarlos*. Esa gente del turismo cumple bien con su lema: *pulvis est...*

Y como todo el mundo se abstiene y se inhibe, como el luto del pueblo canario nos veda la acción, como se ha demostrado que para protestar contra el mal trato de los gobiernos es preciso empequeñecernos hasta el tamaño de avellanas, resulta que aquí ya nadie se llama *Turis... mundo*.

Antes sí, antes todos fuimos más ó menos *Turis... mundos*. Pero ahora se impone el deber patriótico de una abstención absoluta. No se ha podido celebrar ni la Fiesta del Arbol que

era, indudablemente, un jolgorio demasiado profano.

Y los amables excépticos y los graciosos sin sal *turismundean* al son de cualquier guitarri-  
llo.

¡Música para piano de manubrio!





## *La flor de mal*

**H**ACE algún tiempo, conversaba un mi amigo con un distinguido caballero que tiene vinculado su nombre al progreso de nuestro país por la mediación de una grande empresa industrial. Yo me uní á los dos cómo oyente. Después de desflorar varios asuntos en charla ligera y voluble, hablaron de Las Palmas, de sus adelantos relativos, de sus necesidades sin satisfacer, del abandono de sus servicios municipales, y de otras cosas más que en el rápido giro de la conversación cambiante y amena por mérito de los interlocutores, sucedíanse y enredábanse cual cerezas en un cesto.

—Las Palmas progresa á medias, decía mi amigo,—y su estacionamiento en ciertos órdenes de la vida moderna es bochornoso. Aquí no hay sino un sentido comercial radicalísimo que se ejerce de una manera exclusiva, para el lucro inmediato. Fuera de esto, no se advierte ninguna señal indicadora de que nuestras costumbres se modifiquen convenientemente ni nuestros funestos resabios se pierdan. La avaricia, la desconfianza, la rutina, han sido cualidades preponderantes de nuestras clases directoras. El capital cada día se esconde más hondo, circulando por conductos subte-

rráneos, acumulándose en las arcas pletóricas. Nadie se asocia para nada útil al bienestar de la comunidad, mientras la absorción extranjera, lenta, paciente, segura, hace su camino...

—Cierto es lo que usted dice,—respondió el otro—y además bien lamentable. Las Palmas en lo que respecta á adelantos de cierta especie, ocupa un lugar muy inferior si se la compara con otras poblaciones semejantes á ella bajo otros puntos de vista. Carece de elegancia, de confort, y, lo que es más triste, de higiene. No sabe jota de la estética de las construcciones. Ese ensanche, tal como se le lleva por lo común, es una *cosa infecta*.

(Conviene advertir que el caballero extranjero, para designar el colmo del mal gusto y de la cursilería, emite con frecuencia esa enérgica frase. Dice *cosa infecta*, en vez de decir *shocking* ó algo parecido.)

—Sí,—continuó;—de la actividad de los canarios cabe esperar muy poco; hay que pasarlos por agua, llevarlos á lejanos climas, para que se transfiguren. Entonces son otros hombres. Osan, emprenden, corren, vuelan. Pero aquí la proposición de cualquier intento audaz, les asusta, y como los capitalistas no son en esta tierra sino unos acumuladores inertes y pasivos del dinero, sólo en pequeño se trabaja, y sólo extrañas gentes harán tarde lo que es de todo extremo necesario que se haga. Sin embargo, un medio habría quizás de que se hiciese pronto...

—¿Cual?

—Se escandalizará Vd. al conocerlo. La moral vulgar lo condena, pero la moral vulgar es la hipocresía en auge. Con ella los pueblos no

van á ninguna parte. Se trata, sencillamente, de extraer el bien del fondo del mal. Por ese medio que apenas indicaré, Baden-Baden, Montecarlo, Spa, Biarritz, se han desarrollado y enriquecido.

—¿La libertad del juego? ¡Qué horror!

—Veo que usted forma también en el escuadrón austero de los moralistas tradicionales, á quienes aterran las palabras mucho más que los hechos por ellas representados. El juego es una calamidad inevitable; ¿sí ó no? Razonablemente no puede dejar de sostenerse la afirmativa, á menos que se cierren los ojos á las lecciones de la experiencia diaria. La persecución del juego resulta ineficaz en todas partes: ni un jugador dejará de jugar porque se lo prohiban amenazándole con castigarle. Jugará á escondidas en vez de hacerlo manifiestamente; pero jugará. No le curará la ley, si el remordimiento ó el escarmiento directo no le curan. La enfermedad social se hará interna, quiérese decir que se hará por ende más intensa y devoradora. Convencidos de la imposibilidad de extirparla, disciplinémosla, regularicémosla, derivemos algún beneficio de su estrago...

—Y dejaremos que se abra aquí libremente esa flor monstruosa y envenenada?

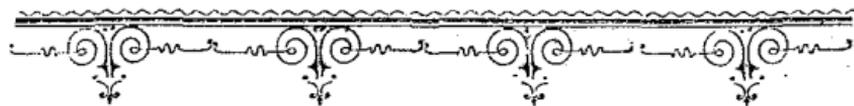
—Hablan por su boca añejas preocupaciones derrotadas mil veces y siempre resurgentes. El mal no está en las palabras sino en los hechos: cuando los hechos no se pueden evitar, aceptémoslos y procuremos aprovecharlos. El juego consentido, el juego reglamentado, el juego *organizado*, significaría el descubrimiento y canalización de un río de oro corriendo sin

cesar; los millonarios acudiendo con sus millones; el país transformándose materialmente; las empresas abandonadas ó no intentadas realizándose, y Las Palmas dorándose en una progresiva opulencia...

. . . . .

Ni quito ni pongo. Me he limitado á transcribir la substancia de una conversación cuando menos curiosa é interesante, después de darle aderezo literario.





\*  
\* \*

**L**A *Prensa* propone la constitución de una junta que fomente, por todos los medios, la concurrencia de extranjeros á nuestra isla. Cada año al comenzar con el otoño la deseada inmigración que va llenando lentamente nuestros hoteles, hablamos del propio asunto; encarecemos la necesidad de cultivar lo que en otras partes se llama *industria del turismo*. Es tema que se viene á la pluma del redactor de periódicos; pero, por desgracia, no interesa, como no interesa tampoco otro ninguno en nuestro frío ambiente, y apenas transcurre la temporada, se le olvida.

Debería estar siempre en actualidad. Nos desentendemos de lo que más nos importa y concedemos, en cambio, una atención excesiva, injustificada, á muchas cosas pequeñas en las cuales malgastamos un tiempo precioso robádoselo á las cuestiones de verdadera monta é importancia. Lo único que aquí cultivamos esmeradamente son nuestras miserias. Lo único que nos distrae de esta lamentable labor, es la *costumbre* de cantar las bellezas y los adelantos de nuestro país, que sólo nosotros percibimos, por una disposición optimista. Cantamos como buenos *canarios*, y nada hacemos que no sea aumentar nuestro daño, ciegos pajaritos cantores.

Asociarnos para algún fin útil, no hay que pensar en ello; matar con la crítica los proyectos mejor encaminados, antes de que cuajen, eso sí que nos encanta. Y por lo que respecta al turismo, nos satisfacemos con vivir de él explotándolo inconsideradamente; no hemos comprendido que eso es á la vez poco y mucho, que lo que hay que hacer es procurar á nuestros huéspedes del invierno todas las facilidades, comodidades y atracciones posibles, para que se encuentren bien entre nosotros.

No hemos advertido que el número de invernantes disminuye desde hace algunos años, y que acabará por reducirse á muy poco en cantidad y en calidad ese contingente de fuerza, de animación y de riqueza. No tememos que esas golondrinas se vayan para no volver. No hemos sospechado que la dulzura del clima no basta á retenerlas, porque las ahuyenta el hastío.

Debe intentarse algo en serio á fin de asegurarle al país ese gran elemento de prosperidad. Nosotros llegaríamos hasta proponer lo que, según se dice, va á ser muy pronto en Portugal un hecho, lo que en ciertas estaciones invernales famosas constituye la *great atracción* de los forasteros. Creemos innecesario clarearnos más: ya se comprenderá adonde apuntamos.

Pero, sea lo que sea, tómesese este camino ó el otro, urge preocuparse del problema del turismo. Muchos despreocupados sólo ven en el turista un ave de paso buena para desplumarla. Es preciso que veamos en él un cooperador de nuestro progreso, y nos esforcemos por atraerlo á nuestra tierra y vincularlo á nuestra sociedad.



\*  
\* \*

**L**os primeros ingleses han llegado para pasar la invernada, y no encuentran en el país la menor novedad. *Hoy cómo ayer...* Todo está en su lugar descansan; debajo de las aguas quietas de este sereno lago, la misma suciedad y la misma agitación; en la superficie, la misma ondulación lentísima, semejante á la muerte, arrastrando ¡ay! muchos cadáveres.

Por intervalos, el canto de las ranas que piden rey y el chapoteo causado por algún ligero escándalo (aquí todo es ligero, hasta los acontecimientos que interrumpen la monotonía ambiente y cotidiana). El extranjero, el turista, se sumerge en nuestra calma cómo en un baño templado; recibe las caricias de nuestro clima, y se adormece.

Los que vienen por primera vez, preguntan: ¿Pero no hay más? Nada más,—les contestan; aquí paz y después gloria.—Y luego de echar una ojeada al cielo, otra ojeada al mar, otra ojeada á la tierra, sienten que empiezan á aburrirse. Experimentan un principio de decepción, casi se inclinan á exigir que les devuelvan el dinero.

Por que, indudablemente, esto es muy bonito, muy apañadito; pero no es lo que ellos se figuraban.

\*  
\* \*

Tenemos conciencia de que á nuestra isla le faltan elementos, atractivos y comodidades que puedan hacer grata la estancia del invernante. *Lo del turismo*, agitado inútilmente hace poco tiempo, respondió á esa convicción arraigada. Don Cristóbal de Castro levantó la bandera que otros habían tremolado antes, y se quedó con ella rota entre las manos. Nadie le siguió, nadie le ayudó. Las gentes se sorprendieron de que no supiera decir con pomposidad retórica lo que está dicho en cuatro palabras, porque no se trata de decir sino de hacer.

Llegan los primeros turistas de este año y sólo echan de ver *que llueve*. Sin embargo, estamos completamente secos, cómo los árboles desnudados por el invierno. Entre la sequedad y la tristeza, vamos caminando sin saber adonde. La sombra burlesca de Mefistófeles nos dice: *camina, camina!*... (1)



---

(1) Artículo publicado por los días en que estuvo en Las Palmas el notable periodista don Cristóbal de Castro y celebró una reunión en el «Círculo Mercantil» para tratar del fomento del turismo.



## Más sobre el mismo asunto

---

**E**SE más á que me refiero indica un paso y señala un camino por donde debemos lanzarnos sin vacilar. Pasemos, entre-  
mos, agradeciendo al distinguido periodista don Cristóbal de Castro el favor que nos hace con levantar la mano y marcar el rumbo que nos importa seguir.

El señor Castro ha promovido en Santa Cruz una reunión pública para estudiar el problema de la *villeggiatura* en Canarias y sentar las bases de la constitución de una sociedad que se denominará *Sociedad del clima y del turismo*. Opina el señor Castro, con muchísima razón, lo mismo que nosotros opinamos y hemos expuesto repetidas veces en estas columnas: que llamar, atraer y retener en esta tierra de delicias por toda suerte de medios legítimos á los extranjeros ricos y emigradores, es lo que más puede convenirnos y lo que más debe interesarnos. Por ahí viene la riqueza á los países que, como Canarias, atesoran grandes bellezas naturales y cuentan con la excelencia de un clima excepcionalmente dulce. Mientras nosotros, sumergidos en tal dulzura, dormitamos ó nos enseñamos las uñas afiladas en eternos amagos de una guerra doméstica y risible—(no hay

término medio: corderos soñolientos ó cachorros de leones),—el extranjero llega, mira y pasa...

*Non raggionan di lor...*, dice al pasar. Lo que vé le disgusta; nada de lo que contemplan con desdén sus ojos le invita á quedarse en un suelo donde, más que las seducciones arroadoras de un Paraíso, encuentra los goces desabridos y estériles de un Limbo, tras del cual se adivina un infierno monótono con bastantes diabluras uniformes. Aquí Satanás bostezaría y no sabría que hacer; pero los forasteros saben lo que hacen: se van...

Se me objetará que *todavía* vienen muchos. Es cierto. Vienen muchos, atraídos por el imán del clima; viene en invierno una emigración compuesta principalmente de enfermos, valetudinarios y turistas de bolsillo *escuálido*, de *á tanto la hora de residencia*. Seríamos harto contentadizos si este resultado nos satisficiera: hemos de aspirar á algo mejor en cantidad y en calidad. Hemos de poner nuestra mira en conseguir que nuestros principales centros de población sean estaciones invernales con recursos y atractivos suficientes para cautivar la buena voluntad y la simpatía del turista; que no venga éste por una causa forzosa, sino por una eleccion libre y bien discernida.

Explotar el turismo, organizar el laboreo de esa mina inagotable y administrarla con inteligencia y entusiasmo para obligarla á rendir beneficios inmensos: he ahí una empresa que, además de asegurarnos un bonito lucro honrado, nos *distraería* de nuestras ocupaciones tradicionales, de esas luchas comineras en que nos debilitamos y nos empequeñecemos. Nues-

tro *Diario* (1) ha publicado un estudio competentísimo acerca de la materia, hecho por Méquiz, que desde luego se adivina es persona perita y desapasionada que apuró el asunto; pero esa voz se ha perdido sin eco en los aires, llenos de la algarabía sonora que levanta nuestro alborotado gallinero.

Y lo mismo otras voces clamantes por el bien de Canarias. El turismo nos tiene sin cuidado, como lo demás; sólo los hosteleros, los tartaneros y los intérpretes parecen convencidos de que es cosa buena. El turismo les da de comer directamente; por eso se preocupan de sacarle el jugo. En cuanto al país en general, no entiende de *indirectas*.

*Directamente* vamos á la ruína por el resbaladero de nuestra vida rutinaria, egoísta y misérrima. Un puñado de pesetas ganadas en el comercio fácil, sirve para limitar la frontera de nuestro pensamiento; y más allá, no busque nada, señor don Cristóbal de Castro.

Sin embargo, quizá logre su iniciativa que se autoriza con su elevada representación intelectual, lo que no han logrado los esfuerzos y los empujones de alguna gente de casa. Detrás de usted se adivina la potencia de los grandes periódicos que trabajan para regenerar á España entera.

¡Ojalá!



---

(1) El *Diario de Las Palmas*.



## El excursionismo

**S**ERÁ cosa permitida inventar esta palabra terminada en *ismo*, si por acaso no existiese, ya que tantas otras de formación libre, con idénticas sílabas finales, andan por las columnas de la prensa en uso diario y en predicamento?

Puesto que se dice *turismo* y tal vocablo exótico se admite sin resistencia, cabrá decir *excursionismo* sin protesta alguna, para significar un género de recreo muy en boga en todos los países cultos: el *sport*—salta aquí, fatalmente, otra palabreja extranjera,—de las excursiones organizadas con fines de diversión é instrucción por sociedades que no tienen otro objeto sino fomentar aquéllas y llevarlas á cabo con la mayor ventaja posible.

Dichas asociaciones prestan grande utilidad, principalmente allí donde, cómo en las Canarias acontece, abundan los sitios pintorescos y son, además, muy limitados los atractivos de la existencia social. En estos casos los centros excursionistas realizan un bello programa: brindan esparcimiento agradable, y educan. La juventud, en los viajes breves y económicos dentro de un territorio que posee bellezas naturales, encuentra motivos de solaz, temas de estu-

dio. Se cultiva el espíritu de sociabilidad amena, y se observa, se medita y se recoge fruto de sana enseñanza.

Esto entre nosotros es nuevo; pero hace mucho tiempo que se practica, conforme hemos dicho, en los pueblos adelantados. Los ingleses y los alemanes viajan así frecuentemente, por cuenta de entidades constituídas tan sólo para impulsar y desarrollar estas expediciones. Son más ó menos costosas ó importantes, según los medios de que disponen los organizadores, pero aún cuando se efectúan en condiciones modestas y económicas, reportan beneficio espiritual. Abren horizontes nuevos, excitan las facultades perceptivas y discursivas, crean lazos fuertes de compañerismo, enseñan á ver, á comparar, á amar la tierra en que se nació, con pleno conocimiento de causa.

¿Porque no se establece en Las Palmas una Sociedad de excursionistas que siga el ejemplo dado por el *Círculo Mercantil* en sus giras recientes y que incorpore á nuestros hábitos sociales una costumbre recomendable y provechosa? Si lo pidiéramos para efectuar á gran costo correrías lejanas ó difíciles, se nos replicaría con razón que la empresa era árdua; pero lo pedimos no más que para asegurarnos dentro de casa, mediante una cooperación muy llevadera, un modo de aliviar la pesadez de nuestras horas desocupadas, y para sacar algún producto que redunde en bien de nuestro perfeccionamiento colectivo.

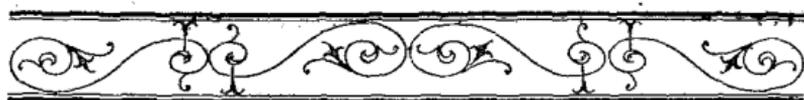
El empeño, por el contrario, es harto fácil. La afición á los *sports* que cada día se desenvuelve más en Canarias, tendría una aplicación excelente en esa forma de actividad que indi-

camos. Y nuestros jóvenes aprenderían, por lo menos, á conocer *sur place* el suelo hermoso en que viven y á fijar las nociones geográficas asociadas con las nociones históricas en una visión perfecta y duradera que habría de quedarles profundamente grabada... (1)



---

(1) Artículo publicado en el *Diario de Las Palmas* el 30 de Agosto de 1937.



## Un buen filón

**E**STE año (1) la invernada de extranjeros en nuestra isla ha sido muy importante por el número y por la calidad. Esta segunda circunstancia, al marcar una mejora en el género de turismo, indica que el clima de Canarias por sí solo tiene una fuerza de atracción en su dulzura, en su benignidad celebérrima, superior á todas las deficiencias y desventajas que más de una vez hemos lamentado.

A pesar de ellas los extranjeros vienen, permanecen aquí un largo espacio de tiempo y forman propósito de volver. La templanza de nuestro ambiente, tanto cómo el aspecto apacible y risueño de nuestros paisajes, les seducen. Encuentran entre nosotros el halago de una privilegiada naturaleza, á la cual poco ha añadido, para acrecer su valor, la mano del hombre. Los atractivos naturales son en Canarias todo, y la obra de la cultura casi nada significa.

Influjo mágico debe tener lo primero, el encanto de Natura, cuándo á despecho de lo se-

---

(1) 1907. Artículo publicado en el *Diario de Las Palmas*.

gundo, la poca acción humana complementaria, vemos crecer así la corriente de nuestra especial inmigración. La prueba de que nuestro clima es singularísimo, se halla en el hecho apuntado, y no admite réplica ni debate; pero, ¿basta el clima sin la añadidura de otros alicientes para fijar y seguir multiplicando la concurrencia de viajeros á nuestras tierras solares durante los meses fríos?

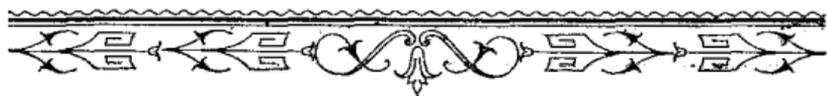
Pronto regresarán á sus puntos de procedencia esas amables golondrinas: ¿volverán en los años sucesivos en mayor ó, siquiera, igual número? Ahora se nos presenta una nueva ocasión de considerar el asunto, aunque, realmente, hartamente considerado y discutido lo tenemos ya, sin haber logrado despertar el interés y las iniciativas que el problema de la emigración veraniega demanda.

No, no basta el clima, siquier sea mucho, siquier sea la base. Si por su exclusiva virtud alcanzamos tanto beneficio, piénsese en lo que conseguiríamos mediante las actividades puestas en práctica por otros países no mejor dotados que el nuestro en cuánto á los dones de la Naturaleza, pero más emprendedores y más previsores.

Tenemos un magnífico filón que explotar. No sabemos ni queremos explotarlo. El espíritu de asociación y de empresa solicitado aquí de mil modos, no responde; está muerto. Nos damos cuenta de lo que nos importa agradar á nuestros huéspedes del invierno y atraérmolos y asegurárnoslos, más no por ello se despierta el estímulo de nuestros capitalistas en favor de ninguna de las empresas que serían buenas para ese fin y para el de un lucro lícito y cuantioso.

En esto, cómo en lo demás, nuestro carácter no se desmiente. Vemos la verdad, vemos la conveniencia, y lo mismo que si no las viésemos. Esperamos, sentados y contemplativos, el santo advenimiento.





\* \* \*

**L**A prensa vuelve á la carga con *eso del turismo*; comprende que el tema se impone y que, por deber patriótico, es preciso no abandonarlo. Puesto nuevamente en actualidad y en discusión, ¿tendrá ahora más eficacia que antes para determinar gestiones y resoluciones en favor del bello ideal encerrado en esa palabra sugestiva?

Lo dudo. Entre nosotros *la vida es sueño*; pero sueño tan hondo, tan pesado, que nada nos hace despertar. Aunque nos amenace la ruina, aunque la necesidad nos acicatée, seguimos durmiendo. A lo sumo, cambiamos de postura sin despertarnos.

Mi entrañable amigo Febles Mora, desde Madrid, renueva también la materia con muy juiciosas consideraciones y muy acertados consejos á propósito de la Junta de Iniciativas constituida en la Córte, cuyo programa nos convendría imitar si queremos de veras beneficiar como fuente de riqueza las excelentes condiciones naturales del país canario. *La Defensa* trata á su vez el asunto con competencia. Dijérase que nos sentimos atraídos por el turismo y que va á resolverse en acción un vigo-

roso movimiento de los ánimos, solicitados y orientados hacia ese objetivo patriótico.

Pero... ya se verá cómo todo ello no pasa de unos pocos artículos insertos en los periódicos, donde lo que se escribe dura, por lo común, lo que duran las frases escritas en la arena.

Estamos acordes en cuanto al punto y toque de que nos conviene mucho atraer la inmigración de turistas, retenerlos y halagarlos para que esparzan aquí el oro del placer y del lujo. No hay sobre esto dos opiniones, ni puede haberlas. Tenemos á la vista el ejemplo de lo que logran, explotando tal filón, algunos pueblos privilegiados por la naturaleza ó por el arte. Italia, Suiza, Francia, Alemania, sacan del extranjero curioso y trashumante una contribución libre é indirecta que se cifra por centenares de millones. Han sabido aprovecharse de los hábitos cosmopolitas, característicos de nuestra época, para convertirlos en manantial de la riqueza propia. Sólo lo que se ha conseguido á este fin en la Engadine, ese maravilloso rincón de los Alpes, uniendo á los atractivos del paisaje agreste y bello las múltiples artes de seducción suministradas por la cultura moderna, debería bastarnos como estímulo. España nos presenta el caso de San Sebastián, citado muchas veces en nuestras columnas, la asombrosa transformación de la ciudad vascongada, obra exclusiva del patriotismo de sus hijos.

Cerca de nosotros se halla la Madera, isla que vive holgadamente de la concurrencia de turistas, sin que sus bellezas panorámicas superen á las de nuestras apacibles islas.

Bueno. Nada de lo que llevamos dicho se desconoce aquí, ni se discute; pero *pax Christi*. Seguimos creyendo y demostrando que *la vida es sueño*.

Y resultará que al cabo han de ser los propios extranjeros quienes acometan en vasta escala las empresas indispensables para el desarrollo del turismo (1).



---

(1) Artículo publicado en el *Diario de Las Palmas*, 80 de Marzo de 1909.



## Por el turismo canario

(Del *Diario de la Marina* de la Habana)

### I

**H**AY un problema en Canarias que permanece en actualidad constante y se sobrepone á todos los demás. La prensa lo ha tratado muchas veces, y ahora mismo uno de nuestros principales periódicos le consagra un estudio detenido aportando indicaciones muy justas y aconsejando medidas prácticas para resolverlo.

Ese problema, á cuya solución va unida, sin duda alguna, la prosperidad venidera y el adelanto de nuestras islas, se enuncia en tres palabras: industria del turismo. Hemos convenido en denominarlo así, por mas que cabría aplicarle otro nombre distinto; pero puede decirse que el nombre nada hace á la cosa. La cosa es la necesidad imperiosísima en que estamos de explotar con solicitud é inteligencia, para nuestro provecho, la belleza del país canario que nos atrae gran concurrencia de turistas. Digámoslo sencillamente: nos interesa mucho lograr que nuestros huéspedes del invierno, nuestros visitantes de toda estación, encuentren

aquí algo de lo mucho que en otros países, menos privilegiados que el nuestro, les cautiva, avasalla y retiene.

Tierra afortunada es la tierra de Canarias, si se atiende á la prodigalidad de dones con que la ha favorecido Naturaleza. Lleva muy bien, al modo de apellido histórico, la calificación que la señala desde remotos tiempos cómo mansión paradisiaca, territorio edénico, jardín de delicias. Los mitos que colocaron aquí el alcázar ó el templo de la escondida diosa que llamamos felicidad, son falsos cual todos los mitos; pero real y positivamente, aparte desvaríos quiméricos, las viejas Hespérides merecen su fama universal de islas hermosas, predilectas de la Primavera, amadas del sol, favorecidas de las auras suaves y balsámicas que á la continua las besan.

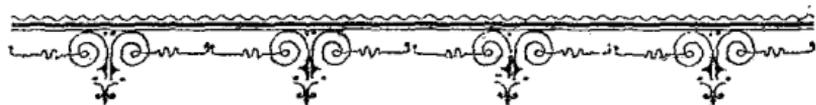
Un clima suave, uniforme, acariciador, constituye su mayor encanto; ni fríos excesivos ni calores extremos agobian á los habitantes de este paraíso, un poco desmerecido y echado á perder bajo otros aspectos. La máxima medida termométrica acusa en verano para la mayoría de nuestras localidades, 28 grados, y la mínima en invierno 10 ó 12 sobre cero. Sólo nieva en las altas cumbres, donde se pierde la huella del hombre y el rastro de la vida civilizada, mientras en las tierras bajas, (relativamente bajas, pues en las islas las formaciones volcánicas han amontonado montañas sobre montañas en gradación sin fin), brilla siempre sobre los floridos campos la gala divina de la lumbre solar... Ahora mismo, en pleno mes de Agosto, el mes de las espigas rubias y de los pámpanos verdes anunciando la madurez inmediata de los raci-

mos báquicos, ahora cuando la campiña se estremece al impulso de la desbordante fecundidad, cuándo se muestra pletórica, henchida, cálida, estoy yo fuera de Las Palmas, pero muy cerca, pasando una breve temporada, y no me canso de dar gracias al cielo por el favor que nos concede haciéndonos gustar la dulzura penetrante y adormecedora del otoño sin la melancolía del período autumnal... Vaporosas nubes vejan los horizontes y la brisa vivificante del Océano llega hasta estas alturas trayendo á los pechos fatigados, á las frentes marchitas, un halago que rinde dulcemente el ánimo, un vital aliento que reanima las energías exhaustas.

Será difícil encontrar condiciones de clima semejantes en ninguna otra tierra del globo; ni en Niza, ni en Mónaco, ni en la Madera se determina el estado climatológico con tales y tan subidas excelencias. Más humedad, más calor ó más frío, más variabilidad, ménos virtud tónica; por exceso ó por defecto, ninguno de esos climas afamados llega á la bondad suprema del nuestro (permitidme que le aplique esta nota característica de Dios). Esta buena temperatura uniforme nos hace sentir continuamente la protección de la naturaleza y quizás fomento en nosotros cierta inclinación al abandono, á la confianza en los elementos propicios que otros pueblos bienaventurados experimentaron también, y por la cual se explica la decadencia de aquéllos, la escasa actividad de éstos; influencia eterna del medio exterior sobre el agente «hombre», en suma. Pero no hemos de negar, sin embargo, el bien que poseemos, y hemos de reconocer que con él se nos ha dado un ta-

lismán preciosísimo para llamar hacia nuestras venturosas comarcas el tropel de gentes emigradoras á quienes la necesidad ó el gusto, servidos por el dinero, empujan fuera de sus nativos países en busca de otro suelo y otro sol.





**E**L clima de Canarias es único; así resulta de los estudios comparativos hechos por eminentes médicos nacionales y extranjeros. En nuestra región, la perenne dulzura del ambiente nos permite vivir en perfecta calma, con tendencia á dormitar... Por otra parte, completando el bien que nos aseguran las inmejorables condiciones climáticas, el paisaje montañoso abunda en las bellezas que le son peculiares, y se abren entre los montes de formas bizarras vallecillos amenos, risueños, encantadores, y se descubre á cada paso deliciosos puntos de vista, riconcitos perdidos en los que la naturaleza brinda al hombre su variable é inagotable hermosura. No obstante la denudación de las montañas, la decalvación triste de esta tierra que fué frondosa, las islas Canarias se conservan bellas, como esas privilegiadas mujeres á quienes no logran afean la miseria, ni la enfermedad ni la vejez...

Los turistas que vienen al Archipiélago (singularmente á Gran Canaria y Tenerife), buscan estas ventajas superiores. Son, en su mayoría, como he dicho, enfermos que se reaniman con nuestros aires puros, ó ancianos que toman con delicia su baño de sol, tendidos en sus mece-

doras, delante un libro abierto que no leen, el pensamiento errabundo en las lejanías melancólicas del recuerdo que ilumina lívidamente sus almas cómo un crepúsculo interior. A ellos les basta eso y no buscan nada más, porque el resto les sobra....

Tal género de emigración vendrá siempre, aunque no hagamos nada por atraerla. El clima y el paisaje de Canarias se conocen lo suficiente para determinar y mantener esa concurrencia de desahuciados, de valetudinarios, que llenan nuestros hoteles durante el invierno. Pero hay otros elementos que también se nos incorporan en la estación invernal, y que nos importan preferentemente: los turistas ricos, alegres, despreocupados, mundanos, en buena salud, que viajan por recreo, que gastan y triunfan, que necesitan comodidades y esparcimientos para sentirse satisfechos en su expatriación voluntaria.

Esos no encuentran aquí lo que desean encontrar. En Las Palmas, la vida es monótona, tediosa, insulsa; las distracciones faltan casi por completo. Tenemos buenos hoteles montados á la inglesa, pero á eso se reduce todo; desde que el huésped sale de su alojamiento, no hace otra cosa que aburrirse, echar de ménos los encantos múltiples de las capitales europeas. Algún que otro concierto de la Sociedad Filarmónica, algún que otro paseo en nuestra prehistórica Alameda conservada en la misma forma en que la conocieron nuestros bisabuelos, y se acabó. El turista vaga de un lado á otro, agota sus propios recursos para distraerse y expansionarse, y cuándo se convence de que no lo conseguirá haga lo que hi-

ciere, arregla sus maletas y se marchan con ánimo de no volver.

Es justo. La suavidad del clima y la belleza del paisaje no le bastaban. Buscaba algo de lo mucho que le ofrecen las magníficas estaciones invernales de Europa, y no lo encontró. Las empresas de los hoteles le dieron un poco de música, le llevaron á visitar los lugares más bonitos ó más curiosos de la isla, le trataron en razón de la paga, y al cabo ellas también se declararon vencidas. No está en sus medios hacer maravillas.

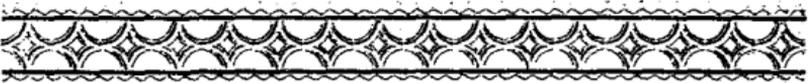
Este país vive principalmente de la inmigración extranjera, del oro extranjero. ¿Cómo se comprende que no sepa explotar semejante filón, que mire con indiferencia el problema designado bajo el nombre de industria del turismo? Es que aquí—he de repetirlo otra vez—nada interesa, nada apasiona, nada convence, fuera del negocio rutinario y aún del merodeo político que nos han puesto como nos vemos hoy. Lo demás pensamos que se nos dará por añadidura, y no nos movemos á conquistarlo. Ahora se habla mucho del asunto tratado por mí en la presente crónica; pero no se pasa de las palabras á los hechos.

Y mientras nos fatigamos con hablar acerca de lo que no nos acalora ni nos incita á la acción eficaz é inmediata, dejaremos en el abandono el primero de nuestros intereses, desdeñaremos la primera de nuestras fuentes de riqueza y prosperidad. Canarias debe mucho á la naturaleza y la naturaleza le indica el camino que le conviene seguir para engrandecerse. Atrayendo á los turistas de todo el globo, á los opulentos, á los felices, á los triunfadores, á los

que derrochan el dinero y acrecen con el producto de sus dilapidaciones el caudal de las empresas útiles y de las industrias, afirmará su bienestar sobre bases indestructibles.

No se trata de dar cañazo á esa preciosa ave emigradora que se llama el turista: se trata de cazarla mediante el mejor sistema posible, red, anzuelo, trampa, liga, lo que convenga... y todavía no hemos principiado á ensayar ningún procedimiento, mientras Málaga se gasta millones en ensayarlos todos.





## Estudio sobre el turismo (1)

---

### I

**P**ROPÓNGOSE tratar la llamada cuestión del *turismo* en varios artículos, bajo los numerosos aspectos que ofrece al estudio, y que todavía no han sido examinados; pero como, á ser posible, me gusta tomar las cosas desde lo alto y desde lejos, creo conveniente ante todo definir lo que ese término, tan traído y llevado, significa.

Con él nos ocurre lo que con tantos otros: que lo aplicamos, ó lo aplica la generalidad de las personas, sin conocimiento exacto de su acepción. Desde que se incorporó al lenguaje común ese vocablo, exótico como el hecho que señala, anda rodando por las columnas de los periódicos y saltando de unos á otros labios en expedición continua, sin que nadie caiga en la cuenta de lo que quiere decir cuándo dice: *turismo*.

En Canarias solamente sabemos, por lo general, que pronunciando ó escribiendo esa palabra, caracterizamos uno de los principales fines que cabe proponer á la iniciativa patriótica é industrial de nuestros comprovincianos.

---

(1) Serie de artículos publicados en *El Tiempo* de Santa Cruz de Tenerife.

Detrás de las voces expresadas vemos en toco relieve, *grosso modo*, la materialidad de un fenómeno moderno, típico aunque no exclusivo de la época contemporánea: el ir y venir de gentes entre los distintos países, el *capharnaum* cosmopolita, el trasiego de las razas movidas y mezcladas entre sí por el móvil supremo del placer, la feria del lujo internacional y la romería epicúrea de los ricos.

Pero todo esto, en conjunto, qué indicaciones curiosas nos suministra acerca de la evolución sociológica de los pueblos? Todo esto, qué sentido *histórico* tiene? Pienso yo que sería importante averiguarlo para determinar los caracteres del *turismo* en cuánto realidad, no diré institución, social-universal.

Las sociedades antiguas no lo conocieron ni lo practicaron con las proporciones que hoy reviste. Aisladas dentro de sus linderos geográficos y políticos, desprovistas de los medios de comunicación fácil que el progreso ha creado, clausuradas forzosamente en sus recintos nacionales, sólo las aproximaba y entremezclaba la guerra, esa terrible aventadora del polvo humano. Los éxodos primitivos eran transplantaciones obligadas, violentas y arbitrarias, en que una nación ó un grupo étnico arrancábase del suelo natal y se iba en bloque, con el bagage de sus seculares costumbres y tradiciones, á echar raíces en otro extraño suelo.

Delante y en pos de las tribus emigratorias, una impedimenta enorme obstruía las grandes vías del planeta. Mas que excursiones voluntarias y placenteras, aquellos descuajamientos en masa ofrecían el aspecto de marchas penitenciales. Así viajó Israel, el pueblo de Dios,

penando, llorando y sudando sobre la tierra recorrida por sus plantas en jornadas dolorosas. Así, ó en parecida manera, debajo de un pendón ó de un escudo que levantaba un caudillo en victoria y en fortuna, se hicieron antaño las correrías bélicas á cuyo influjo la humanidad se agitaba y se renovaba cómo el océano. Así los bárbaros, los árabes, los persas, los romanos, se desbordaron por encima de sus fronteras naturales é invadieron gran parte de la tierra. ¡Temible turismo guerrero en que la ley era el instinto conquistador!





**N**o había nada que favoreciese el movimiento de las razas viajeras, á no ser el hondo impulso de la ambición ó la espuela aguda de la necesidad. El campo del mundo antiguo estaba partido entre rebaños humanos que, á testarazos, se acometían y se desposeían recíproca y alternativamente, fuera de los caminos en construcción por donde la cultura avanzaba despacio, ganando una etapa aquí, deteniéndose allí, retrocediendo más allá... No había cosa alguna consolidada: ni el orden político, ni el derecho, ni las garantías personales, ni los atributos de la persona jurídica. ¿Qué digo consolidada? No había ninguna cosa de índole especulativa ó positiva que estuviese firme sobre sus bases. El rasgo sobresaliente de aquellas edades era la incertidumbre y la imprecisión con que flotaban las ideas y los hábitos se transformaban. Nuestro tiempo, en cambio, marcado genéricamente por el sello de un universal *devenir*, ha extraído del exceso de las negaciones ideológicas una imponente masa de afirmaciones fundamentales que definen la vida y la informan en principios prácticos. Entre los pueblos no existía el concepto de amistad y de aproximación, sino el de rivalidad é incompatibilidad. Los adelantos materiales que han cam-

biado la faz del globo apenas se iniciaban entonces y, en asunto de medios de comunicación interiores, no internacionales, *la vía romana* decía la última palabra.

Convergía todo á mantener los pueblos en un aislamiento murado, interrumpido tan sólo cuándo la guerra rompía las esclusas y las humanas corrientes salían arrolladoras de sus cauces. El turismo ha de ser, pues, apreciado cómo un fenómeno moderno, consecuencia y exponente de la avanzada civilidad de nuestra época. El viaje de Telémaco y el del Joven Anacarsis, en la esfera del Arte, la Iliada, la Odisea, los poemas y las novelas en que las muchedumbres ó los individuos se ponen en marcha á través del inhospitalario orbe antiguo, deben considerarse en cuánto símbolos literarios que expresan un instinto primordial en lucha con los hechos.

Hay, sí, el turismo (arcaicémos la palabra), el turismo inter-helénico ó inter-romano, el antecedente histórico, documentado, de aquellas expediciones en que los varones preclaros de Grecia y los hombres representativos de Roma (estos últimos en proporción mucho más exigua) paseaban su inquietud filosófica por los dominios de sus sendos países. Casi no hubo griego de superior altura intelectual que no recorriese alguna vez, *observando, pensando, gozando*, las ciudades encantadas y las islas portentosas que guardaban, cómo incienso divino en ánforas de oro, el alma difusiva de la Hélade.

El turismo tiene, quizás, su primer representante en Adriano, aquel emperador que decía: *un buen monarca debe, cómo el sol, recorrer todos sus Estados*; aquel excéptico, aquel de-

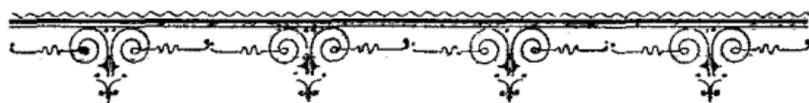
cadente, aquel precursor de la duda moderna, de quién ha dicho Renan:

«Su espíritu distinguido se balanceaba cómo una veleta divertida á todos los vientos. Toda investigación iba á parar, para él, en una burla; toda curiosidad, en una sonrisa.»

Pero el turismo es una cosa nuestra, engendrada por las condiciones actuales de la vida y por las facilidades de la civilización. Todas las puertas de las ciudades y todas las fronteras de las naciones están abiertas. Los hombres pueden ir y venir, entrar y salir á su guisa en un democrático jubileo. La humanidad tiene hoy, en tal forma, su endósmosis y su exósmosis. El afán nervioso de ver, de saber, de escudriñar, resultado de la penetración de la ciencia, fenómeno social de origen científíico, se une á las ventajas del material progreso y á las estimulaciones de la riqueza, para producir esos peregrinajes jubilosos en que los pueblos se visitan, se dan la mano, y cambian su dinero y sus pensamientos.

No olvidemos, sin embargo, que el turismo nació de la libertad y de los derechos constituidos. Es, esencialmente, *un movimiento de traslación individual.*





**H**UBO en lo antiguo pueblos trashumantes y tribus andariegas que, al moverse en masa, cumplían la ley de su destino histórico; pero no se conoció esta semovencia voluntaria, libre y personal, que caracteriza nuestros tiempos inquietos. Aquellas formidables traslaciones de las razas conquistadoras, avenidas humanas que, fatigosamente, por su pié, atravesaban las montañas, los valles y los ríos para ir á aposentarse y asentarse en remotos países, se distinguieron por razón del principio impulsor, el cual era esencialmente etnológico, gentilicio. Tenía aquella deambulaci6n forzosa, aquella emigraci6n muchas veces trágica, el aspecto de una penitencia inferida á grandes colectividades por la miseria nativa ó por la guerra necesaria. Había entonces *puebladas*, semejantes á las riadas que corren sobre las tierras arras ándolas primero, fecundándolas después.

No cabe comparaci6n entre esos movimientos fatales, nacionales, y estas correrías emprendidas hoy por las gentes adineradas, curiosas y ávidas de conocer y gozar, bajo la disciplina de los adelantos modernos. El que ahora viaja así, lo hace determinándose por móviles individuales, persiguiendo propias y refinadas satisfacciones. Los rebaños de turistas que

conduce por todos los caminos del globo la agencia Cook y que, con la guía Jeanne ó la guía Baedeker por delante, van y vienen, suben, bajan, toman el vapor, dejan el ferrocarril, se entregan al automóvil, trepan al monte enriscado ó se meten en la gruta legendaria, verdaderamente locos de actividad nerviosa, no tienen rasgo alguno que nos haga recordar los violentos éxodos primitivos.

El turismo reconoce un origen literario, aunque esta afirmación sorprenda á muchos. Los románticos trajeron á la literatura, y de la literatura luego pasó á la vida, el sentimiento de lo exótico que informó buena parte de sus obras. La fantasía hizo luengos y maravillosos viajes antes de que los hicieran los cuerpos solicitados de la fiebre traslaticia é inquiridora. Chateaubriand y Lamartine fueron á Oriente con el bagage de la más elevada poesía. Dumas el mayor midió incansable con las piernas las rutas de Europa, y Stendhal usó acaso por vez primera,—si no estoy equivocado,—el término turista en el título de un libro suyo que guarda y perpetúa un tesoro de observaciones psicológicas aplicadas á los medios sociales en que el magno analista buceó profundamente.

El prurito peregrinador extendióse pronto á otras clases, y nació el diletantismo viajero produciendo la impetuosa corriente de burgueses ilustrados y ricos que marchan en pos de lo pintoresco. La opulencia contó entre sus privilegios el de viajar aprovechando las ventajas de la holgada fortuna y los beneficios y comodidades del progreso. El turismo, nacido de la riqueza, comenzó á ser base de enriquecimiento

para los pueblos que, estando en condiciones de explotarlo, lo explotaban.

Y con el turismo, por consecuencia de esta explotación bien entendida, se formó una nueva industria de manifestaciones y proyecciones universales. Las villegiaturas de placer abrieron la puerta á un sistema de refinamientos organizados para atraer la atención y fijar el gusto y la residencia de los turistas en los sitios adornados por la naturaleza ó por el arte con suntuosas galas. Se perfeccionaron los medios de hospedaje; la hospitalidad convirtióse en industria también, y se fundaron centros especiales de atracción mundial donde se acumularon todas las maravillas confortables creadas por las ciencias prácticas. Los hábitos muelles y las pasiones epicúreas nacidas al calor de nuestra civilización avanzada, tuvieron abundante pábulo. Se constituyó la caza de viajeros lujosos cómo un ejercicio de cinegética trascendental, se aprendió á requerirlos, apresarlos, cebarlos y asegurarlos mediante el empleo de redes doradas pero firmes. El reclamo, palabra trasladada desde el orden venatorio al de beneficiación del turismo, se sistematizó y complicó, teniendo su táctica y su estratégica.





## IV

**H**AY países en que el aflujo de las falanges de turistas importa el recurso mayor para el sostenimiento nacional. Reciben de fuera en oleadas enormes la savia y la energía que continuamente los reconstituyen. El contacto perpétuo con el mundo, la visita periódica de las razas trashumantes, la incorporación regular de infinitos elementos que les llevan con el oro el don olímpico de los gérmenes renovadores, todo ello les hace vivir en plena transformación y cambiar de fisonomía para aparecérsenos cada vez más fuertes y más hermosos. Allí están las *ferias de vanidades* que satirizara agudamente Mark Twain; pero debajo de la superficie ligera de la presunción y el engréimiento humanos, debajo de la insolencia suntuaria y de la plutocracia triunfadora por el solo poder de los millones circulantes, se desarrolla una serie de fuerzas espiritualizadas, superiores, que dan robustez anímica á las colectividades favorecidas por la marea ascensional del turismo.

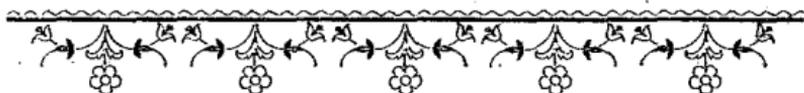
No sería arbitrario distinguir en éste dos clases: el artístico y el placentero, según la índole del impulso que mueve á los turistas. Viajan unos obedeciendo á la necesidad mental de acrecer su cultura; portan consigo lastre de só-

lidos conocimientos y les asiste y les ayuda en sus peregrinajes intencionados, en sus mariposeos poéticos, la preparación científica y literaria que les alumbra las ruinas históricas ó les orienta frente á las obras del arte clásico atesoradas en los museos. Anhelan *saber más*, con preferencia á gozar más. Para ellos las cosas tienen alma, las piedras tienen voz; se detienen con criterio propio delante de las estatuas paganas y examinan *en connaisseurs* los cuadros famosos de las distintas escuelas. Poseen un sentido interpretativo con el cual se acercan al Parthenon ó á los restos mutilados del templo de Pesthum. Echan hábilmente la sonda en el abismo sin fondo de la antigüedad.

Pero los otros, los que buscan en el viajar continuo la excitación malsana de los placeres materiales, el cosquilleo de las cambiantes sensaciones, el aperitivo de las novedades pintorescas que se entran por los ojos y sacuden los sentidos, esos sólo piden que los diviertan. Nada pierden y nada encuentran en su camino; no hacen más que pasar. Cuándo ven un paisaje bello lanzan un ¡ahl! mecánicamente admirativo y en seguida dirigen la mirada á otra parte demandando otro goce. Quieren música, divertimientos mundanos, bailes, conciertos, carreras, espectáculos extraordinarios pero lo más físicos que sea posible. Piden buenos manjares, buenos hoteles, buenos medios de locomoción. Incluirían entre los números de su programa una catástrofe pavorosa y dramática, si hubiera modo de obtener esta añadidura entre las combinaciones de la realidad. Cuándo van á Oriente, preguntan por los serrallos, y, cuándo van á España, preguntan por los toreros, los guitarristas

y los bandidos. Son seres á quienes abrumba el *surmenage* de una existencia materialista demasiado colmada. Lo que desean sobre todo es poner en tensión las cuerdas flojas de sus nervios, y para conseguirlo, no repudiarán la mayor extravagancia. Miran el mundo cómo un inmenso salón de fiestas: siempre se hallan prontos á bailar.





## V

**P**ARA atraerse á los turistas ilustrados que viajan por ver y aprender, tienen los países de tradición artística el señuelo de sus obras monumentales. Con sólo ellas, prescindiendo de otro cualquiera atractivo, les basta al objeto de llamar la peregrinación cosmopolita que busca impresiones de arte y prestigios de historia.

No es necesario unir á esos encantos de órden puramente estético las delicias de un clima dulce y benigno ni los primores de un delicioso paisaje. La *élite* de los viajeros intelectuales, bien lastrados de ciencia y de literatura, no se preocupa gran cosa de los accidentes pintorescos del medio físico en que se les ofrecen las bellezas arqueológicas. Si acaso, estimarán aquéllas como un marco muy propio para que se destaquen y resulten más sugestivas las magnificencias del pasado. Las filigranas arquitectónicas de un templo gótico, el ambiente evocador y el aroma de poesía que se desprenden de un montón de ruinas legendarias, la hermosura *convencional* de un sitio consagrado por la trascendencia de un gran acontecimiento y de una efeméride memorable, la visión *interior* de una antigualla gloriosa, son los números de su programa y las estaciones de su

itinerario. No necesitan ni piden más. Emprenden el camino de Grecia para adorar las creaciones múltiples y soberanas del genio helénico, el de Egipto para admirar las Pirámides, el de Italia para extasiarse ante las maravillas de la cultura latina, el de Francia ó España para contemplar los *specimens* de sus respectivas civilizaciones, el de Alemania para saturarse de espíritu germánico viendo las catedrales y los castillos, viviendo las leyendas sagradas del Rhin...

Estos viajeros sapientes componen la minoría, la reserva del ejército internacional del turismo; mejor diríamos el Estado Mayor. Representan *el cambio de ideas*; pero por razón de su exigüidad, aunque desarrollen una influencia elevada y profunda en torno de sí, no cifran un contingente *positivo* de tanta fuerza como las legiones de turistas simplemente curiosos y andarines. Aquéllos constituyen la selección aristocrática dentro de la clase; estos últimos la plebe democrática invasora. Los unos arrojan chispas de sus iluminados cerebros; los otros dejan caer de sus manos, siempre abiertas, de sus bolsas siempre llenas, el rocío mágico del oro, la lluvia de Danae.

Desde el punto de vista de la explotación y beneficiamiento del turismo, los pueblos que realizan la plenitud del ideal son los que pueden brindar al viajero junto con las hermosuras naturales de la tierra, las delicadezas y sugerencias de una labor artística secular, patinada y engrandecida por el tiempo todopoderoso. Este doble panorama conquista por entero las facultades y los sentidos de los observadores. Frente á él se ve, se piensa, se siente, se compren-

de, se admira, se llora; él dice siempre algo definitivo para los que llevan despierta la inteligencia y viva la sensibilidad, para los que tienen resonancias internas que multiplican y ensanchan y dilatan los ecos del mundo. «Hay lugares tan hermosos—ha escrito Flaubert,—que desearíamos estrecharlos contra nuestro corazón». No habría modo de expresar en términos más eficaces la efusión surgida en los ánimos adecuadamente preparados á la presencia y á la influencia de los *santos lugares*.

Imagináos en medio de la gloria lumínica del Oriente las fábricas desmoronadas donde estampó su sello el alma de las razas primitivas, nuestras ilustres abuelas; en medio de la dulzura de los aires de Egipto que besan con un eterno aliento vital las necrópolis y los sarcófagos, la aparición milenaria de las momias entre sus indestructibles é incorruptibles bandeletas, la perspectiva de las colosales tumbas faraónicas; imagináos, en las comarcas prestigiosas de Grecia ó de Italia, las creaciones del arte antiguo destacándose sobre el azul del firmamento, recibiendo la adoración de la naturaleza y la plegaria sonora del Mediterráneo que les canta un canto de eternidad; imagináos todo esto, y comprenderéis porque corren esas caravanas peregrinas como río que á cada hora engruesa su caudal, hacia las magníficas tierras amadas de Dios, de los dioses y del sol. Desde lejos los llaman para encantarlos, quizás para perderlos, ¡las terribles y adorables sirenas!





## VI

**E**sos países privilegiados atraen al turismo con el reclamo de sus nombres. No han menester propagandas, ni agencias, ni contrataciones oficiales, ni ofertas seductoras, ni requerimientos ingeniosos. Los turistas emprenden por impulso espontáneo é inteligente sus romerías en demanda de Grecia, de Egipto, de Italia; saben adonde se encaminan y porqué se deciden á partir. Saben que allá encontrarán emociones y placeres de variados órdenes, que soñarán despiertos á la vista del golfo de Nápoles, que á la orilla del Bósforo les poseerá el sensualismo oriental, y que, en las playas del Africa y en los divinos archipiélagos griegos, descenderá la musa de la antigüedad clásica, identificada con la augusta naturaleza, para besarles en la frente.

Nosotros, pobres isleños del mar Atlántico, del mar mercantil y prosáico, no tenemos—¿qué habíamos de tener?—nada de eso. Ni la belleza de nuestros paisajes puede, en general, ponerse en parangón con las de las comarcas famosas ya citadas, ni nuestra pobreza nos permite sustentar ambiciones excesivas en lo que se refiere á la atracción de forasteros.

Nuestro tesoro es el clima, único y admirable; las condiciones climatológicas de la región, mejores que ningunas otras del globo. Esto debemos explotarlo y hacerlo valer, muy especial-

mente, en todas partes. Los que aquí vienen, vienen traídos por la necesidad y por el anhelo de reposarse y adormecerse en el baño templado de nuestras temperaturas. El concepto de *eternamente primaveral*, que hemos estereotipado en el diario elogio de nuestra óptima climatología, les arranca de sus países de origen y les orienta hacia las viejas Hespérides, en donde se prometen probar, no la manzana de la discordia (ésta la comemos nosotros exclusivamente), sino la manzana de la salud y la felicidad.

Claro que el imán del clima por sí sólo nunca sería bastante para asegurarnos una copiosa y continuada inmigración de turistas. No arriban á Canarias los extranjeros solamente con el propósito de adormitarse y desvanecerse, como nosotros, bajo la caricia lenta y blanda del clima encantador. Esta especie de opio atmosférico, por más que no les rinda en tanto grado como á nosotros los nativos, les deprime y enerva algún tanto; pero ellos disponen de una intensa energía de reacción, y quieren vivir en las islas, un poco atenuada, la propia vida activa, febril, de los grandes centros, la vida de goce y de combate.

Nuestro *desideratum* en materia de turismo, nuestra palabra de orden en lo tocante á la atracción de forasteros, se concreta, para mí, en esta breve fórmula: *propalar la excelencia del clima é impulsar los adelantos materiales y los progresos sociales del país.*

En próximo capítulo veremos algo de lo que el turismo produce á otros pueblos y algo también de lo que han concebido y han realizado con la mira de beneficiarlo extensamente.



## VII

**A**L hablar de turismo se nos impone el recuerdo de Inglaterra, la nación fuerte que lo ha traído á las costumbres internacionales. El turismo tiene raíz inglesa: antes de universalizarse, fué una expresión típica de la manera de ser y de vivir de los britanos.

Inglaterra significa en el mundo moderno el principio de movilidad invasora; Inglaterra es un pueblo que no cesa de moverse, dentro y más allá de sus límites. El secreto de su poderío está en sus pies, tanto cómo en su cabeza. Ha medido palmo á palmo la extensión del globo en todas direcciones, ha ido al Ecuador y á los hielos polares, se ha deslizado entre las tribus del Centro de Africa y entre los indígenas del Centro de América, ha cambiado sus esterlinas y sus guineas por todo género de moneda acuñada y ha llevado consigo su comercio, su industria, su preponderancia, adonde quiera que viven hombres. Con sus zapatones ferrados, con su báculo y su *kodak*, ha corrido tierras y más tierras, descubriéndolas y conquistándolas pacíficamente para sí. Entre el equipaje de sus *globe trotters* ha trasportado el espíritu sajón que es el primer explorador y el primer guerrero de nuestros tiempos. Inglaterra, nuevo Ahasverus, camina y vaga infa-

tigable, sin perder nunca de vista los propios intereses. Los britanos están en todas partes: tememos encontrárnoslos hasta en la sopa.

Pero así, en sus jornadas intrépidas, filtran la esencia de su raza al través de las mallas más bien urdidas de las nacionalidades. No hay frontera que se les resista. Penetran cómo *sportsmen*, cómo viajeros curiosos, cómo observadores, y siempre dejan algo de sí propios y toman mucho de los demás en asimilaciones profundas y permanentes. Por donde pasa Inglaterra, afirma su influjo, no hay remedio. Se desparrama sobre todo el planeta, pero, al desparramarse, absorbe infinitos elementos progresivos, y después se recoge sobre sí misma reitegrándose en una soberana reconcentración.

Tal es el hondo secreto de la durabilidad de ese pueblo andarín y protéico. Más nacionalista, más tradicionalista que otro ninguno, convierte su orgullo en agente de dominación unilateral y se hace expansivo de puro ser exclusivo. Su imperialismo envolvente rodea á las naciones con mil brazos, con tentáculos mil, cada uno de los cuales tiene la energía aprehensora de una garra. Francia representa mundialmente la difusión de la inteligencia; Inglaterra, además de representar esto, representa en nuestros días el *sentido político romano*. «Después de Roma—ha dicho Paul Bourget,—ningún pueblo ha practicado cómo Inglaterra *el arte difficile de durar...*»

Dura porque se sale de sí misma y vierte su substancia en todos los moldes y lanza su actividad en todos los caminos. Ella había de crear el turismo para que le sirviera de instrumento de posesión.



## VIII

**P**ERO los ingleses no se satisfacen con practicarlo amplísimamente fuera del Reino Unido: lo ejercen también dentro de sus islas con un criterio industrial maravilloso.

Londres, el monstruo de las ciudades, era hasta hace pocos años una población ingrata y repelente en medio de su grandeza. Babel del comercio, feria enorme de la riqueza y de las finanzas, faltábale, empero, la magia irresistible con que París seduce y hace suyos en un momento á sus huéspedes como mujer que cautiva con la primera mirada. Hoy la metrópoli británica tiene mucho de ese atractivo mundano y espiritual que singulariza á la metrópoli francesa. Su rostro es otro, más alegre y más simpático de lo que antes era, gracias á una metamórfosis exterior, cumplida por el genio práctico inglés. Londres ya sonríe, ya no es sólo imponente sino bella. Llama al viajero con insinuantes voces y sabe deleitarlo y hechizarlo en su hogar ahumado por las fábricas, pero embellecido por el arte y por la inventiva hospitalaria. Sus hoteles, sus paseos, sus teatros, sus centros de diversiones, son únicos en el mundo.

En Londres hay salas de espectáculo verdaderamente fantásticas donde se reproducen las fiestas y los ambientes antiguos con una propiedad estupenda. Londres posee clubs, museos, colecciones artísticas, curiosidades, especialidades que ninguna otra ciudad del globo atesora parecidos. Y Londres explota todo ello con un fino y maestría verdaderamente ingleses.

La Gran Bretaña llama á los turistas con una bocina ensordecedora para que vean las joyas arquitecturales de Westminster y del Parlamento, las venerables abadías, los colegios de Oxford y de Cambridge, las gracias idílicas de la isla de Wight, las regatas, las manufacturas, los puertos, los acorazados... Los llama á visitar los románticos lagos escoceses por cuyas riberas todavía anda arrastrando su capa pluvial de pontífice la sombra excelsa de Walter Scott. Y, como si esto no fuera bastante, recuerda á los letrados, á los intelectualizados, la historia de la pléyade de los *lakistas* (Wordsworth, Coleridge, Southey, Quincey), que junto á los espejos de las lagunas diamantinas, entre las frescas y ensoñadoras verduras, cerca de las grutas encantadoras, disiparon en impercederas rimas el tedio de vivir...

Les llama á prosternarse en Strafford frente al altar de Shakespeare y en Newstead Abbey frente al ara de Byron. Les llama á recorrer los itinerarios recorridos en otro tiempo por los artífices que labraron la corona de *Britannia*.

Inglaterra creó el turismo y lo cultiva en su provecho. No le neguemos este honor, ni ningún honor.



## IX

**P**ARA algunas naciones el turismo constituye un venero inagotable de riqueza que va aumentando de año en año, merced á las artes y los esfuerzos de una sistemática explotación; tan sistemática, que ningún detalle deja de estar previsto, ni olvidado elemento ninguno entre cuantos puedan atraer al cosmopolitismo viajero. Los beneficios pecuniarios de ese concurso universal forman, para los pueblos que los disfrutan, un presupuesto in formulado é indeterminado que completa el presupuesto legislativo. El mundo entero paga contribución á los países en que tamaña fuerza atractiva se desarrolla con carácter permanente y creciente.

Los países hacia donde se encamina la emigración proletaria europea restituyen en esa forma, con creces, lo que Europa les dá. Los millonarios de Norte-América y los rasta cueros hispano-americanos traen al viejo continente trocada en oro la savia vital que los trabajadores emigrantes llevan á las tierras ultramarinas. Ellos componen hoy el centro, el grueso de las legiones de turistas siempre en marcha entre los dos mundos. Y hay una ley compensadora que rige tales expediciones, por cuya virtud América devuelve á Europa el gigantesco tributo recibido.

Muchos de esos peregrinos del placer ó del arte son *nominalistas*, por sobre todo. Exhumo el viejo vocablo que caracterizó un aspecto de las disputas escolásticas medioevales, para aplicárselos y definirlos con él. Son nominalistas, sí; los nombres les seducen, las aureolas de las reputaciones ampliamente consolidadas lucen para ellos cómo auroras maravillosas é inextinguibles. Un poco *snoobs* dentro del terreno tradicional y artístico, van persiguiendo el rastro de las eternas famas. En Strafford besan el suelo pisado por el divino Shakespeare, se encorvan con genuflexiones semejantes á las que doblan el cuerpo del musulman en la mezquita; en Altorf inquieren la flecha de Guillermo Tell, y hasta en Tarascón husmean la huella imaginaria del cómico-guerrero y cómico-caballeresco Tartarin. Por las llanuras manchegas, grises y solemnes, evocan á Nuestro Señor Don Quijote.

Los pueblos que poseen estos tesoros leyendarios se preocupan mucho de hacerlos valer; deben preocuparse. Hay en Suiza asociaciones que cultivan esmeradamente la escenografía histórica, y que en Ferney, por ejemplo, mantienen en pie, reconstituída y bien conservada, la leyenda de Voltaire. Allí, junto á los lagos celestes, frente á las nevadas montañas de los Alpes, tuvo su campo de batalla y su templo la intelectualidad revolucionaria.

Los suizos hacen entrar en su programa de utilitarismo hasta el rumor *elocuente* de las aguas del Lehman. Y agitan, en su pró, los fantasmas de Guillermo, de Rousseau, de Calvino, del hamlético y sutilísimo Amiel, cual si fueran gloriosos estandartes!

Pero Suiza no olvida ninguna cosa que tenga poder de imantación para llamar á los turistas. Sus poblaciones admirablemente organizadas, dotadas de indecibles encantos naturales y de todos los atractivos de la civilidad, el confort y el boato; sus sanatorios de altura; sus perfectos medios de transporte interiores; sus hoteles espléndidos; su *alpinismo* organizado como una institución nacional; sus mercados bien provistos y su policía bien reglamentada; su atmósfera de general cultura y de libertad práctica y verdadera, le afirman el favor de las romerías alegres que recorren su territorio.

Un escritor andante ha dicho que en la dulce Helvecia el extranjero está siempre mejor que en su casa; que todo ha sido previsto para hacerle la residencia cómoda y agradable, que aún las catástrofes alpinas, el desprendimiento de los ventisqueros, los desplomes y las caídas mortales desde las cumbres cubiertas de nieve, creeríase que han sido calculados y preparados para que no faltase, en el conjunto de las atracciones ofrecidas á los viajeros, *el elemento dramático*.

Esta *boutade* recuerda la graciosa fantasía en que Daudet supone, por boca de su héroe inmortal, algo parecido á eso, pero mucho más extraño que eso.





## X

**Q**UERÉIS saber ahora lo que le rinde á Suiza el turismo? 31 millones de duros al año, ó sea unos diez duros por habitante. Es, en verdad, una bonita renta. ¿De cuántos hoteles dispone? De 2.000. ¿Cuántos extranjeros la visitan anualmente? Cuatrocientos mil.

Francia explota de un modo insuperable sus balnearios, sus catedrales y museos, sus lugares y monumentos históricos, su Provenza asoleada y lírica, su Bretaña feudal, su Normandía evocadora, su París babilónico y brujo. ¿Cuánto le produce el turismo? Quinientos millones de duros que, repartidos entre los franceses, tocarían á quince por barba. ¡Magnífico presupuesto!

Italia extrae menos ganancia del propio filón, porque Italia, siendo tan hermosa y estando tan colmada de riquezas artísticas y de históricos prestigios, no tiene, sin embargo, un París. Cien millones de duros arroja el turismo en el regazo de esa matrona augusta.

A Egipto, el país hierático y faraónico, dále seis millones; á Noruega 30 millones, gastados por los viajeros que acuden á ver los *fiords*, las noches solares, las auroras, las grutas mágicas, las costas bravías y las mil maravillas de aquella región fantástica.

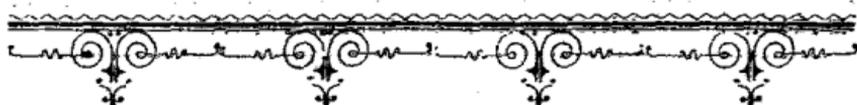
En esta estadística no entra España, que, no

obstante poseer el Escorial, la Alhambra, soberbios templos góticos, obras de arquitectura valiosísimas en diversos estilos, pintorescas costumbres regionales, comarcas de tradición y belleza atrayentes en grado sumo, no ha sabido aprovechar tan peregrinos dones. Hoy empieza á hacer algo con este fin, y ya indicaremos á la ligera lo poco que ha hecho y hace.

Las cifras apuntadas hablan en tono de alta elocuencia. Dicen que el turismo, bajo el aspecto económico, importa un inmenso capital circulante que corre entre los pueblos animándoles, engrandeciéndolos y fecundándolos. No se estaciona ni se inmoviliza nunca. Es, materialmente, un *oceanó de oro*, con marejadas y renovaciones. Las tierras que se hallan á sus orillas, ó en la dirección de su curso, recogen su taumatúrgica influencia y se transforman por obra de sus áureos sedimentos. Véase el caso de Mónaco, rincón dorado por el tránsito de la gran corriente, y el de la Engadine, vallecillo risueño de los Alpes que Bourget nos describe en uno de sus preciosos cróquis literarios como una mansión de delicias, porque hasta allí llegó *la corriente*, y allí también se hizo el prodigio. El dinero transmutador crea los paraísos artificiales y perfecciona y revela á las gentes los paraísos naturales.

Los turistas esparcen ese maná que, al caer, lanza sonidos de fiesta, invita á bailar al género humano, cubre la voz cantante del agua y vence al esplendor de las rubias espigas...

Por él, por él debió decir Tomás de Quincey, más que por el opio somnífero: *¡oh justo, oh sutil, oh poderoso!... Justo no; pero sí lo demás.*



## XI

**G**SPAÑA ha comprendido por fin las ventajas que podría procurarle el fomento del turismo explotando las bellezas de su territorio y sus grandes tesoros artísticos y arqueológicos. Tarde ha entrado por este camino, pero ya lo recorre con paso seguro. Varias son las iniciativas desarrolladas en las capitales más importantes de la Península con el objeto de beneficiar esa fuente de riqueza.

Dos poblaciones de muy distinto carácter, pero emprendedoras y progresistas las dos, se distinguen en el empeño: San Sebastián en el Norte, Málaga en el Mediodía. Lo que una y otra han hecho para constituirse en centros de atracción de viajeros, merece indicarse como un esfuerzo victorioso de patriotismo y actividad bien entendidos. Indiquémoslo, pues, en pocas palabras.

San Sebastián era desde hacía muchos años una estación de verano privilegiada y favorecida. En ella fijaban su residencia estival las familias aristocráticas que huían de Madrid al iniciarse los calores. Admirablemente situada á orillas del Cantábrico, ceñida de montañas que la encierran en un magnífico cinturón de verdura, hermosa, agradable, provista de todas las comodidades y atractivos de una buena ur-

be moderna, San Sebastián junta á estas inmejorables condiciones el don natural de un clima fresco y salubre. Sus playas espléndidas, la Concha, la Zurriola, le han permitido establecer una competencia brillante con los balnearios franceses más afamados, viendo aumentar, de año en año, el número de sus huéspedes. Tal favor afirmóse cuando, convertida en Corte veraniega, comenzó á visitarla el séquito esplendoroso que marcha en pos de los reyes: los papalinos, los aristócratas, los satélites de la Magestad. Fijada allí por espacio de algunos meses la constelación mundana que tiene como centro la monarquía, San Sebastián redobló su importancia y en breve tiempo se engrandeció hasta llegar á ser lo que es hoy, una capital encantadora.

Para mantener su rango, trabajó incansable é inteligentemente. Su distinguida clientela de estío encontró lo que necesitaba, y aún algo más: no sólo cómodos y suntuosos hoteles, sino fiestas y regocijos múltiples que brindaban á los forasteros perpétuo solaz llenando todas las horas de la temporada con una serie de animados y lucidos espectáculos.

A porfía las corporaciones y los particulares rivalizaban en imaginar programas de diversión, agotaban la inventiva y derrochaban el dinero. Las fiestas de la gentil Eazo hicieronse famosas. Los turistas acudían de todas partes, atraídos por el señuelo de tantos jolgorios.

El Casino de San Sebastian fué recinto mágico donde se concentraba la vida elegante solicitada por los placeres del juego, de la danza, de la música. Los alojamientos de la ciudad

eran insuficientes, las villas de los alrededores hospedaban á un gran número de familias nobles y ricas que contribuían en primer término á sostener la animación social.

San Sebastián imitó la conducta de las poblaciones suizas: perfeccionó todos los servicios de edilidad y urbanización en provecho de los forasteros ó, lo que tanto vale, en su provecho propio. Su administración municipal, modelo entre las de España, dirigió é impulsó el movimiento que había de dar por resultado la concurrencia siempre creciente de turistas.

Sin embargo, esto, con ser mucho, no bastaba á San Sebastián. Y he aquí que ahora se propone obtener en el invierno lo mismo que obtiene en el verano. Constituída en estación estival de primer orden, mucho lleva adelantado para lograr la segunda parte de su propósito, pues dispone de todos los medios necesarios. Sus cultos y entusiastas vecinos, secundando la acción de las autoridades, darán á la reina del Cantábrico una primacía absoluta y permanente entre las ciudades de villeggiatura españolas.

Esta conquista tan firme no ha sido, claro está, obra de un día, sino de la perseverancia de muchos años; pero es preciso empezar alguna vez á hacer algo semejante si queremos conseguir un éxito parecido. San Sebastián nos enseña cómo en fuerza de trabajos y de sacrificios remuneradores se alcanza la meta de las más altas y más árdas aspiraciones de un pueblo.





## XII

**Y**GUAL lección nos ofrece Málaga *la bella*. También la ciudad andaluza ha realizado admirables esfuerzos para transformarse y convertirse en centro de atracción del turismo. El espíritu emprendedor de sus habitantes ha llevado á cabo la magna obra en corto tiempo, tan acertada y completamente que hoy Málaga, por virtud de una maravillosa metamorfosis, es una de las primeras estaciones de invierno de Europa.

Cómo por arte de encantamiento, ha roto los moldes estrechos de su antiguo vivir provinciano y se ha adornado con los encantos irresistibles de la más depurada cultura, sin perder por ello sus rasgos típicos. Ha ensanchado sus calles, ha multiplicado sus elementos de policía é higiene, ha modernizado sus barrios populares y ha construído extramuros hermosos hoteles y chalets para los turistas. Estos progresos materiales han ido desarrollándose paralelamente con los de la sociabilidad y hospitalidad en forma que satisfacen las mayores exigencias.

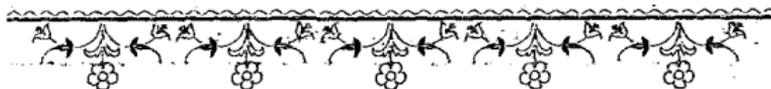
Valencia ha progresado de un modo asombroso en los últimos tiempos; no sólo representa dentro de la vida regional levantina la expansión de una energía enorme que desborda hacia afuera, sino además un foco atrayente y prestigioso dentro de la nación, un punto adon-

de concurren, atraídos por la hermosura de aquella tierra mediterránea, miles de viajeros.

Se supondrá que Barcelona, la rica, la poderosa, no había de quedarse á la zaga en este órden de actividades.

En relación con su opulencia, muchas iniciativas fecundas ha desenvuelto, encaminadas al fin de hacerse una buena parroquia cosmopolita que acrezca y refuerce sus propios recursos vitales. Ninguna otra población española podría lograrlo en tanta medida sino fuese porque ataja y esteriliza en mucha parte su acción la mano mil veces criminal del terrorismo anónimo sembrando la muerte en las calles de la capital de Cataluña, retrayendo á los vecinos y ahuyentando á los forasteros.

Madrid se ha incorporado más tarde á la gran cruzada civilizadora, pero ha procurado ganar el tiempo perdido con la creación de la *Junta de Iniciativas*, formada por personalidades eminentes que se proponen fomentar el turismo en beneficio de la Corte de España. No tengo noticias de lo que dicha Junta haya hecho para cumplir su cometido; la prensa madrileña expresó temores de que fracasara, á pesar de la respetabilidad, inteligencia y entusiasmo de los hombres que la dirigen. Madrid, para empresas de tal índole, no vale seguramente lo que Barcelona, y quizás acierten los augures pesimistas. Sea cómo fuere, yo sé que el problema del turismo tiene interés y consideración de actualidad en las primeras poblaciones de la Península. Años atrás, no se conocía *la cosa*, ni mucho menos el nombre en ninguna parte de España. Pronto, al generalizarse, adquirirá la categoría de ideal nacional.



## Azul y blanco (1)

---

**H**oy es un día azul y blanco. Los católicos se sentirán envueltos en el manto de la Inmaculada que esmaltan de albura las nubes y orlan de armiño las olas. Mi pensamiento se baña en lo azul y se abrillanta de pureza en lo blanco. El cielo es verdaderamente celestial, verdaderamente divino; divino y celestial también el océano movido por una leve agitación que semeja la paz humana, en cuyo fondo siempre hay un poco de ansiedad, un resto de guerra...

No busquemos la quietud empírea en el hombre ni en la Naturaleza, que obedecen á movimientos fatales; pero adoremos la calma aparente de las cosas. En la corteza de todo lo creado están escritas, por una mano invisible y excelsa, palabras de un salmo que yo leo en este día profundamente religioso... Las velas latinas, en su candidez deslumbrante, parecen nubes flotando sobre el mar, y los nubes blancas, purísimas, parecen velámen de barcas mis-

---

(1) Cierro el tomo con este artículo publicado hace algún tiempo, en que mi alma influida por el ambiente y por el paisaje, en uno de estos deliciosos días de Canarias, movió mi pluma...

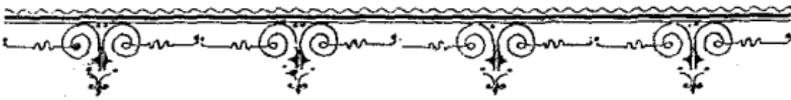
Ahí está el elogio de nuestro clima.

ticas que bogan por el cielo. El blanco y el azul han penetrado en mi alma adornándola, preparándola para recibir á Dios. Este blanco en lo azul difundido no es nieve; es forma ideal que concentra calor y luz. De este blanco han sido teñidas las alas de la Fe.

Azul tachonada de blanco fué mi mañana, y en esta rápida hora de mi tarde tornan á mostrárame radiosos los colores de gloria que atesoró la paleta de Murillo y derrochó el pincel de Fra Angélico...

He querido amortajarme de blanco y de azul etéreo y marino; vestir para la muerte á mis creencias marchitas, á mi pobre alma asaltada y saqueada por el Dolor. Pero ¡oh prodigio! la mortaja era una mágica túnica, y advierto que resucitan. Vienen á mí todo el azul y todo el blanco del espacio y de la mar... Hoy mi vida blanquea y azulea, llena de la divinidad que palpita en tierra y cielo; se dilata, se purifica, se hace transparente y delicada como un vaso de perfumes...





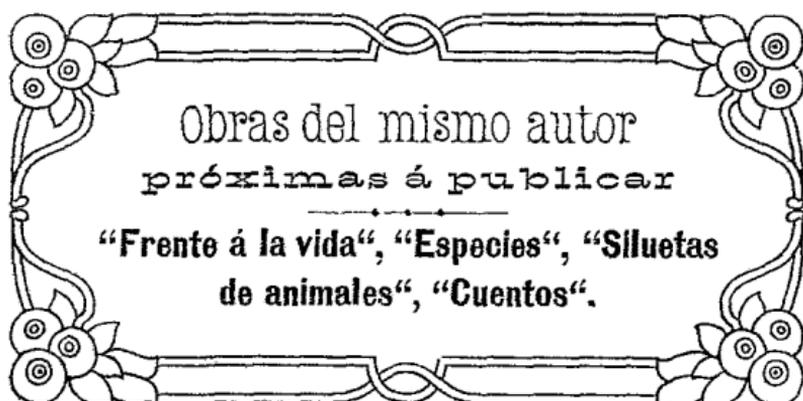
# ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Estudio. . . . .	5
Un sport canario (la lucha). . . . .	37
Apostolado animalista . . . . .	45
Animalia . . . . .	51
Animalización académica . . . . .	57
La ferocidad humana. . . . .	61
Las riñas de gallos . . . . .	63
¡Animalitos de Dios! . . . . .	65
Abogado de los animales . . . . .	67
Máximas animalistas . . . . .	69
Cerdos y pavos. . . . .	73
¡Un cuartito! . . . . .	77
La tartana. . . . .	81
La Protectora . . . . .	85
País de analfabetos . . . . .	87
Animalismo literario . . . . .	91
¡Pobrecitos animales! . . . . .	95
Nuestros pilluelos . . . . .	99
La mantilla canaria . . . . .	103
Luján Pérez . . . . .	107
Racionales é irracionales . . . . .	111
La riqueza del turismo . . . . .	117
El clima de Canarias . . . . .	121
El turismo y los Ayuntamientos . . . . .	125
Cifras elocuentes . . . . .	129
El principado mágico. . . . .	133

## II

	<u>Páginas</u>
Turistas para España . . . . .	137
¿Qué hay de turismo?. . . . .	141
La flor de mal . . . . .	145
Más sobre el mismo asunto . . . . .	153
El excursionismo . . . . .	157
Un buen filón . . . . .	161
Por el turismo canario . . . . .	169
Estudio sobre el turismo . . . . .	177
Azul y blanco . . . . .	215





Obras del mismo autor  
próxim<sup>a</sup>s á publicar

—•••—  
"Frente á la vida", "Especies", "Siluetas  
de animales", "Cuentos".

